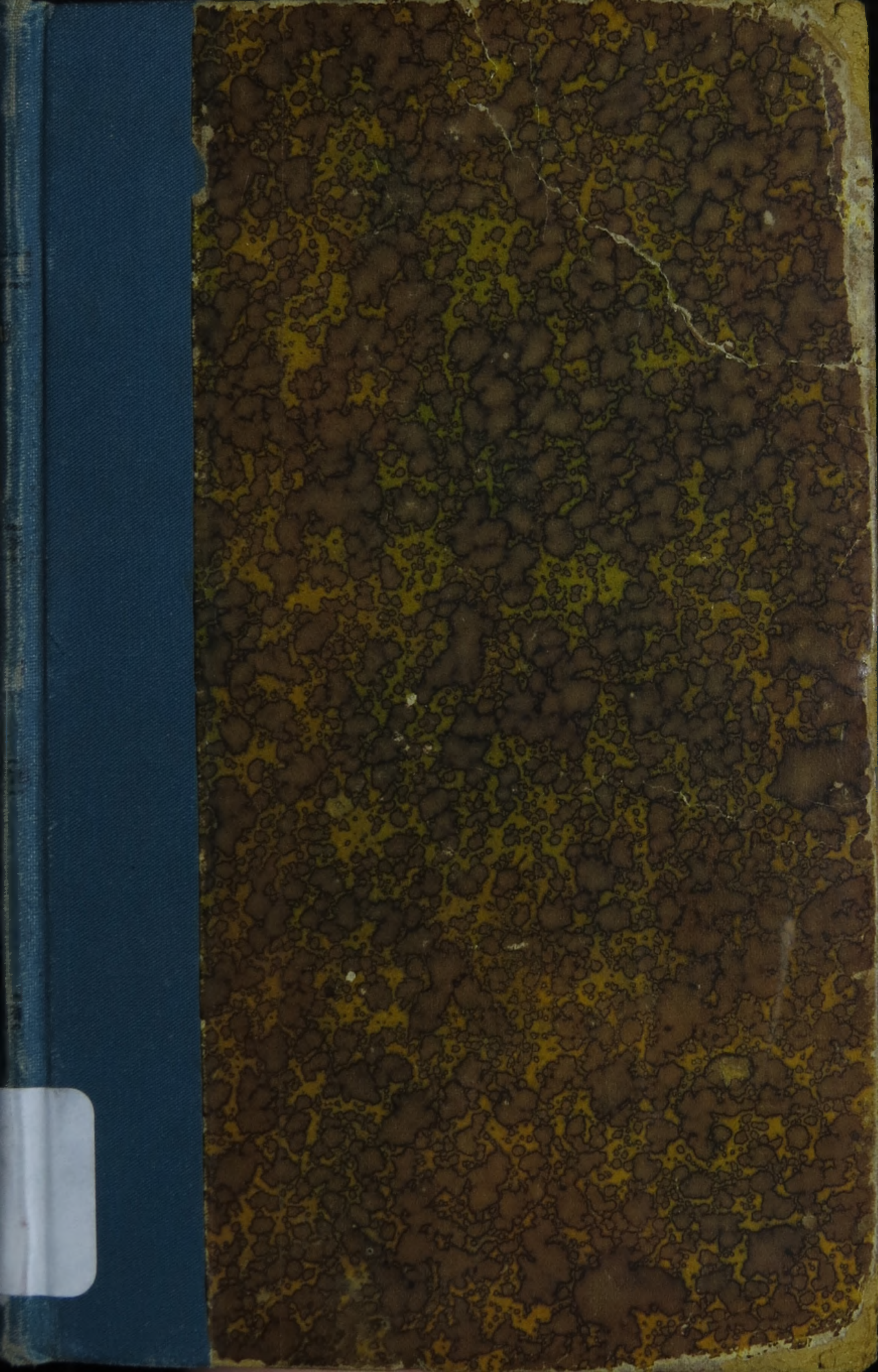


La Tierra Charrúa

Luis Alberto de Herrera

LA

Tierra Charrúa

«Contra lo imposible nadie es fuerte. Los partidos existen y es preciso aceptarlos.
Seamos prácticos y aprovechemos en educarlos el tiempo que perderíamos en la pretensión de suprimirlos.»

JUAN CARLOS GÓMEZ.

MONTEVIDEO

1901

ALGUNAS IDEAS DE CONCORDIA DESHOJADAS
SOBRE LA TUMBA DE MI PADRE
EN EL TERCER ANIVERSARIO DE SU MUERTE.

1.º DE DICIEMBRE DE 1901.

La Tierra Charrúa

La Patria y los Partidos

Empiezo estas páginas sin saber á ciencia cierta cuánta será su extensión. Quien escribe una obra de tesis, libra una batalla y las batallas se sabe cuando tienen principio nunca cuando terminarán. Solo puedo afirmar que el propósito perseguido en estas lineas posée todos los prestigios de los más nobles afanes. Desgraciadamente no podré completar ese lote de méritos morales intrínsecos con el caudal de un estilo ático y seductor; pero las ideas buenas, como el palo de sándalo, despiden por sí solas tan exquisitos perfumes que, para triunfar, basta á menudo con emitirlas claras. Aquí quedan cristalizadas las mias sobre muchos puntos escabrosos y oscuros de la historia de la República, llena de quebradas y llena de cumbres.

Apoyado en el báculo de una constante sinceridad descenderé, á las unas, escalaré, las otras, á fin de inventariar en forma de síntesis las glorias y los errores que nos atan al pasado, á ese pasado que señala el cimiento grande de la patria y que palpita á nuestras espaldas con latidos de entraña. Abordo esta tarea difícil, sin soberbia, también sin vacilaciones, pero abrigando la convicción profunda de que mis lectores tradicionalistas, blancos ó colorados, encontrarán ancho paño para la crítica en estos párrafos nacidos al calor de una pasión justa. A Lavalleja, á Rivera, á Oribe, á Suárez, á Berro y á otros muchos ilustres ciudadanos se los viene disputando, desde muy atrás, al culto nacional, que los reclama como figuras propias, el culto defectuoso y fragmentario de los bandos políticos. Y ésto no puede razonablemente continuar así, porque la sana lógica no permite perduren tales aberraciones y porque algún día hemos de abandonar comunes y singulares prejuicios.

Lo que ayer fuera explicable en el sentido de los fanatismos históricos, hoy ya no tiene justificación decorosa. ¿Quién no sintió en otrora crispaciones sectarias, arranques de ardoroso entusiasmo, impulsos de idolatría, rábia y encono, para los unos, cariño, amor frenético, para los otros?

La casi totalidad de los orientales que integraron las anteriores generaciones, rindieron ese tributo de intensa fuerza nerviosa al espíritu de los tiempos

recios en que vivieron; y al hacerlo así, abonaron una vez más esta verdad de hierro que gobierna al mundo: en el desenvolvimiento de las sociedades, ningún hombre, por alta que sea la alcurnia de su génio, puede sustraerse á las exigencias despiadadas del medio en que actúa y de su época. Antaño la virtud tuvo dos altares contradictorios en esta tierra de fama caballeresca. Si gruesa parte de los nativos clavó sus predilecciones en un rumbo esa circunstancia banal bastó para que otra importante fracción buscara epopeyas en otro sentido. Ahí están sazonados los frutos de tales desinteligencias ofreciéndonos un espectáculo desalentador para el patriotismo. Los laureles inmarcesibles de Ituzaingó, del Rincón, de la Agraciada y de Guayabos crecen pálidos, no agobian con su follaje glorioso la memoria de los padres de la nacionalidad, porque el exclusivismo blanco y el exclusivismo colorado se empeñan en adjudicarse como cosa propia lo que á todos pertenece. ¿Cabe mayor insensatez cuando un deber imperioso nos manda constituir tribunal ámplio, de fallo definitivo á ese respecto, por cuanto el destino quiere que hagamos de una vez posteridad? ¿Debemos consentir que la conciencia popular, según sea su matíz primitivo, siga creyendo, disparatadamente, que el general don Fructuoso Rivera fué un ladrón vulgar y que el general don Manuel Oribe fué asesino de profesión? ¿Debemos consentir que se continúe envenenando el alma de las multitudes, por tribunos ig-

norantes y procaces, que dejan hondo surco de sombras en el pensamiento de las masas partidarias, que apenas amanece, con el ruído de sus perjudiciales é irreverentes anatemas? ¿Debemos dar puerta franca á tales desvaríos en el temor de ser descalificados por quienes creen tener talento, porque insultan y ganan así aplausos de las turbas, tan amantes de los placeres fuertes? No; á semejantes propagandas, preñadas de rencor, de utilitarismo y de torpeza, hay que oponer el dique de propagandas viriles, ungidas con imparcialidad y tolerancia. A eso venimos.

Aquella campaña, que castiga en carne viva los antecedentes de la raza nuestra, ha tenido inesperado apoyo en escritores de vigorosa mentalidad que movidos por ímpetus de sana investigación hundieron firmes el bisturí en las más erguidas famas del pasado. De esas jornadas, meritorias por la inmensa labor que representan, ellos solo trajeron insignificantes despojos: allá, á la retaguardia, clavados en la calvicie de la montaña, junto á la emancipación, entre banderas y victorias y derrotas, quedan inconmovibles, dos, tres, cuatro nombres, señalando, vaqueanos del patriotismo, el rumbo de la gran alborada. En vez de extinguir pasiones esos ataques implacables ellos las han enardecido. A fuerza de repetirle á un individuo que su padre tuvo en vida éste y aquel defecto, por autorizada que sea la amistad que dicta ese comentario y por mucha que sea la

verdad que él encierra, se concluye por desatar una tormenta. Será cierto todo el reproche que se pronuncia, pero ni la ciencia, ni el afecto personal, ni el santo amor á la verdad desnuda conceden á nadie el derecho de deprimir en nuestra presencia á quien nos dió la sangre que corre por nuestras venas; y, en semejantes circunstancias, el corazón hace bien de gritar instintos y se comprende que los espíritus más suaves salten de quicio.

Pues, dilatando los términos, el caso de esos extremos acalorados se explica perfectamente cuando se flagela con látigo de siete colas á los fundadores de la independencia oriental, que son en resumen de cuentas nuestros padres, apuntando sus desvíos y mirando sus inherentes defectos al través de lentes que multiplican cien veces las imágenes, como los del microscopio que permiten ver enormes sobre la plancha los pelos más imperceptibles de cualquier pulgón.

Realmente se practica el lujo de la miseria estudiando á nuestros patricios con este criterio draconiano, que tal vez alcanzaría á molestar dentro de su hermosa túnica austera al mismo Aristides. Por fecunda que haya sido en varones esclarecidos esta tierra y por muy bizarros que hayan sido aquéllos, resulta evidente que en un lienzo de tamaño diminuto no cabe el bosquejo de abundantes grandezas. Chicos en el tiempo, chicos en tamaño y chicos en las historia — en cuanto á compás material de vida llevada, —

¿estamos en condiciones de arrojar al osario, por inservibles, reputaciones rutilantes, aceptadas aún fuera de fronteras, á causa de que sus dueños tienen defectuoso un pie ó inclinada hacia un lado la cabeza? ¿Qué más torcido y defectuoso que el ambiente que les sirve de marco? Si para medir géneros y pesar objetos, cosas tangibles y perfectamente determinadas en la acepción física, se ocurre á bases convencionales como el metro y como el kilo; si aun dentro del campo matemático produce algún desórden el afán de la exactitud absoluta y existen fracciones de divisibilidad hasta lo infinito y siempre fuera de caza, ¿cómo es posible perseguir con éxito en los campos de la historia, el más aleatorio de los conocimientos humanos, una fórmula completa, irreprochable de integridad en todos los instantes y en todas las situaciones?

Pero, más todavía: ¿acaso coinciden los criterios, aún los más selectos, en su ideal de la perfección política, militar ó cívica?

Tomemos á Jesús, la figura más excelsa que registran los anales del mundo. Con seguridad es éste el hombre á cuyo respecto existen menos divergencias en la opinión de todos los habitantes del globo; y sin embargo, para unos, él fué vehículo de la grandeza de Dios, para otros, su pura filosofía, que veinte siglos después de derramada aun enciende luces de redención, es patrimonio exclusivo de los mortales; hay quienes retocan sus incomparables parábolas; algunos le fijan antecesores asiáticos de más mérito.

Practicando una ley de contraste, coloquemos frente al Maestro de frente luminosa y cabellera de niño, que fundó su reino con la fuerza de dulces palabras, á ese atleta que se llamó Napoleón, hosco y huraño, que parió su poderío de leyenda á puñetazos dejando pequeños á Cesar y á Alejandro.

Víctor Hugo lo llama el leñador de la Europa, mientras Thiers escribe su historia colosal con el entusiasmo de un enamorado. Si estudiáis al grande bajo la faz democrática, en él aparece el tirano más odioso de los tiempos modernos; si lo estudiáis como pensadores, su figura atrae y espanta á la vez como los insondables precipicios, marea y ahoga como esas montañas tan altas que hacen su alfombra de las nubes; si lo estudiáis como gobernante, quien lo llama sabio, quien, déspota, quien, libertador; si lo encaráis como político, la fugacidad de sus creaciones geniales dirá mejor que nada si cabe controversia sobre la solidez y acierto de su obra de estadista.

Bajando el vuelo del comentario, todos sabemos que contado es el país de la América del Sur que comparte las preferencias patrióticas de su vecino.

La misma gloria imperecedera de Bolivar y de San Martín, que no admite tercería excluyente, que se impone como la luz solar, presta pie á cismas apasionados entre los más ilustres escritores del Nuevo Mundo. Notorio es que si al primero se le ha tachado de traidor y hasta de verdugo imputándole la carnicería de ochocientos prisioneros españoles y la entrega

del ilustre precursor Miranda al enemigo, al segundo se le ha tildado de ladrón de los dineros públicos peruanos, de inepto, de borracho, reprochándosele el asesinato judicial, por instrumento de Monteagudo, de los hermanos Carrera.

¡Y ellos, ciertos ó inciertos esos cargos concretos, dieron á la causa de los libres el recuerdo heroico y sin crepúsculo de Maipú y de Junín! Pues autores de la talla de Mitre, Vicuña, Mackenna, Larrazabal, Pruvonena, están lejos de coincidir en el estudio de aquellas personalidades inmensas.

En todas partes y con mayor intensidad aún en nuestro país que ha sido el bajel más azotado de este continente, es necesario decretar una ley de perdón y de tolerancia para los errores de los tiempos clásicos.

Todos los momentos sombríos del general Rivera, todos sus atropellos aliados á todos sus pecados, no alcanzan á empalidecer, ante el juicio oriental, el prestigio de sus victorias y de sus derrotas en aras de la libertad. Esa misma libertad está afianzada en nuestra tierra, en mucha parte, gracias á los esfuerzos del general Oribe, cuyo renombre no morirá á pesar de sus torpezas, de sus pecados, de sus complicidades con la tiranía.

Antes de entrar decididamente al fondo del asunto y con motivo de los juicios sangrientos que provoca entre nosotros la publicación que suele hacerse de algunos de esos documentos comprometedores para la consecuencia de nuestros patricios, conviene recor-

dar que, así criticados, ninguno de los próceres de Sud América salva de la guillotina, por cuanto seguramente el ejemplo de Washington no tiene segundo.

Cerraremos estas reflexiones con brevísimas reminiscencias, que llegan tentadoras á los puntos de la pluma, y á fin de ir preparando el ambiente humano con que, á vuelo de pájaro, hemos de juzgar á los principales hombres de nuestro país.

La guerra por la independencia adquirió caracteres espantosos, no igualados jamás en el sud, en el norte del continente.

Decretada la ley de represalias allí, oficialmente se practicó la venganza de ojo por ojo y diente por diente siendo asunto común entre los guerrilleros de ambos bandos el remitirse cajones que contenían orejas, cabellos y extremidades de prisioneros sacrificados. A propósito, es de oportunidad recordar el encabezamiento de una célebre proclama del Libertador, que empieza así: « Españoles y Canarios: Contad con la muerte aún siendo inocentes. Americanos: Contad con la vida aún siendo culpables. »

¡Qué tiempos! Pues bien, habiendo vivido en esos mismos tiempos y en condiciones de inferior calidad, á Artigas, que no dejó rastro de esa literatura de sangre y á quien, según relata un autor chileno, encontró el general José Miguel Carrera « despachando su gobierno dentro de una carreta y rodeado de enjambres de gauchos salvajes », se le imputa, como un horroroso crimen, el fusilamiento militar de Perrogurria,

pintándolo á aquél, mismo escritores orientales, como un malvado, tan cobarde que no supo cavarse una fosa en su país!

Ese Carrera, de trágica y ruidosísima actuación, fué el enemigo más furioso de San Martín y de don Bernardo O'Higgins en sus empresas trascendentales. El y sus hermanos, conspiraron hasta su muerte contra el nuevo orden de cosas; José Miguel, en su loca ambición, llegó á aliarse con los indios argentinos del sur, estimulándolos á saquear el pueblo del Salto, empresa en la que tuvo participación personal. Pues bién, apesar de todo, tantos son los méritos positivos de los Carrera, en otro sentido, que ellos merecidamente figuran en el número de los próceres chilenos.

¿No fué ese afortunadísimo general Carlos María de Alvear, que reproduce en el Rio de la Plata el tipo de Alcibiades, quién, después de arrebatar al benemérito general Rondeau,—gracias á un favoritismo irritante,—los laureles de rendir á Montevideo, faltó de la manera más nefanda á la capitulación firmada, haciendo la burla más ínicua del bravo Vigodet?

¿No fué él quién despojó á la ciudad hermana de Buenos Aires de sus dineros y de sus elementos de defensa, con brutal escarnio de sus pacíficos habitantes?

Y el Director don Gervasio de Posadas, ¿no puso á precio la cabeza de Artigas, culpable de ser aman-

te de su terruño y de no ceder á las insolentes imposiciones porteñas, como si se tratara de un bandido sin ley,—mediante un decreto monstruoso; y el mismo no remitió cautivos al campamento del Jefe de los Orientales, en calidad de ofrenda propiciatoria, á media docena de jefes enemigos del caudillo, que este supo devolver intactos, acreditando que no era lo que se le suponía?

Juan Lavalle, el más gallardo de los soldados argentinos; el mártir de la causa unitaria; Juan Lavalle, el bendecido paladín de las reivindicaciones justicieras, ¿acaso no fué el mismo que hizo fusilar por su órden y ofuscado por ciegos furores de partido, al gobernador legítimo y capitan general de su provincia coronel don Manuel Dorrego?

Notorio es que aquel error posee tremendo relieve; sin embargo, la historia ha perdonado por que debía perdonar y al presente la estatua del héroe se alza en una de las principales plazas de Buenos Aires.

El general Justo José de Urquiza recién en la edad madura dejó de amamantar sus ambiciones en el pecho de la tiranía. Victorioso en la batalla de Vences contra los correntinos acaudillados por Madariaga, las lanzas de sus entrerrianos trabajaron ese día sin descanso. ¡Fué larga la tarea de matar! En India Muerta, según sus mismas comunicaciones, sólo se dió cuartel á la tropa. A Urquiza nada lo enfurecía más que el hecho de interponer oficios generosos para salvar á un prisionero. Así, con ese sistema de terror,

pacificó é hizo prácticas las garantías individuales en la turbulenta provincia de su mando. Ese era el general Urquiza antes de 1851.

Conquistado entonces, mediante hábiles maniobras diplomáticas, á él se concede la jefatura del ejército aliado y al conjuro colérico del lugar-teniente de Juan Manuel de Rozas se levanta en el horizonte sud americano el sol esplendoroso de Caseros y recupera la libertad, tan largo tiempo olvidada, el pueblo de Mayo. Más aún; enseguida es Urquiza quién inicia la reorganización nacional; quién convoca á la Asamblea Constituyente; quién prepara una hermosísima florescencia intelectual para su país con la fundación del colegio famoso del Uruguay; y quién pone cimiento á la moralización de una sociabilidad políticamente desmoralizada.

Se dirá que tenemos presente en esta personalidad el caso de una vida en dos actos de desarrollo contradictorio. En efecto, así resulta y la posteridad, que se integra con la sabiduría quinta esenciada de las generaciones, ha recogido el segundo acto bajo cuyos pliegues de luz desaparece el primero; y al Urquiza instrumento, sanguinario, despótico, ha preferido el Urquiza redentor, iluminado, grande. Indudablemente, pues, que estamos en presencia de un prócer.

Hace muchos lustros, don Dalmacio Velez Sarsfield, que era un verdadero talento, calificó duramente en frase lapidaria y muy conocida, á don Manuel Belgrano.

El coronel Dorrego, su compañero de armas, llegó á hacer mofa de él al punto de que las crónicas de la época cuentan escenas bochornosas de irrespetuosidad al mismo producidas en las filas del ejército del Alto Perú.

Lo cierto es que acumulando antecedentes se adquiere la convicción de que Belgrano poseía mayores condiciones para desempeñarse como secretario del Consulado que para ceñir la espada. Virtuosísimo varon su nombre brilla con destellos suaves y puros en el cielo de la emancipación; pero sin deslumbrar. Pues, á su memoria el insigne general Mitre ha dedicado dos gruesos volúmenes, llenos de bondad patriótica. Así, por ejemplo, aquella invasión al territorio paraguayo, que tantos bienes prometiera y que tantas adversidades engendró, aparece vestida con atributos de poema. Fué ese un redondo desastre para los libres y sin embargo se hace aparecer á Belgrano prisionero venciendo en su misma derrota y preparando la insurrección del vecino. Plausibles romanticismos nacionales.

Pero la gloriosa revolución francesa, la que rompiendo el yugo de brutales privilegios y gabelas ha redimido á las sociedades modernas, ¿no aparece á la distancia bautizando sus reformas en las aguas malditas de un Jordan alimentado con la sangre de millares de inocentes?

Cuando en fechas memorables sube á los escenarios teatrales el drama tegido con su argumento, aun

en la ficción y alejados en el tiempo por más de un centenar de años, se subleva el espíritu en presencia de las infamias de los miserables que acuchillaban á mujeres y á niños en nombre de la libertad. La figura del zapatero Simon produce náuseas; Marat espanta y su muerte merecida, por mano de una valerosa mujer, casi inclina á creer en la Providencia; Dantón abruma con sus crímenes; Robespierre inspira terror con su sombría é incansable guillotina; Camilo Desmoulins es un neurótico; Saint Just destila sangre.

Pues esas figuras apocalípticas, esos verdugos que abrieron á golpes de hacha las entrañas de una nacionalidad nutrida, son los padres de los derechos políticos y civiles de que hoy gozamos. Por encima de todo y sobre todo ellos fundaron la igualdad humana.

Peco de insistente en estas reflexiones elementales porque en nuestro país, donde tanto priman las pasiones fuertes y los sectarismos atávicos, es necesario hacer cartilla para la difusión de ideas morigeradas.

Siempre recordaré la influencia enorme que tuvo en la formación de mi criterio la lectura de *Los Primeros Principios*, especialmente de sus capítulos iniciales. Rememoro que en uno de ellos el gran Spencer demuestra, poniendo en juego su magnífica lógica sajona, que en el fondo de todas las causas malas existe algo bueno y, vice versa, que todas las causas buenas tienen algún sedimento malo y falso. ¡Utilísimas verdades que tomadas en consideración para apreciar los sucesos y los hombres, enseñan á ser humanos y tran-

quilos frente á los más aplaudidos triunfos y tolerantes frente á las mayores ofuscaciones!

Toda nuestra vida emancipada se resiente de esa ausencia de equidad en los juicios; de esa acritud funesta que tanto censuramos. Pero lo más alarmante del mal está en que la perversa enfermedad de los fanatismos avanza contagiando los más sagrados ganglios de nuestra sociedad que tan exquisitos cuidados requiere hoy que recién se perfila para no crecer defectuosa.

Mientras el dislate crítico se hace oír hiriente en las asambleas políticas, por quienes pretenden sentar fama de inteligentes dando coces, no existe causa mayor para alarmarse, aunque nunca se lamentarán bastante, por lo que relajan, semejantes atentados de lenguaje. Escuchar anatemas fulminantes contra nuestros antecesores lanzados por tribunos anónimos que imfieren á su partido el perjuicio inmenso de convertir á sus muchedumbres en plebe; tener noticia de desahogos blasfemos; saber que á Lavalleja se le escupen babas; que á los Treinta y Tres se les deprime y moteja de argentinos por algún maniático, todas esas afirmaciones sacrílegas hacen sonreir á fuerza de resultar disparatadas y odiosas. Pero lo realmente grave es que se quiera infiltrar en el espíritu de la infancia, impresionable como la cera y crédula como la misma virtud, doctrinas de influencia tan desquiciadora.

Sin flor no hay fruto y los niños son las flores que

hacen eterna la primavera entre los hombres, que garanten su supervivencia después de muertos, que fundan el poderío de las naciones y apresuran su desenvolvimiento y su triunfo definitivo. Con un ejército de niños Bismark ganó la campaña de 1870 forjando ese formidable imperio alemán de hoy. El inflexible canciller, que tan amante fuera del derecho de la fuerza, confió á las escuelas la tarea patriótica de hacer corazones y caracteres y tuvo en los maestros, por encima de Molke, sus mejores generales. Las casas donde se enseña á leer, á escribir y á sumar son templos y al interior de los templos nunca debe llegar el éco de las disputas callejeras. A la escuela pública, que todos sostenemos con nuestro dinero, van las criaturas á beber enseñanzas purísimas, á cantar el himno patrio, que condensa en estrofas de oro la grandeza del pueblo oriental, á penetrarse de las glorias de nuestra raza, á ilustrar su espíritu con ideas generosas y amplias que destacan luego hermosísimas y ya fecundas en los tiernos balbuceos del hogar, engendrando las santas curiosidades de la inocencia.

Esa es la vanguardia y en sus filas vá escondido el porvenir. En consecuencia, lo que á los gobiernos interesa, cuando el Estado comprende su misión trascendental, consiste en amasar orgánicamente y de acuerdo á un plan sábio esa pléyade de ciudadanos en miniatura, á fin de que ellos cumplan en su día los destinos soberbios y de superior localismo que se per-

siguen. Allí está el secreto de sucesivos triunfos. Pues para que éstos sean ménos problemáticos se impone prepararlos con acierto y larga tenacidad.

Disciplinar los afectos colectivos; romper, como con arado, la tierra virgen de los corazones infantiles, siempre en idéntico sentido, para orientar idénticas las predilecciones cívicas; despertar ardiente en los pequeños el amor del terruño; convencerlos, de conformidad con la respuesta famosa, de que primero y sobre todo deben anhelar ser hijos del país donde nacieron, que es el mejor de todos, el más glorioso, el más legendario en sus epopeyas: ¡hé ahí la grande, la santa tarea!

Conversando una vez con el almirante Scheley nos decía este noble marino que en los Estados Unidos es tan constante la preocupacion de aumentar la intensidad del sentimiento nacional que á los niños se les obliga á usar en el ojal banderitas con los colores de la Unión.

Estos detalles se aprovechan en una nacionalidad ya constituída, ya firmemente orientada como los astros que navegan por el cielo. ¿Qué diremos nosotros? Mas nosotros, á juzgar por lo que las apariencias denuncian, no pensamos así. En las escuelas uruguayas echa raíces y encuentra terreno diabólicamente fertil el manzanillo de los odios históricos. Artigas reune, ¡gracias á Dios! todos los amores, pero de ahí para adelante desastre completo! Para algunos maestros, el general Rivera fué un bribón, para otros Oribe un

réprobo y Lavalleja muy inferior al primero citado en su actuación libertadora. Fuera de debate que en la casi totalidad de los casos, la figura heróica de don Manuel Oribe, así como las de Berro, Giró, Leandro Gomez, Aguirre y demás, resultan empequeñecidas y despreciadas. Tan mortal veneno, suministrado por gotas durante lustros y lustros, dirigido á los cerebros juveniles sin descanso, ha concluído por comprometer en sus fundamentos el colorido de la historia nacional. El alumno que quiera salir laureado en los exámenes cuando se le interrogue sobre el pasado de la tierra de todos debe acordarse sólo de algunos y agotar el elogio en su beneficio. ¡Niños que ya á los diez años tienen partido y, lo que es gravísimo, partido de rencores! El maestro que anheló adelantar, por muchos años tuvo necesidad de profesar opiniones extremas, simpáticas á los que mandaban. El editor de libros históricos, por excelente que fuera la factura de éstos, ha requerido arrancar capítulos á los acontecimientos, como se arrancan pedazos de entrañas á las reses muertas, para salir victorioso de la censura! Ese lote de exclusiones, perniciosas en alto grado, lo ha propiciado el gobierno, por treinta y cinco años, de un sólo partido. ¿Qué imparcialidad resiste á ese espeso aluvión?

Movidos por levantados impulsos nosotros queremos protestar resueltos contra esa criminal enseñanza de fracción que nos está brindando ya generaciones estrechas, rendidas á la pasión de bando antes

que al culto idolátrico, sano y fuerte del país. De esas generaciones enfermas ha salido el proyecto de erigir una estatua á Artigas con suscriciones exclusivamente coloradas y de descalificar al gran Lavalleja por que cuando el sitio de nueve años estuvo afuera!

Recuérdese que ya nos separa una frontera de tumbas de los tiempos heroicos y que ya salta á la vista inícuo, escandaloso, este cisma que nos divide en la apreciación de hechos enterrados en la memoria bajo el hielo de medio siglo.

¿Llevaremos nuestra insensatez hasta el punto de no entendernos sobre algo que á todos nos honra y en homenaje al trapo colorado y al trapo blanco? ¿Hijos renegados, insistimos en sacrificar el rico patrimonio de las leyendas nacionales á pasiones mil veces más delincuentes hoy porque hoy son artificiales y nada viril las atenúa?

Hace mucho tiempo que ha debido hablarse claro en esta materia á fin de apartar al criterio público, con una propaganda sencilla y desinteresada, de las temibles rompientes á que la conducen en la actualidad la mentira y la difamación aplicadas á la crónica de nuestras desgracias y de nuestras venturas. Disparate mayúsculo se comete al afirmar que la tradición de la libertad y del honor pertenece en exclusivo á éste ó á aquel partido. Blancos y colorados, han sido actores en sucesos épicos, unas veces, deprimentes, otras, turnándose en el error y en la pureza. Mucho bien hará la repetición de esta verdad cruda y

tan repudiada, por los que sólo alentamos el fanatismo de los principios. La complicidad inmerecida en elogios y vulgares diatribas, resulta incómoda para quienes sueñan para su país con una era de positivas prosperidades y de verdadera concordia.

En el afán ansioso de acreditar prácticamente que no partimos migas con los buitres tradicionales y que repugna al concepto regular que tenemos formado de lo que debe ser el partidismo bien profesado en la actualidad, la labor lúgubre de quienes escarban las tumbas de nuestros grandes hombres para robarles sus laureles, nos hemos apurado á borronear carillas de comentario político penetrando con propósito firme en la selva enmarañada de las cosas viejas.

Absurdo fuera pretender dilucidar puntos enojosos y de sí extensos en cuatro rasgos de pluma y con cuatro conocimientos pobres. Nada de eso. En síntesis y bosquejando personalidades selectas y eminentes recorreremos el pasado de la tierra nuestra sin detenernos en pequeñeces: un simple lunar no compromete la belleza del conjunto. Empezamos, pues, este balance rápido de algunos hombres y de algunos sucesos.

Artigas y Lavalleja

Artigas es la gran arteria del organismo nacional. No queremos incurrir en redundancia comprometiendo á la vez el propósito breve y filosófico que perseguimos, reproduciendo aquí la biografía tormentosa del gran caudillo. Solo interesa repetir que su figura gallarda llena un inmenso escenario y que su brazo fuerte fundó la libertad de la tierra charrúa.

La más extraordinaria característica del general Artigas la encontramos en su significación local. No solo en el concepto territorial eramos nosotros parte integrante y sometida del virreynato de Buenos Aires. El mayor esplendor de su metrópoli, el hecho de estar allí radicada la autoridad superior de estas Colonias, con todos sus recursos y atractivos, era causa de que allí se dirigiera normalmente el espíritu de las demás ciudades en demanda de orientación y de luces. Es cierto que Montevideo tuvo siempre entidad propia, como lo acreditan de manera soberbia los acontecimientos tumultuosos de 1808, pero la fuerza del centralismo, que sería más tarde base de la causa unitaria, era entonces evidente.

Cuando sonó la hora de la virilidad y una ráfaga preñada de tormentas barrió el cielo de las Pampas, no hubo, como consecuencia de aquella incipiente dis-

ciplina social, manifestaciones de inmediata discordia. En el primer instante el calor de la victoria alcanzada disimuló todo asomo de divergencia y la revolución de Mayo solo contó adeptos unidos. Con el Paraguay irreductible sobre una frontera, con el aguerrido ejército del Alto Perú invasor, por la otra, y teniendo á la vanguardia, erguida sobre la costa del Río de la Plata, á la ciudad de Montevideo, desafiante dentro de su cinturon de cañones y de altiveces hispanas, no había tiempo material para dedicarse al cultivo de grandes discordias. La patria estaba en sério peligro y ante todo era necesario salvarla. Y así fué; esa conjunción desesperada de fuerzas hizo prodigios y afianzó la libertad comun.

En este primer periodo de los acontecimientos los que luego serían orientales aparecen obedientes al impulso de la cabeza. El grito de Asencio fué una repercusión memorable de propósitos coaligados y, en ese entendido, Artigas pasó á figurar con el grado de coronel en las tropas enviadas por la capital del sur contra los españoles de Vigodet.

Pero el gérmen federal estaba en la atmósfera y pronto se encarnó con creciente firmeza. En efecto, tan absurda fué la cándida ilusión de España que consideró posible mantener eternamente bajo el yugo de su dominación ignorante á posesiones riquísimas, que integran la quinta parte del globo, como el empeño altanero de ciertos partidos, en los días de la independencia, que pretendieron atar al destino de

una ciudad y de un organismo bien determinado y definido por la propia naturaleza, á otras ciudades y á otros organismos de autonomía ya decretada. Tal vez la idea federal, difundida en forma muchas veces equivocada, al punto de que su resultado inmediato fuera á menudo la anarquía, perjudicó en ciertos momentos históricos el desarrollo de los acontecimientos en beneficio del enemigo común; pero lo indudable es que en aquellas doctrinas y resistencia, estaba el fermento de la verdadera libertad de los pueblos. La negación enceguecida de esa evidencia trajo las más lamentables reacciones y preparó dominaciones sombrías.

En el seno mismo de Buenos Aires hervían esas tendencias encontradas que habían de dividir en dos bandos formidables y de posteridad tan sangrienta á los más ilustres soldados y pensadores de la gran revolución. Don José Artigas, que respondía á las exigencias rebeldes del medio singular en que se agitaba, no vaciló en elegir camino y así lo vemos optar por el rompimiento con el poder central en perjuicio de sus más elementales conveniencias particulares.

Abrazando los sucesos en conjunto diremos: que en virtud de esas opiniones adelantadas él empuñó atrevido la bandera federal que ya en ese entonces representaba la independencia y el triunfo de salvadoras instituciones políticas. Pagando tributo á ese modo de pensar, calurosamente estimulado por el

insigne patriota don Miguel Barreiro, él se aparta de las líneas sitiadoras, en la apariencia en mérito de simples diferencias con el general porteño, pero en el fondo, á causa de radicales y serios desacuerdos; acreditándolo mejor así, él emprende su retirada al norte dando al mundo el espectáculo de un pueblo qué por imposición expontánea se destierra antes de ceder á pretensiones ilegales de predominio. Mas tarde, siempre consecuente, él que ha abonado la rectitud de su pensamiento cívico rechazando las propuestas acariciadoras de los sitiados, quiebra severamente las ambiciones argentinas y despues, cuando ese centralismo vencido é impotente por sí desata sobre nuestros padres el castigo endemoniado de la invasión portuguesa, cae para levantarse envuelto en la bandera gloriosísima del Catalán, de Corumbé y de Tacuarembó. Ese es Artigas y esa es su mayor grandeza.

En épocas difíciles y oscuras, cuando todo era desorden y caos; en días crudos, cuando estas sociedades crugían en sus cimientos bajo el flagelo de marejadas oceánicas, el caudillo del Uruguay, desamparado, pobre, sin armas, sin poseer siquiera el acicate que brindan las deleitosas recompensas materiales, pero conciente de su profética misión política, fué inquebrantable en su afán y, aún en la derrota, clavó con garra de águila la bandera de la independencia en las cumbres del futuro.

Discutir á Artigas es lo mismo que discutir la na-

cionalidad, y negarle sus espléndidos atributos históricos vale tanto como negar nuestro derecho á la vida y á la autonomía. A sentar esta absoluta no nos induce el capricho de una pasión.

El fatalismo de los acontecimientos señaló á Artigas para ser el ejecutor de grandiosos designios libertadores y nuestros anales dicen, con la elocuencia de fechas y de acciones memorables, que el héroe supo corresponder á las exigencias airadas de su época. Para algunos, el Jefe de los Orientales precipitó los sucesos empeñándose en un esfuerzo plausible y sano pero temerario: todavía su país carecía de elementos constitutivos suficientes y de caracter para poner término á su minoría de edad con el récio empuje de la independencia. Para otros, él fué el intérprete inconsciente de una aspiración general, á base de granito, que engendró largos desórdenes y trajo como resultado de sus imprudencias la peligrosa calamidad de la intervención lusitana: mucha luz hermanada á muchas sombras y, por corolario, el latigazo de la conquista por una raza enemiga. Quienes, y esta es la inmensa mayoría, proclaman digno al paladín de la alabada obra cuya solidez y justa razón de ser se acredita con nuestras prosperidades presentes: al través de los tiempos y de tantas catástrofes el ideal bendito ha acentuado su colorido sin sacrificio, sin adulteración, sin desdoro de la viril envergadura artiguista. Esta última acepción la ha hecho ya suya la juventud nati-

va y será confirmada en el libro y en el mármol por las generaciones venideras.

Probando que nuestra autonomía proviene de circunstancias fortuitas, reconocidas en un día de generosa humorada por nuestros vecinos, tan malhumorados siempre, se acreditaría la veracidad de los dos primeros asertos que calurosamente repudiamos.

Nuestra original configuración geográfica proclama emancipación por nuestras fronteras, definidas en mucha parte como tales antes de ser ellas confirmadas por la legalidad de la victoria: el molde estaba pronto cuando todavía el metal hirviente que había de llenarlo se fundía. El Uruguay, el Plata y un océano, abrazando sus aguas alrededor de una tierra feracísima, á la que prestan costas magníficas y puertos tan favorecidos que parecen dibujados por una mano sabia, especialmente interesada en beneficiarnos, dictaron con autoritarismo inflexible una sentencia redentora usando el mismo gesto jactancioso de los Andes erguidos inaccesibles entre las Pampas y el Mar Pacífico, haciendo la guardia á los destinos de una nueva y vigorosa nación. De Suiza, exclamó Napoleón en ocasión notoria: «La naturaleza os ha hecho para que fueseis un estado federal. Ningún hombre razonable trata jamás de conquistar la naturaleza.»

¡Y cuidado que era tímido el orador para quebrar su cerviz á las más altas montañas! De nuestra línea septentrional nada afirmamos. Ella estuvo donde hoy

no está, y si sabemos aprovechar las situaciones, ya que sus antecedentes la presentan elástica y caminadora hacia el sur, puede que el porvenir la reconduzca á sus primitivas posiciones sobre el río Ibicuy, que son las naturales.

El diverso temperamento local presta matiz especial á nuestra idiosincracia. Los charrúas que extendían su dominación fuerte sobre una faja de más de sesenta leguas de largo, paralela á la ribera del Río de la Plata, daban el más extremo acento al espíritu belicoso de las innumerables tribus guerreras acordonadas en su mayor cantidad sobre el Uruguay. No es necesario remontar el pensamiento al sacrificio novelesco de Juan Díaz de Solís para concederlo así. Sabido es que una de las más graves preocupaciones de los primeros días de la organización nacional fué el problema de reducir á los pocos aborígenes que aun sobrevivían. El arrojado Bernabé Rivera pagó con su vida la imprudencia de querer concluir á ponchazos con una raza bravía que murió valerosa, acorralada por la civilización y aplastada por el número. Agréguese á este factor rudo el refuerzo de otros antecedentes interesantes y poco tardaremos en encontrarnos frente al tipo bien caracterizado de una sociabilidad propia.

Las crónicas de las épocas en que todavía se rezaba en los nativos hogares por Nuestro Señor Fernando VII, cuentan que el mayor refinamiento y más exquisita cortesía de los hijos de Buenos Aires sobre

los habitantes de Montevideo era debido á que aquella fué fundada por gentes de mejor alcurnia y de distinta procedencia étnica. Dentro de la apasionada rivalidad que asoma por encima de afirmación tan soberbia, es indudable que todo en ella no resulta mentira. Tal vez fué la de don Pedro de Mendoza, fundador de la metrópoli inmediata, la expedición más espléndida que surcó nuestras aguas. Integrada por personas en su gran mayoría de blasones, hasta un hermano de leche de Santa Teresa de Jesús—lo que en esos tiempos mucho valía—figuraba en el número de los exploradores. Precisamente esa misma composición noble fué causa de lamentable fracaso de un poderoso intento conquistador. Si bien la antigua versión de que los buenos aires aspirados por Sancho García, al poner pie en tierra, dieron nombre feliz á la ciudad que allí se delineó, ha sido destruida por posteriores y más concienzudas investigaciones, todo prueba que, más que nada, el capricho del acaso y lo mucho de la necesidad y del cansancio decretaron la fundación de la capital maravillosa del presente en el paraje aproximado en que está ubicada. Ningún propósito firme de ulteriores resonancias inclinó en aquel sentido al primer Adelantado. Por lo demás, Andalucía y Castilla habían concurrido en primera línea á preparar el cuerpo expedicionario.

En cambio, Montevideo, menos aristocrático, tuvo su mejor y más importante plantel de pobladores en los inmigrantes canarios traidos por Alzaibar. Todas

gentes de honestos antecedentes y hechas para trabajos penosos. Elementos metropolitanos de otro relieve, laboriosos, sin vacilaciones para agachar la espalda en lucha con la tierra, callados, casi ásperos, contribuyeron á dar diferente rumbo á nuestro temperamento.

Por otra parte, en contrapunto á Buenos Aires, la fundación de la capital oriental respondió á exigencias militares imperiosas. A fuerza de sabido casi huelga repetirlo.

El apremio de poner coto á los audaces avances portugueses por mar, simultáneos de idénticas tentativas terrestres, obligó á las autoridades españolas á ocupar militarmente nuestra preciosa bahía, ya denunciada por la inteligente codicia de aquellos. Así nació Montevideo al pié de su Cerro y encajado en las arideces de una península peñascosa castigada en sus flancos por olas y por vientos salinos. No fué un impulso de vanidad sinó el deber estratégico y el apuro de una defensiva los que decretaron su nacimiento. Testimonio de un sólido poderio, labrado sobre la frente de las rocas costaneras, lo incierto y cruel de su futuro estaba allí escrito. Creada en una hora de conflictos, ella, como los hijos engendrados en momentos de congoja, había de caracterizarse por sus fiebres, por sus bizarrías y por sus romances.

No menos austero fué el origen de la Colonia del Sacramento, nacida mucho antes. La misma ambición lusitana había arrojado el reto de una terrible provo-

cación batiendo sus cimientos á la vista de Buenos Aires. Planes de absorción, famosamente combatidos por cancillerías y milicias, tenían apoyo en aquellas murallas de granito.

Maldonado tuvo ubicación á la vanguardia, también en avanzada guerrera y en calidad de recia atalaya.

Por otra parte, Paysandú surgió en los días extraños de la guerra guaranítica, como punto hábil para servir de eje á las columnas expedicionarias; y la serie de fuertes, tirados por el extremo del territorio, cordón fronterizo lleno de púas, evidencian que en nuestro país todos los pueblos fundados durante la conquista tuvieron antecedentes de exigencias ofensivas y defensivas.

Completemos este cuadro militar recordando las campañas de reivindicación sostenida alrededor de la Colonia, que alcanzaron trascendencia europea; las invasiones de los mamelucos—¡por todas partes la amenaza portuguesa!—que obligaban á los pobladores á estar en perpétuo pie de guerra para eludir la esclavitud y evitar el despojo de sus haciendas; las visitas de piratas y de merodeadores en el sur, que también aguzaban el instinto bravío; y las graves convulsiones de los indios guaraníes muy particularmente, que á tantas sangrientas represiones condujeron, y dígase si del fondo de semejantes sucesos pudo jamás surgir un tipo local que no retratara en su temperamento el extraordinario espíritu belicoso de una raza que se formó en el culto de las armas y en la práctica emocionante de la guerra.

Con seguridad posée composición parecida el producto propio de las comarcas circunvecinas, pero ninguno mas neto y vigoroso que el brotado en nuestras campañas. Ese mismo contrabando que asumió en aquella época vasta amplitud, en mérito á vitales apuros económicos, y cuyo estudio minucioso tanto interesa por las proyecciones decisivas que tuvo, se manifestó de manera singular en el lado izquierdo del Plata. Nuestras costas, cómodas y de gran extensión, imponían el tráfico prohibido por ellas y en esa virtud nuestro país, al sur, fué centro de importantísimas especulaciones fomentadas por el comercio de Buenos Aires. Las penas gravísimas aplicacadas por las leyes españolas á los culpables de introducción por su cuenta de efectos y artículos varios, en cambio de cueros y grasas, obligaban á las personas interesadas en esas empresas á toda clase de aventuras y de peligros. Pues á esa escuela de movilidad constante, de inquietudes, de alternativas y de arriesgadas astucias, algo debieron de su varonil idiosincracia los criollos de esta tierra.

Cuando las invasiones inglesas, primera oportunidad presentada para exhibir bríos propios, los heróicos voluntarios de Liniers, organizados exclusivamente en esta banda por el enérgico Ruíz Huidobro, acreditaron el buen temple de su acero. A precio de hazañas se adquirió para nuestro Montevideo el título de Muy Fiel y Reconquistadora; y además, el derecho concedido de poner en su escudo banderas británicas

abatidas demuestra á las claras que la madre patria, desde el primer momento, discernió á los nuestros el honor de la jornada.

Esos preliminares pujantes tienen relieve más decidido del que puede atribuirse á un simple instinto egoista: ellos perfilan un caracter cuyas singulares ardentías no desmiente feliz ó desgraciadamente la crónica de los sinsabores corridos en persecución de un ideal institucional siempre esquivo.

El gaucho oriental fué el resultado gráfico de aquella coordinación de corrientes diversas y de antagónicas costumbres refundidas.

Porque, excepción hecha de los pobladores de Corrientes, de Entre Ríos y del sur de la provincia de Río Grande, nuestros criollos de la época inmediatamente anterior al período revolucionario, eran muy distintos de las demás razas, diré así, diseminadas por estas regiones inconmensurables del sur.

En alguna parte el brillante criterio histórico de Buckle tendría ventajosa sanción si fuera aplicado á este caso de manera sesuda y minuciosa. El medio nuestro, con sus especiales atractivos naturales; un clima reparador y hermoso, sin alternativas de cruel brusquedad; un suelo de inacabables encantos topográficos, que combina sus caprichos en un continuado consorcio de valles y de alturas, y, como consecuencia de ésto, una red de aguas fluviales dispuesta con prodigioso acierto y abundancia de venas, y luego, florestas exuberantes, campos eternamente floreci-

dos, ganados de famoso engorde y yeguarizos que no conocen el cansancio; todos esos elementos aliados debieron de actuar con eficacia en sentido fuerte al través de cien años largos de elaboración.

A tal marco correspondía una tela de altanerías y de audacias. Y así fué. La musculatura física de nuestros padres tuvo resistencias de hierro. La doma de potros, los viriles entretenimientos rurales, las marcaciones de novilladas serranas, á campo limpio, en ninguna otra parte se hicieron con mayor lujo de osadía que en el fondo de nuestras comarcas.

El empuje de los brazos orientales lo escribieron las nativas lanzas con memorables bravuras de vanguardia en todas las batallas libradas por la libertad local y vecina.

En cuanto á nuestra musculatura sentimental, todo queda dicho sobre las infinitas fierezas de los criollos recordando que todas las lomas y todas las llanadas del país han sido escenario de peleas sostenidas con rábia patriótica.

Cada tierra según sea mayor ó menor su fecundidad, y en esto igual á todas las madres, genera y nutre energías más ó ménos robustas. Del seno de las Pampas, aridas, sin una arruga, solo abundantes en monotonía, con sus pastos tísicos, quemadas por el sol y barridas por vientos huracanados que alzan al cielo, para oscurecerlo, nubes asfixiantes de polvo; de esa inmensa chatura debió surgir y surgió, para completarla, una entidad mediocre, desprovista de bríos,

sin gallardías, agena á los ímpetus de la aventura y dócil para el despotismo. En ratificación de este aserto transcribo el siguiente comentario hecho por el general Virasoro, en presencia del general César Díaz, poco antes de Caseros y con motivo de encontrar en todas partes idéntico espíritu de fidelidad al opresor: « Es increible, decía, que un país tan mal tratado por la tiranía de este bárbaro, se halle reunido en masa para sostenerlo. ¿Creerá usted que no he encontrado aquí de quién tomar noticia alguna? He interrogado más de media hora á un hombre viejo, el único que he encontrado en estas inmediaciones, y á ninguna de mis preguntas ha querido satisfacer. El dueño de esta estancia, hombre de buen sentido y capaz de apreciar debidamente la situación de las cosas, ha pasado también una hora de conversación conmigo, sin ser más franco que el paisano. » (1)

Pero mejor que nada acredita esa blandura prima el buen suceso de la insoportable tiranía de Rozas, encarnada durante veinte años, con tenacidades de cáncer, en el pecho de una nacionalidad. Juan Francisco Quiroga, Estanislao López, Ibarra, el Fraile Aldao, ¿qué fueron si nó señores feudales de provincias mediterráneas y dueños, hasta que la casualidad interrumpió su dominación brutal, de la voluntad y de las ideas de inmensas masas de pueblo?

Del seno de las plataformas montañosas que for-

(1) La Dictadura de Rosas por Mariano A. Pelliza (pág. 450.)

man nudo en las proximidades centrales del continente; de entre las cumbres de mole gigantesca, hostiles al intercambio y á las comunicaciones que facilitan el acceso de influencias civilizadas; con sus cambios de temperatura torturadores, aliados el polo y los trópicos; sin mar, en reino absoluto de soledades y de aislamiento, debió brotar y brotó, porque los extremos se tocan, un producto manso, dulce, de pocos pruritos ofensivos, de cualidades sedentarias y huérfano de aficiones bullangueras. Así están cortados los habitantes del Alto y Bajo Perú. Sin sentirlo, sin experimentar alivios en las callosidades que labrara el yugo sobre su cuello, ellos pasaron de la esclavitud colonial á la independencia. Bolívar y San Martín tuvieron que llevarles la libertad cuyos beneficios ignoraban.

Finalmente, del seno de territorios que armonizan en su aspecto la línea recta con la línea curva; que reunen en un matiz suave los más distanciados colores de la paleta; sobriamente pródigos; que huyen de la exageración en todas sus cualidades; que no tienen altisimas montañas, pero que poseen graciosas serranías; sin grandes llanos pero con declives y retazos de planicie á cada trecho; próximos á la costa, que trae resonancias de prosperidad; que ofrecen mucho de sí, siempre que se sepa aprovecharlos, debió desbordar y desbordó un preparado robusto y rebelde á las sumisiones del brazo y de la mente. Su característica la señalan pasiones turbulentas, amor entrañable

al terruño y á sus fueros indómitos y, como consecuencia, un poder enojoso de susceptibilidad. Ahí están abonándolo, por un lado y con un sello propio, esos araucanos de costumbres sencillas cantados por Ercilla, que tantos orgullos conquistadores quebraron en sus legendarias resistencias contra el invasor,—bien heredados por sus descendientes; y, por otro, nuestros charrúas de bizarra fama; y haciendo cimiento de ellos el criollo oriental, guapo, generoso y paladín esforzado de dos cariños soberbios y fanáticos como él los entiende: su patria y su partido.

En consecuencia, el tipo nacional estaba bien bocetado en nuestra tierra cuando por una de esas comunes ironías del acaso la ambición napoleónica planteó decididamente el problema de la indepencia americana al volcar su irruyente absolutismo sobre el suelo de la metrópoli. El general Artigas tuvo la sagacidad de así entenderlo y de aprovecharlo en la realización de sus deslumbradores ensueños.

Sobrada autoridad tenía para ello. Si en un rumbo, su sangre patricia, enriquecida y limpia de toda mancha, venía de los primeros pobladores de Montevideo, en otro sentido su interesantísima actuación individual lo ligaba al nervio de las masas campesinas.

Como hacendado de importancia, él adquirió el sólido prestigio que daban entonces la vaquía en los trabajos rurales unida á una aplomada serenidad en el peligro. Como Jefe de la Partida Tranquilizadora, creada por iniciativa de los elementos conservadores

de mayor caudal, paga por ellos y colocada expresamente bajo sus órdenes, puso base de inextinguible memoria á su reputación de soldado. Como superior á la vez que amigo celoso de sus subalternos, amoldando los difíciles deberes del cargo represivo con las exigencias humanas de cada caso, labró su influencia trascendental en el alma de multitudes apasionadas y viriles.

Sobre el apoyo triple de esas fuerzas clavó luego su acatada autoridad de gran caudillo. El día en que los vientos trajeron ecos de cosas extrañas y rodó por el lomo de las cuchillas un rumor ronco anunciando el advenimiento de un nuevo régimen político, el capitán de blandengues puso antes que todo el oído sobre el corazón de sus soldados, de sus amigos y de sus compatriotas, y al sentirlo latir precipitado, movido por palpitaciones redentoras, comprendió que el porvenir se aproximaba á pasos rápidos y, consciente de su misión, disimulando ansiedades... esperó.—El astro de mayo estaba ya en el horizonte y los criollos se inclinaban instintivamente hacia él, atraídos por su esplendor, con la misma curiosidad sabia y vivificante de las plantas que extienden siempre sus ramas buscando la luz del sol.

La oportunidad se presenta muy pronto y sirviendo de intérprete á los definidos sentimientos locales el futuro libertador cruza el río para empezar la segunda faz de su carrera con un acto de humildad que en el fondo lo violentaba: prestar acatamiento á las

autoridades revolucionarias porteñas empeñadas en la tarea de convertir á togados en generáles.

Artigas no tenía confianza en la solidez de soldadura tan artificial. El elemento universitario de la ciudad miraba con desden imprudente á los elementos ganaderos y productores del interior, en la certeza probablemente de que era correspondido, pero sin sospechar, á buen seguro, que las muchedumbres andariegas, menospreciadas entonces, serían las llamadas á consolidar el triunfo sin necesidad de ocurrir á descabelladas cataplasmas monárquicas.

En plazo muy breve el tiempo dió razón á las amargas presunciones del Libertador que recien entonces, agotados los medios legítimos de concordia, se decide á exhibir al desnudo el grandioso afán cristalizado ya en su pensamiento de soldádo indomable.

Es cuando se intenta aplastar arbitrariamente las energías de su pueblo, coartándole el derecho de elegir sus autoridades, repudiando á sus diputados y reproduciendo los desmanes de la conquista en la acción militar sobre el territorio, que Artigas tira los dados y desenvuelve la acariciada audacia.

En ese momento decisivo y fuerte resalta gigantesca su figura de luchador y se impone el altruismo de su conducta. La sumisión al poder central importaba tranquilidad, holgura, honores fáciles y con seguridad excepcionales. La lídia con el mismo ofrecía la promesa de todo género de calamidades y de infortunios, tan hondos como puede decretarlos una orfandad absoluta de recursos.

La historia nos dice si esa perspectiva adquirió ó no contornos de cruda realidad. Pero esta última actitud era la exigida por el espíritu de sus contemporáneos y el caudillo, sintiéndose capaz de cumplir su misión redentora, se lanzó resuelto á la corriente.

La empresa era árdua, nadie mejor que él lo sabía, pero naturaleza de estirpe superior encontró halagos y nuevos acicates en las probabilidades adversas de la aventura. Al adoptar aquella tan heroica resolución de protesta, Artigas ganó amplio derecho á la inmortalidad é hizo de su nombre una leyenda y de los posteriores episodios de su agitada vida los grandes eslabones de la infancia nacional. ¡Bendita sea una y mil veces su memoria que vivirá en el recuerdo tanto como el culto de los más sagrados ideales!

Las célebres instrucciones trasmitidas por escrito á los representantes orientales al Congreso General Constituyente, instalado en la ciudad de Buenos Aires, tallan en marmol el prestigio de nuestra Revolución.

Nunca las ideas federales tendrán detalle más elocuente. Allí estan netamente exhibidas las aspiraciones enérgicas y patrióticas de nuestros antepasados. El hecho de que Artigas aceptara la dependencia confederada, es decir, una fórmula restringida de soberanía, en nada reduce su estatura de atleta. Ese acatamiento á las necesidades prácticas de la época demuestra que no fué un propósito anárquico el que lo indujo á sublevarse contra el centralismo sino el

deber sentido y razonable de salvar el decoro y los fueros de sus paisanos. Con el correr de los años la República Argentina, para organizarse, había de ceder á las solicitudes equitativas, repudiadas en 1813 con el mismo asco con que se aparta la vista de una escena bochornosa, consagrando en la muerte el triunfo del Libertador.

Colocada la lucha en situación desigual adquirió caracter abrumador, heróico, cuando la oligarquía porteña descolgó por nuestra retaguardia el peso insostenible de la invasión portuguesa.

Mayúscula zoncera sería dirigir críticas acerbas al Imperio por haber procedido ilegalmente á la ocupación militar de este territorio, cuando es asunto probado hasta la evidencia que el Brasil, de si encelado por muy explicables anhelos de poderio, obedeció á las nefandas sugestiones de los directoriales.

Ellos son los culpables de aquella gran felonia cuya sombra aumenta á medida que se disipan las calumnias acumuladas por el odio sobre el nombre esclarecido del Libertador. El despecho condujo á los políticos argentinos á extremos siniestros que tanto se llorarían. Más tarde, muchos años después, ellos, convencidos del gravísimo error cometido, ayudaron eficazmente á la empresa de los Treinta y Tres y se retractaron de su obra combatiendo arrepentidos en Ituzaingó contra el brasilero y por la libertad de una raza que ellos, llamando al portugues, esclavizaran.

Desaparecido para siempre de su teatro el Jefe de los Orientales, después de sus imponentes desastres, el vencedor limó, hasta trabajar en carne viva, las garras de la insurrección. Pero una vez que asentó bien su dominio hizo lo indecible por insinuarse en el ánimo de los nativos para comprar así sus simpatías y adhesión. El barón de la Laguna, hábil general pero que resultó más hábil como diplomático, puso toda su energía al servicio de esta política, mansa y disolvente de las rebeliones, al estilo de aquella desenvuelta victoriosamente por el Consul Flaminio en la Grecia reducida por las armas romanas. Algo, mucho, desfibró aquella tarea del talento, acentuada por el propio general Lecor, en sentido social, mediante su entroncamiento por matrimonio con una ilustre familia de patriotas. Explican las deserciones entonces producidas, muy valiosas pero aisladas y, como veremos, transitorias, el cansancio provocado por una guerra de exterminio y el fenómeno natural de aplastamientos repadores que subsigue á toda actividad exagerada del músculo.

Pero, á pesar de engaños, de cortesías y de castigos, el sentimiento de la libertad se conservó completo y virgen en las campañas, protejido por el escudo de las pasiones colectivas. Jamás se apagaría — ¡ y vaya si es verdad! — el ideal de la independencia porque él estaba disuelto en las aguas de nuestros ríos y clavado en la tierra con la firmeza con que se hunden en ella las raíces de los árboles más corpulentos.

Condensaremos en breves párrafos el comentario de su encarnación épica, al conjuro del gran Lavalleja, cuando hablemos de este otro oriental benemérito. Mas el testimonio de ese retoñamiento venturoso, casi diez años después de sufrido el desastre total, acredita, con fuerza superior á todos los documentos y suspicacias acumuladas, que el afán autonómico del general Artigas no fué producto de una soberbia individual, pero sí simple reflejo de las aspiraciones impacientes de un pueblo viril, noble y capaz de fundar y sostener su soberanía. Admitamos, para combatirlo, un argumento emitido y falso que se defiende manifestando que el Libertador, al resolver airadamente el problema de la libertad de su tierra, retardó el cumplimiento de espléndidos destinos lanzándonos en brazos de la guerra civil en perjuicio de la causa común.

¡La causa común! ¿Quiénes, sinó los hombres de estado porteños, la abocaron á peligros irreparables propiciando esa invasión lusitana de 1816 que durante lustros sembró de este lado del Río de la Plata un idioma distinto, costumbres y tradiciones exóticas, contradictorias con nuestro pasado, que todavía ofrecen rastro indeleble en los departamentos situados al norte de nuestro Río Negro?

Y en el supuesto de que hubieramos seguido formando parte integrante de las Provincias Unidas hasta que llegados á un remanso cómodo se produjera la oportunidad redentora, ¿acaso habríamos mejorado de porvenir? La suerte de las demás provin-

cias argentinas, atadas servilmente al dominio autoritario y despreciativo de la capital, la habríamos compartido. En coro con todas ellas Rozas fuera aclamado tirano otorgándosele el derecho estupendo de disponer á capricho de nuestras muchedumbres, inocentes de sus atentados, y confiando á su mano de déspota el manejo inconsulto de las Relaciones Exteriores, la clausura de nuestros rios, de nuestros corazones libres, etc., etc.

—¡Que la independencia de este suelo fué prematura y como tal nos regaló escenas lúgubres de constante fratricidio!

Encarados así los grandes acontecimientos séamos más realistas que el rey y afirmemos, á nuestra vez, que ninguna circunscripción de Sud-América estaba preparada para gozar de los inestimables beneficios de la libertad cuando el destino colocó á ésta en su ruta.

¿Es que alguna otra provincia nos aventajaba en madurez política? Absurdo suponerlo así. Tomado en conjunto, ¿dígase si un mundo novísimo, mal poblado, puesto materialmente bajo llave por la estupidez de la madre patria, que apenas se animaba á mirarlo al través del ojo de una cerradura en el temor de perderlo, regido por leyes económicas sangrientas, al que le estaba prohibido comerciar, sin empresas, ni industria alguna, sin contactos con el extranjero, cuyo acceso estaba vedado, dígase si ese mundo

podía encontrarse en 1810 en condiciones de vivir sin trastorno por cuenta propia?

El mayor génio político y militar del continente exclamaba una vez, abatido por los desencantos: « Me ruborizo al decirlo: la independencia es el único bien que hemos adquirido á costa de todos los demás. » Y posteriormente, en carta conocida al general San Martín, cuyos destellos no desmienten la alta procedencia, insistía Bolívar: « Ni nosotros, ni la generación que nos suceda, veremos el brillo de la República que estamos fundando. Yo considero la América en crisálida: habrá una metamórfosis en la existencia física de sus habitantes; en fin, habrá una nueva casta de todas las razas que producirá la homogeneidad del pueblo. »

¡Claro! ¿Qué herencia de luces podía haber dejado el inaudito atraso español en la América entera, cuando el virrey Abascal decía en un bando: « que los americanos eran hombres destinados por la naturaleza á vegetar sólo en la oscuridad y abatimiento »; cuando con motivo de haber solicitado la ciudad de Mérida permiso para fundar una universidad, la administración fiscal declaraba: « que no era conveniente propagar la instrucción en la América española en donde los habitantes parecían destinados por la naturaleza á trabajar en las minas »; cuando se castigaba severamente la introducción de libros elementales, se prohibía el cultivo de la vid y no se permitía el tejido de paños?

No; apreciando de tal manera el huracán de princi-

pios del siglo pasado, todavía estaríamos discutiendo las conveniencias de la emancipación.

La libertad es demasiado preciosa para someterla al freno de las tarifas.

Por lo demás, esas disensiones internas que se nos reprochan han sido el forzoso aprendizaje de todas las naciones hermanas. Estados Unidos, ejemplar, que nos exhibe aquella espantosa guerra de partido, llamada de Secesión, no consigue escapar á la ruda crítica.

Con independencia ó sin ella el pasaje de la edad adolescente á la edad viril debía ser fatalmente acompañado de profundas agitaciones, denunciadoras del cambio de sangre y de tendencias.

¿Artigas fué fundador ó precursor de la libertad del pueblo oriental: la luz misma ó simplemente signo de la alborada, como esa estrella peregrina, la última de la noche, que aparece en el fondo del cielo pregonando las claridades del nuevo día? A esa pregunta, que ya no tiene razón de ser porque ya la personalidad del heroe ha sido desagraviada por los primeros escritores de la República, debemos contestar, sin indecisiones, que el general Artigas no usurpa en la realidad el título glorioso de Libertador que para él ha tejido, despues de más de cincuenta años, el consenso unánime de sus descendientes.

Es precursor el que sin acertar con la solución verdadera de un problema, sin ofrecer el esfuerzo final que despeja totalmente la dificultad, acumula elementos de esclarecimiento capaces de conducir,

complementados, al fin perseguido. Es precursor quien rompe la tierra y aun abre el surco sin arrojar en su seno la semilla cuyo desarrollo busca; quien si tiene pensamiento no lo acompaña de la acción, que hace triunfar, y si tiene acción no posée aptitudes suficientes para imprimirle el rumbo certero que le corresponde.

Es precursor de un invento mecánico el obrero que se anticipa concibiendo una maquinaria ó creando un aparato análogo que servirá luego de base para ensayos y perfeccionamientos definitivos; es precursor, como el trueno lo es de la tormenta, el tribuno que enardece con su palabra de convencido el corazón de las multitudes y que las educa y disciplina para que mañana una voluntad superior aproveche lo obrado y las conduzca al palenque; es precursor de los libertadores el apóstol que engendra y difunde el dogma sacrosanto, el mártir que con su sacrificio prepara la sublime empresa, el pensador que se duerme y que despierta soñando siempre con el ideal de la patria.

Pero funda el hombre que abona con la sanción del brazo el anhelo acariciado por el cerebro en horas de un insomnio perpetuo; funda quien dice: ambiciono clavar la bandera allí, en aquella cumbre, y decretando la victoria con su palabra emprende la marcha, vadea torrentes, cruza selvas, evita ó afronta peligros, para vencerlos, y llega hasta donde quiso llegar y triunfa, aunque sea por un instante: quién venga después de él y haga lo mismo que hizo él solo

obtendrá los honores de una ratificación; funda, empresas industriales el espíritu fuerte que dueño de una iniciativa la calca en la practica, consigue adhesiones y acaba por imponer su esfuerzo; funda sistemas científicos el sábio que crea una fórmula propia y luego la demuestra sobre la pizarra; funda, en fin, una nacionalidad el ciudadano que un día sintió en su alma el mordedor de las grandes aspiraciones, quiso lanzar de su terruño al advenedizo que lo oprimía, y al siguiente inflingió derrotas y logró victorias en nombre de esa noble divisa, consiguiendo al fin ceñirla sobre la frente temblorosa de una patria.

Los precursores de Cristo fueron los profetas, divulgadores de la buena nueva; Voltaire fué el precursor de la revolución francesa; los Comuneros del Paraguay, Tupac Amarú, las víctimas de Cochabamba y de La Paz, se adelantaron en tres, dos, ó una etapa á la revolución sud-americana.

A pesar del posterior eclipse de la monarquía exótica de Maximiliano, Iturbide es el fundador de la independencia de Méjico; de la de todo un continente lo son Bolivar y San Martín, á pesar de sus infortunios y desaciertos; en Chile nadie sostiene que Martínez de Rozas, un audaz propagandista y revolucionario no sea el fundador de la libertad nacional; Bolivia tiene en Sucre al padre de su emancipación; Artigas fué el fundador neto de la independencia oriental.

Se recuerda, para destruir tal aserto, que nuestro indomable antepasado sólo pudo dar vida efímera á

sus afanes, pues la dominación portuguesa pronto puso término á los beneficios adquiridos.

Mas tal argumento sólo alcanza á probar que el recio ideal tuvo graves alternativas antes de cuajar definitivamente. Él no posee otro valor de convicción.

El hecho incontrovertible es que utilizando los cimientos y las paredes angulares creadas por el insigne caudillo — tal vez reduciéndolos — se levantó por sus prosecutores el edificio de la independencia nacional. Ninguna idea nueva, ningún concepto fundamental, ninguna enmienda agregaron al primitivo plan redentor los herederos del heroe que al dormir su último sueño en el fondo de las selvas paraguayas pudo pronunciar iluminado y respecto á su obra inextinguible la misma frase pronunciada en 1809 por un ciudadano paceño, culpable de amar mucho á la libertad, en circunstancias en que lo llevaban al patíbulo: «La hoguera que he encendido no se apagará jamás.»

La patria de los orientales se ha concluído de organizar bajo los auspicios de la vigorosa política planeada por quien la forjó sobre el yunque imperfecto de su época, entre júbilos y entre desesperaciones.

Y con esto no está dicho todo. Artigas quería y obtuvo más jurisdicción territorial de la que hoy abrazan nuestras fronteras. Imponiendo esta certidumbre, que conviene refrescar, en el espíritu impresionable de las generaciones que llegan, para que mucho la mediten, ahí está la ciudad de abolengo, la

soberbia Córdoba, ofreciéndole una espada en testimonio de homenaje y acatamiento con la expresiva dedicatoria: « Córdoba al general José Artigas, Protector de los pueblos libres » ; ahí está el gobernador de esa misma provincia escribiendo textualmente al Director Alvarez Thomas, cuando el derrocamiento de Alvear: « Hacía tiempo, Excmo. Señor, que la causa de los pueblos —que sólo habían prestado su fé, su confianza y sus sacrificios á la causa general de la América, — defraudada en todos los puntos constituyentes del pacto y unión general en que se habían concentrado todas nuestras miras, había venido á ser el aparato que ocultaba el yugo que sentíamos gravitar sobre nosotros; y este pueblo, á quien no podía esconderse su desgracia, *gemía como ese en el estado más lamentable, cuando los gritos de su dolor interesaron las fuerzas del géneroso y valiente Jefe de los orientales, bajo de cuya sombra, respirando el aire libre de nuestra reposición* no faltaba á nuestra felicidad otra cosa que ver á ese pueblo (Buenos Aires) generoso y grande, libre del peso que le oprimía. Este pueblo, siguiendo las huellas que han dirigido á V. E. y *ayudado especialmente del ejército de la Banda Oriental. . . .* » (1); ahí están Entre Rios y Corrientes aceptando complacidas su formidable preponderancia; ahí están sus atrevidos avances sobre Rio Grande. Artigas llena tanto el escenario histó-

(1) Francisco Bauzá. Historia de la Dominación Española en el Uruguay. Tomo III página 537.

rico que su memoria, como los astros, desprende torrentes de luz y esa luz ilumina el pasado y el porvenir de la patria. Cuando la estatura de una personalidad abraza un arco de meridiano de esa amplitud es del caso callar reproches miniaturescos y confesar que se está en presencia de una gran montaña.

En 1815 ya el gobierno porteño, en vida suya, hizo públicos sus desagravios al general Artigas, proclamado «ilustre y benemérito jefe»; (1) ¡Y esos eran sus enemigos! ¿Será posible que á los ochenta y seis años de distancia, nosotros encontremos gusto en vulnerar el nombre del héroe, cuyo recuerdo debe tener prestigios de reliquia para los que todo le debemos?

¿Será posible que se discuta su actuación, cuando su génio de luchador moviendo la caña del timón nos hizo surgir de las tinieblas coloniales y cuando se impone afianzar á todo trance el culto fanático y esplendoroso de la patria en estos tiempos de imperialismo y de disolución?

No. La más unánime gratitud impera ya y el nombre del Libertador tiene erigido un templo en cada escuela pública y una devoción en cada pensamiento que florece en esta sagrada tierra de bendiciones. Y así será por los siglos de los siglos.

Pero lo lamentable—y á la crítica reiterada de tales desaciertos vá dirigida esta publicación,—es que los distintos partidos quieran atribuirse en patri-

(1) Gazeta de B. A. (6 de Mayo de 1815).

monio el derecho de honrar al primero de nuestros ciudadanos. La juventud del partido colorado, que se dice liberal y generosa en sus tendencias, ha pretendido, por dos veces, implantar tan maligno procedimiento iniciando reuniones exclusivas á fin de honrar á Artigas con dineros exclusivos, es decir, colorados! ¡Enorme aberración!

Afortunadamente el adelanto de nuestra razón pública ha hecho abortar semejante iniquidad y son estos los momentos en que por iniciativa del gobierno de la nación, que contribuye con cuarenta mil pesos oro, se inicia una suscrición popular, extendida á toda la República, para levantar la estátua del héroe decretada hace ya tres lustros.

Que ella se eleve cuanto antes en el punto más alto de esta ciudad invicta rindiendo justicia á las noblezas de nuestra historia encarnadas en el más grande y en el más infortunado de los hijos de este suelo.

Artigas y Lavalleja constituyen los dos grandes focos de la emancipación nacional. Ellos fundaron nuestra libertad; pero la gloria de aquel supera decididamente á la de este. Artigas creó y Lavalleja confirmó; aquél hizo el bosquejo audaz y perdurable de una nacionalidad arrancada, palpitante como una presa, de las garras opresoras, y éste dió las pinceladas definitivas á la obra; uno tuvo la suerte, ó la desgracia, de morir sin que su afán de guerrero y de pensa-

dor estuviera cristalizado y otro tuvo la desgracia, seguramente, de caer en la jornada, en días de congojas institucionales, cuando lo sombrío de las circunstancias inclinaba á repetir con Bolivar, que los hombres que fundaron la independencia sud-americana habían arado en el mar; aquél, fué no sólo el porta-estandarte de las aspiraciones nativas pero también el heraldo en regiones inmensas y sometidas á su prestigio del verdadero concepto político del porvenir en el Río de la Plata; este ganó para su nombre la más alta fama porque supo encauzar en determinado momento las energías santas del localismo; mientras la posteridad apellida á uno con el título inmortal de Jefe de los Treinta y Tres extrema el diapasón legendario designando al otro Protector de los pueblos libres, divisa democrática más ancha y más continental que esa otra soberana de Jefe de los Orientales; Artigas tuvo la dicha providencial de escapar á los anatemas y reproches de los blancos y de los colorados, Lavalleja, menos afortunado, en vida fué víctima y muerto también de las crueles injusticias de partido. El uno, fué brazo y cerebro al punto de que sus descendientes no sabemos que admirar más si la tenacidad incansable de las campañas que siguió ó el empuje genial de sus concepciones organizadoras; el otro, de mente candorosa y llana, pero dotado de una bravura temeraria, escribió su renombre entre centellas, buscando impávido la victoria en el mismo testuz de los peligros, cual si supiera que para su sa-

ble no había melladura posible mientras cortara cadenas. Artigas y Lavalleja son indiscutidos ya en su grandeza; pero á uno se le disputa, por mandato de nécios fanatismos, la preponderancia épica y al otro no.

La hazaña de los Treinta y Tres es un poema de bronce. Escuchando su relato el espíritu se eleva á regiones iluminadas y el corazón se estremece, bajo el imperio de rábias y de ternuras patrióticas, vencido por el peso de la pasión. ¿Acaso la América ofrece en los anales de su redención otro ejemplo de tan señalado heroísmo; acaso tiene igual romancesco aquella escena arrebatadora desarrollada en las playas de la Agraciada en una fecha desde entonces rutilante?

La nacionalidad fundada por Artigas vivía bajo el yugo desde 1820. La fatalidad no se detiene cuando empieza á dar golpes y así pudieron acreditarlo los patriotas orientales en su resistencia desesperada á la dominación portuguesa: ésta fué al fin un hecho consumado. Tanto era el silencio que nuestro destino libre parecía quebrado para siempre. Mientras Lavalleja, prisionero en la Isla das Cabras, pagaba caras sus rebeldías, Oribe, desencantado, desaparecía del teatro de los sucesos y Rivera transaba con el enemigo definitivamente victorioso, rendido á esa evidencia adversa. Cinco años ingratos corrieron así. Parecía que el soberbio extranjero hubiera sembrado sal sobre los cimientos de la patria ¡era tanta la tranquilidad general! Y, sin embargo, la protesta

hirviente se aproximaba á pasos decididos como esas tormentas sin vanguardia de truenos y de relámpagos que llegan y se desploman en instantes. Vanos fueron los empeños del opresor para consolidar su dominacion. Frente al sometimiento de jefes reputados, de Cabildos y de algunas personas caracterizadas, estaba erguido en la desgracia el espíritu local adobando su fibra récia con sueños llenos de agitación y de encono. Ya lo hemos visto; el alma del país estaba hecha, gracias al triunfo de múltiples factores coaligados, y solo insensatos y desertores podrian desconocer la eficiencia de aquella realidad. Ni un momento pensaron los criollos en aceptar como estable la situación híbrida creada por el éxito de la intervención portuguesa. Pero, ¿qué puede el derecho desprovisto de escudo, cuando para imponer su prestigio se requiere luchar? En casos de semejante impotencia no resta otro temperamento hábil, para quienes rechazan la retirada, que el avance delirante, con desafío airado del torrente y de las montañas. Y en tales situaciones loco es el que templa su criterio apoyándose en la sensatez, y cuerdo es el que, devoto de la casualidad y del sacrificio, busca inspiraciones en el seno mismo de las olas, que matan ó que salvan, que casi siempre matan. Juan Antonio Lavalleja al abordar su colosal empresa sentó plaza entre los últimos.

Si él hubiera hecho cálculo de probabilidades y pesado las circunstancias del momento nosotros tal

vez habríamos olvidado su nombre porque entonces la jornada santa no figuraría en nuestros anales.

Precisamente esa extraordinaria desproporción entre el afán perseguido y los medios aplicados al fin señala su relieve más sugestivo.

Los tiempos corrientes no son propicios para la recordación honorífica; mucho menos tratándose de una sociabilidad todavía ágria y dividida, porque todavía está á medio cuajar, pero cuando el huracán tradicionalista amaine, como amainará, y los espíritus aprendan á imantarse en fuentes de justicia y la política bastarda del presente, esmaltada de exabruptos y de prevenciones ciegas, adquiera perfiles menos groseros; es decir, cuando medie más tiempo y más contraste entre ellos y nosotros, porque los mejores cuadros piden mucha perspectiva, entonces el elogio de los Treinta y Tres, que recien empieza, poseerá el carácter de un culto necesario y util, abundante en singulares enseñanzas.

Por eso, porque estorban la hermosa concentración de simpatías que el amor al terruño manda fomentar, es que desde ya se hacen acreedores á dura crítica los propagandistas de fracción que arrancan enceguecidos girones de gloria á nuestros más ilustres muertos, tan delincuentes en esa criminal tarea como los ladrones que se especializan en la violación y en el saqueo de las tumbas.

Sarandí fué una victoria netamente oriental como su hermana menor la victoria de Las Piedras. Esas

dos batallas guardan nuestras fronteras, pues fueron idénticas y decisivas en sus ulterioridades. Con la una compró Artigas el apoyo porteño y con la otra ganó Lavalleja la alianza argentina.

En Sarandí alcanza su cúspide la grandeza del Jefe de los Treinta y Tres. Suyo fué el éxito, suyo el modo de conquistarlo y suya la memorable divisa del ataque. En efecto, aquella arrasadora carga de la caballería patriota denuncia el procedimiento guerrero, breve é indomable del caudillo, á quien también pertenece la frase de: *¡carabina á la espalda, sable en mano!*, que bautiza aquella aurora.

Pero, más aún; ese fiero encuentro tuvo el mérito, único, sin rival en días posteriores, de asociar en el mismo instante y bajo la misma voz de mando á los que ya eran jefes de partido. Lavalleja, Oribe, Rivera, cada cual con su prestigio propio y típico, estuvieron aliados, hermanados en el campo de Sarandí, como jamás volverían á estarlo en vida, como indudablemente aún no lo están en el corazón de sus mal agradecidos descendientes.

Buenos Aires, que no podía mirar indiferente la suerte de los orientales, cuya odisea inclinaba al asombro, vió en el combate recién ganado la luz de una nueva era. Quienes con tanta bizarría supieran vencer no merecían el infortunio y abandonarlos á su destino, en lo más crudo de la líd, cuando el calor de la bofetada recibida multiplicaba las fuerzas del Imperio, hubiera sido inhumano y muestra de alta

imprevisión. La Argentina estaba hastiada de la temible vecindad portuguesa, erguida rio por medio, amenazadora y antipática. Así recogía los frutos envenenados de la perversa política seguida por Pueyrredon en su porfiado anhelo de aplastar al Protector de los pueblos libres. A decir verdad, ese resultado se alcanzó con el diabólico expediente puesto en práctica; pero, como ocurre en la generalidad de los casos con los remedios demasiado enérgicos, el efecto producido excedió los límites deseados, y el dominio de Artigas, de cepa igual al porteño y en el fondo, aunque no pareciera, con tendencias coordinadas de libertad territorial, fué sustituido por el dominio portugues, heredero directo de las tropelías mamelucas y enemigo jurado de la independencia y de la raza nuestra, como que era monárquico y centenario en su contrapunto con los pobladores de las regiones del Plata.

De manera, pues, que las simpatías platónicas de los primeros días adquirieron cuerpo serio cuando la proeza del doce de Octubre dió una importancia inesperada á la empresa libertadora. Aceptado en el desarrollo de los acontecimientos ese motor temible que se llama la muchedumbre, desde luego queda decretado el conflicto y muy pronto la brisa se convierte en aquilón y furiosas marejadas azotan la playa. Tal espectáculo lo presenció la capital argentina, sin que el gobierno tomara las medidas necesarias para evitarlo. Solo faltaba declarar una guerra oficialmente

exigida por la pasión popular. Así se hizo al fin y en la tarde bendita del 20 de Febrero de 1827 el pabellón de los libres puso en derrota al pabellón de los esclavos.

Ituzaingó también ofrece el ejemplo de un esfuerzo anterior aumentado y correjido en sus lineamientos. Nos referimos á la significativa batalla del Cerrito, librada dieciseis años atrás. Es cierto que el nombre del enemigo era distinto, pero en esencia, en ambos casos se lidiaba contra la usurpación y el tutelaje. Aquí, el general fué Alvear, allá, Rondeau; aquí, el pleito era con la metrópoli, es decir, con la madre de todos, allá, se discutía á balazos con un opresor advenedizo, sin razón y sin ley para oprimir; pero los dos grandes episodios apuntan la fortuna repetida de la alianza de dos fuerzas vecinas, á la vez que destacan acentuados los rasgos de nuestra nacionalidad.

Las crónicas militares cuentan, con frases fulgurantes, cómo se desempeñaron los orientales en Ituzaingó. Es que vengaban, haciendo lujo de entusiasmos frenéticos, los desastres del lustro adverso, las horas amargas de Corumbé, del Catalán y de Tacuarembó. Tal vez el espíritu de Artigas movía el brazo de aquellos valientes que eran en ese día instrumentos de superiores é inmutables designios. El pasado glorioso resurgía inextinguible de sus cenizas. A Lavalleja le cupo lote de rudo trabajo en Ituzaingó. Pero tan poco se hizo esperar él para desempeñar su papel principal en el drama que se asegura tuvo la

envidiable guapeza de querer desposarse con la muerte antes de la hora acordada comprometiendo así el orden armónico de la pelea.

Aquel importantísimo triunfo alcanzado sobre el Imperio decretó el término de su dominación en el suelo invadido. Aún continuarían durante un año más moviéndose los ejércitos beligerantes en el afán de inflingirse una decisiva derrota, pero el curso de los sucesos era ya obligado y en 1828 se firmaron los preliminares de paz. El general Lavalleja había sustituído á Alvear en el comando superior de las fuerzas ampliando asi los contornos de su personalidad militar. Espíritus ofuscados y estrechos, que aprecian el encadenamiento de los sucesos con la rigidez de quien plantea una ecuación, han pretendido reducir el quilate patriotico de Lavalleja y de sus beneméritos compañeros tomando en cuenta la circunstancia de que ellos al invadir lo hicieron bajo los auspicios del gobierno de Buenos Aires y reconociéndose dependientes del mismo en la primera proclama que lanzaron.

Malo es dejarse seducir por tan engañadoras apariencias y solucionar con tan singular ligereza un punto esencialmente complejo de nuestra historia.

Encauzando de tal modo la crítica sólo resta agregar, para ser lógicos, que la memorable asamblea congregada en la Florida, la misma que nos declaró «libres del Rey de Portugal, del Emperador del Brasil y de cualquier otro del Universo» y que luego, acatando dolorosas necesidades, hizo acto de adhe-

sión á la Argentina es culpable ante la posteridad de lesa traición á los ideales de emancipación.

Y tambien fulminar á los próceres de Mayo de 1810 negándoles mérito libertador por cuanto ellos en sus documentos insistían en su fidelidad á la Península. Hasta 1816 se mantuvo en pie ese convencionalismo ridículo y todos sabemos los graves peligros que corrió la declaratoria de la independencia argentina antes de ser anunciada al mundo por aquel famoso é indeciso Congreso de Tucumán, puesto radicalmente en el camino de la república gracias á la energía apostólica de Fray Justo Santa María de Oro.

Nada más disparatado que semejante tésis.

Dilatando el plano visual é insistiendo en ese criterio torcido también Italia debe execrar á Cavour y demás insignes patriotas que arrojaron sobre su país el alud de la invasión francesa en el interés de vencer al soberbio austriaco para fundar luego la unidad nacional.

En nuestro caso absurdo fuera olvidar el desastroso fin de la resistencia artiguista, quebrada y deshecha debido á su mendicante orfandad de recursos. Sin el apoyo del gobierno argentino nada vigoroso era dable intentar contra un poder extraño, fuerte y porfiado.

Deber de noble franqueza es reconocer que sin la ayuda material del vecino la hazaña de los Treinta y Tres, Sarandí, el Rincón hubieran alcanzado solo la notoriedad trágica de los esfuerzos legendarios sin

llegar á fundar un orden de cosas estable. La potencia de Portugal era entonces de ley y solo los insensatos pueden pensar en inutilizar á una res enfurecida tomándola arrojadamente por las astas.

¿Qué objeto práctico hubiera tenido el arranque temerario del 19 de Abril, á contar los patriotas solo con sus propios elementos, exíguos é imperfectos? Realmente que no valiera la pena encender la guerra y conjurar sobre los campos natales todas las inclemencias al solo fin de producir en estas regiones un capítulo de hechos incomparables, dignos de Homero. Lavalleja reveló un alto tino político, á menudo olvidado después, aceptando las cosas como se presentaban y rindiendo las altanerías heredadas ante las imposiciones inevitables de la realidad. Esos sacrificios, hijos de la desesperación, que llaman á los ojos lágrimas de coraje, sirven para realzar al través de los tiempos la santidad y el mérito del esfuerzo.

El cilicio, la desgracia, tormentos y eclípses reclaman las grandes causas para conquistar trincheras. Precisamente por eso son grandes. Los éxitos fáciles, sin sobresaltos, sin amarguras, sin adversidades caracterizan á las vulgares empresas.

Pero los mismos hechos, eslabonados con magestuosa sabiduría, hacen la mejor defensa de la incorpoción á las Provincias Unidas y constatan cuanto tuvo ella de artificial y de transitoria.

Ni los entusiasmos del triunfo pudieron afirmar la

sutura decretada. En seguida de Ituzaingó Alvear y Lavalleja se indisponen y con ellos los jefes del ejército, alistados en bandos distintos, oriental, uno, argentino, otro. ¿Respondía á simples divergencias de campamento este cisma? De ningún modo; era el fermento no agotado de las viejas aspiraciones artiguistas, soberbias y autonómicas, el que trabajaba enconos bajo espumas y placideces de concordia.

Ya estaba en la sangre el instinto de la independencia y locura fuera suponer que con documentos forzados se iba á interrumpirlo. ¿A qué entónces lanzarse á la lucha si solo se trataba de cambiar la librea? Y á no haber comprendido en toda su robusta energía el ideal de libertad absoluta que palpitaba en el fondo de la reacción nativa, ¿es creíble que la Argentina, tan codiciosa siempre de este territorio, renunciara espontáneamente á una propiedad espontáneamente transferida?

Rivadavia acabó por rendirse á esa realidad consolidada por don Manuel Dorrego. Quince años de lucha y de protesta incansable; quince años de fiero batallar por la autonomía esterilizan los efectos de las más pomposas actas de incorporación. ¿Qué puede esta elocuencia contra aquella elocuencia?

El concepto de nuestra nacionalidad se iba abriendo camino aún en el seno de la opinión diplomática brasilera, notoriamente sagaz y hábil. Con el correr de los días y ya afianzada la independencia nacional proclamaban sus ventajas los primeros hombres de

estado del Imperio. Así, el señor Paulino José Soares de Souza, visconde del Uruguay, decía en el Senado durante la sesión del 20 de Setiembre de 1853: « La ocupación hecha en 1817 no fué un remedio ni lo podría ser hoy en iguales circunstancias. La incorporación no lo fué tampoco, no lo podría ser hoy, sería peor que el mal, sería contraria á nuestros intereses, aun que no lo fuese á tratados solemnes. » Y agregaba el marqués de Paraná: « ¿ no queréis la gloria de Brasil? ¿no queréis la importancia externa del Brasil?; pues hay gloria é importancia para el Brasil en impedir la disolución del Estado Oriental, en salvar y fortalecer la pacificación y la nacionalidad de ese Estado. » A su vez y por la misma época exclamaba don Andrés Lamas desde Rio Janeiro: « No conozco un solo estadísta brasilero que no rechace con horror la idea de la incorporación del Estado Oriental al Imrio del Brasil. Todos ellos comprenden bien la imposibilidad de refundir dos nacionalidades tan distintas. Todos ellos comprenden las dificultades internas y las dificultades externas que traería la incorporación. Todos ellos han leído bien, han meditado bien en las páginas históricas que cierra la Convención de 1828. Todos ellos han llegado á una mejor comprensión de los verdaderos intereses de su país. Todos ellos saben que es un interés brasilero la conservación del Estado Oriental como estado intermedio. »

¿Acaso los cruzados de 1825 ignoraban la fuerza arraigada de su ideal libertador?

Para nosotros nunca fué tan grande Lavalleja como cuando, estrujándose el corazón y quemándose la lengua, proclamó nuestra calidad de provincia argentina.

Dicho eso por él formado junto á Artigas, fiel á las tradiciones viriles del libertador y animado á la distancia de idénticos propósitos redentores adquiere el perfume delicado de las más grandes y arrebatadoras abnegaciones.

Pero ¿qué lógica justifica que se extreme la censura con Lavalleja y demás ilustres contemporaneos cuando si ellos renunciaron alguna vez á sus ideales fué solo en la apariencia y movidos por el anhelo santo de darnos libertad, mientras se glorifica sin tasa y sin excepción á caudillos también ilustres pero protagonistas en dilatados sucesos posteriores empezando por Oribe y Rivera y acabando por Flores que trajeron sobre nuestros campos el azote de las intervenciones extranjeras, después de fundada nuestra libertad, á pretexto, es cierto, de salvarla pero en esencia para comprometerla?

Seamos, pues, más humanos con estos y con aquellos atletas.

Al jurarse la Constitución de la República la figura descollante del general Lavalleja llenaba el escenario. Sucesor de Rondeau en el gobierno provisorio á él debió corresponder la primera presidencia como pre-

mio á su gallarda aventura redentora de 1825 y dadas sus beneméritas condiciones personales. Pero, por lo común, la política no parte buenas migas con la justicia: el voto legislativo fué adverso al primero de nuestros héroes después de Artigas. De cualquier manera que se le mire se trataba de un hecho consumado y si bien se explica que los desórdenes y desquicios del nuevo gobernante suscitaran severas críticas y legitimaran la reacción es lamentable que el jefe de los Treinta y Tres iniciara el período de las luchas intestinas.

La segunda presidencia debió pertenecerle; pero Rivera y Oribe ya estaban imponentes sobre el tapete y la alianza de sus elementos dió el triunfo al último citado.

Esta repetida adversidad tal vez fué sábia al apartar al heroe del choque despiadado de las pasiones. Durante la Guerra Grande Lavalleja permanece afuera y esta circunstancia como así tambien sus afinidades con don Manuel Oribe y sus decididas preferencias federales han fundado la certidumbre de que él estaba afiliado al partido blanco. Con mucha probabilidad no vá errada esa presunción tanto más cuanto que un abismo de enconos irreconciliables lo separaba del general Rivera siendo de aquella divisa todos sus amigos y oficiales preferidos.

Más para la posteridad, que solo se preocupa de inventariar el capital libertador de Lavalleja, nada significan los frutos ruines, ya sean ácidos, ya sean

dulces, de semejantes indagaciones de interés fraccionario y fósil. La gloria inmortal del bravo oficial de Artigas, del jefe de los Treinta y Tres, del vencedor de Sarandí, del general de Ituzaingó, en una palabra, del hombre superior que redimió á la patria é hizo viable el ensueño gigantesco del Libertador, no es blanca ni es colorada y pertenece por igual á los hijos todos de esta tierra. Los méritos de Lavalleja son tan relevantes en el concepto nacional que ningun bando tiene personería para reclamarlos en herencia y sus errores pesan tan poco frente á aquel lote abrumador que ellos pasan desapercibidos como las resacas del océano en la cresta de sus olas. Necedad suprema la de llamar blanco al general Lavalleja porque en cierto momento de su vida él haya pertenecido á ese partido cuando la fama solo recoge los servicios de la época legendaria y solo por ellos rinde al héroe los honores de la inmortalidad. En todo caso y si se quiere sostener algún absurdo desdóblese la personalidad de Lavalleja y póngase al capitan de la patria aquí y al hombre de bando allá, antes de fundir en un mismo crisol esas dos encarnaciones que la imparcialidad no liga bien. Los nombres de Artigas y Lavalleja llenan la bóveda de nuestro cielo. En vez de bajarlos de la altura para honrarlos al nivel de nuestras pobres pasiones subamos hasta ellos para glorificarlos al nivel de su inmarcesible grandeza.

Un dato. Al jefe de los Treinta y Tres aun no se le ha erigido una sola estátua en todo el territorio de la República.

Oribe, Rivera y la Defensa

Estampamos el anterior epígrafe casi nerviosos. En presencia de los jefes natos de los dos grandes partidos tradicionales, tan calumniados unas veces y tan acreedores á severa censura otras, el espíritu más desprevenido de rencores necesita abstraerse y recapacitar á fin de herir el asunto en forma séria y discreta. La personalidad de Manuel Oribe como la de Fructuoso Rivera ofrece un lado de luces y un lado de sombras, ambos perfectamente caracterizados. Esto es precisamente lo que hasta la fecha no han querido reconocer los adoradores de uno ó de otro de esos héroes. En el afán de denigrar al primero se le ha sindicado como instrumento de los más atroces y sanguinarios atentados vistiendo con blandones la memoria del Cerrito, especie de matadero que alimentaba arroyos de sangre, trágico camposanto en donde vagan espectros y voces vengadoras que todavía, después de cincuenta años, sorprenden el oído del caminante en la soledad de las noches serenas. Persiguiendo el mismo propósito rebajante con respecto al segundo se recuerda que él fué dilapilador de dineros públicos y condecorado por el Imperio con el título maldito de barón de Taenarimbó tegiéndose alrededor de esas circunstancias desfavorables un proceso durísimo y brutal como si se tratara de un vendido y de un gran estafador. Y vice-versa, el

empeño de extremar el elogio de cualquiera de ellos conduce á glorificaciones no menos vituperables y de rasgos torpes, generalizados por la ignorancia histórica corriente. Así por ejemplo, no ha faltado quien sostenga desde las columnas de la prensa que la hora más infeliz de don Manuel Oribe ha sido su momento de mayor lucimiento y que, en consecuencia, el ejército acampado bajo bandera extranjera frente á Montevideo en 1843 era el depositario de los verdaderos ideales de libertad. Del mismo modo, algunos alaban como acto meritorio el sometimiento decidido y aceptando honores inusitados de don Fructuoso Rivera al portugués y su reprobable alzamiento contra las instituciones en 1838 obedeciendo á intereses personales y poco legítimos. Todo esto resulta inícuo y tiene además el grave inconveniente de que arraigado á fuerza de repetido concluye por adulterar hechos de significación trascendental á la vez que por pervertir de manera indigna el criterio de los jóvenes más dispuestos aquí que en otras partes á dejarse llevar por el torrente. Esta manera de producirse ha creado una secta, diré así, compuesta por fanáticos y por quienes sirven de este modo sus vulgares conveniencias personales, que son la mayoría, secta insultadora y procaz que ya ha alcanzado algunos triunfos oficiales proscribiendo de los libros escolares la memoria bizarra de Manuel Oribe y menoscabando en letras de molde la severa investidura pa-

triótica del general Lavalleja por sospecharle afinidades políticas con aquel!

Antes de entrar resueltamente en materia queremos definir algunas ideas útiles y fundamentales. Nosotros distinguimos entre caudillos y pretorianos. Los primeros tienen una sólida representación. Ellos empezaron por merecer bien de la patria en los días sombrios que precedieron á la independencia sirviéndola con generosidades magníficas sin exigirle jamás una recompensa pecuniaria. Su mérito fué positivo entonces. Moldeada por brazos hercúleos apareció condensada la perseguida visión. Ellos poseyeron el instinto profético del porvenir y superaron en sagacidad á encumbrados políticos y hombres de estado al resistir tenaces á toda combinación bastarda cuando no exótica. Ellos salvaron con su audacia y su resolución incansable los ideales supremos de la revolución americana. Cuando de las capitales partían écos de derrota y el desmayo cundía y se creaban fórmulas aleatorias y desfallecientes de acomodo ellos, sosteniendo que no era posible cambiar caballos en la mitad del río, firmes bajo su escudo libertador afrontaron la tormenta y la posteridad ya ha dicho que estuvieron en lo justo. Trayendo sobre la frente tan sólido patrimonio de glorias ellos escollan cuando se entra de lleno al ejercicio de las instituciones republicanas que fundaron en países todavía tiernos para vestir ese delicado ropage. Lustros y lustros de vida azarosa, de campamento y de febril agitación muscu-

lar no prestan ciertamente antecedente ventajoso á ensayos de ejercicio democrático. El hábito de desenvainar á diario las espadas no pudo quebrarse sobre tablas que no se detienen viejos vicios de idiosincracia á una voz de mando como ocurre con las cargas de caballería en las grandes revistas. Entonces pasó lo que estaba en el orden fatal de las cosas. La escasez de hombres dirigentes y el peligroso prestigio de los atributos guerreros prepararon naturalmente el advenimiento de los primeros soldados de las campañas santas á las más elevadas posiciones civiles. Ahora bien, colocados ellos á tanta altura en un medio desconocido y cuajado de sorpresas y de novedades hasta para los más expertos, ¿podían cumplir sin cometer graves errores la misión extraña que se les asignaba? Absurdo fuera el afirmarlo así. Si á setenta años de distancia de la jura de la constitución los orientales todavía soñamos con el sufragio libre y si en la actualidad la perspectiva de una lucha electoral provoca aterradores vaticinios—exagerados, es cierto —¿cómo creer que al día siguiente de cerrado el drama de la independencia habría el aplomo y la sabiduría bastante para gobernar bien? Sin elementos, con poca civilización y en plena indisciplina social, ¿era posible salvar obstáculos? Recuérdese que los revolucionarios de este continente se distinguen en especial de los revolucionarios norte-americanos en su muy distinta educación política. Allá era tan avanzado el grado de la cultura general que por una cues-

tión en apariencia trivial—un ínfimo aumento de impuestos—se produjo el alzamiento y se renegó de la metrópoli. La comuna y sobre todo las admirables condiciones prácticas para el gobierno, propias de los sajones, perfeccionadas en la tierra nueva, prepararon una maquinaria institucional sencilla y al alcance de todos que puesta en actividad todavía pasma al mundo entero con sus maravillosos resultados. Un principismo sano, conciente y vulgarizado fué el eje de todo.

En cambio aquí sucesos inesperados interrumpieron en su profundo sueño á las colonias que recien entonces pensaron en la alborada. Todo lo combinó la fuerza avasalladora del destino. Contagiada de una fiebre ardiente, pero poco entendida en su esencia y de contornos vagos al principio, la América en masa rompió cadenas y en brevísimo lapso de tiempo un concierto de nuevas naciones invitaba al asombro. La pasión, una pasión noble y fascinadora, presidió á ese alumbramiento.

Entonces fueron las angustias. Como faltaba el primer escalon, el preliminar de una infancia cultivada, no pudo operarse sobre ese cimiento de granito que se llama pueblo y las tiernas nacionalidades gozaron, nuevas cajas de Pandora, del privilegio de todas las catástrofes quedando perdida allá en el fondo un único bien: la libertad. A ellas pudo aplicarse en ese periodo de su existencia el comentario que arrancó á Mme. de Staël el estado social de los polacos: «Están

sazonados para la independencia nacional pero todavía ellos son demasiado jóvenes para la libertad política.»

El influjo de algunos hombres eminentes mal podía regularizar la marcha de acontecimientos dictados por fatalidades hereditarias; y asi vemos á la corriente turbia y mal encauzada arrebatando lógicamente á los más ilustres hijos de la revolución para arrojarlos luego á la costa como restos de un naufragio. En ese juego evidente de fuerzas sociológicas encontramos el argumento más decisivo para ser profundamente misericordiosos con nuestros grandes hombres inválidos en posteriores lides políticas.

Una voluntad más fuerte que la voluntad de los individuos, la voluntad del medio, torció sin lástima el rumbo de los sucesos y aquí estamos todavía resintiéndonos de esas obligadas turbulencias!

Si el determinismo se acepta como algo inconcuso en los campos de la filosofía y si la ciencia criminal moderna presta decisiva atención á los *motivos* que actuaron sobre el delincuente llegando hasta á decretar absoluciones cuando sorprende impulsos externos ó internos tales que desarman el brazo castigador de la justicia, ¿cómo desconocer semejantes circunstancias en la crítica histórica, que es ya una ciencia, y que precisamente tiene su trama en el eslabonamiento de motivos?

La posteridad no puede medir con una misma vara de mansedumbres ó de severidades á los sugetos que ante ella desfilan. Quien comparece delante de ese

tribunal trae á las espaldas un complicado equipage de acciones buenas, regulares y malas y para ordenar todo eso que responde á una ley y que integra un mosaico se requiere no perder un solo detalle y calificar el caracter y la entidad de cada situación.

Si; el determinismo es la gran llave que abre los más intrincados misterios morales. Una vez esclarecidos los motivos que empujaron á un hecho feliz ó á una solución desgraciada recien se está en actitud de ensalzar ó de deprimir.

Pues bien, mirados en conjunto nuestros caudillos, á pesar de sus evidentes pecados, ¿puede decirse que un afán culpable de rapiña, de crimen, de traición, ó de negocio los lanzó alguna vez y por momentos á la mala senda? Jamás. Fué la cólera, fueron sus escasos alcances, las singulares situaciones de la época, el enceguecimiento de la ignorancia, la pasión desatada, los factores que empalidecieron su conducta. Nada de infamia calculada. Y ese punto de partida honrado es el que salva su prestigio ante el fallo de la historia. Por eso es que nunca vacilaremos en titular padres de la patria á Fructuoso Rivera, á Manuel Oribe y á otros pocos orientales de vigoroso perfil clásico. Esos, como Artigas, como Lavalleja, han sido caudillos en el concepto más dilatado de la palabra.

Pero es muy otra la apreciación que nos merece el pretorianismo debiendo desde ya agregar que entendemos por tal al producto irregular, vicioso y servil

surgido á la sombra de las administraciones desordenadas. Pertenecen á ese sistema de compadrazgos todas las hechuras de los mandones; quienes jamás estuvieron en pugna con los gobiernos y ostentan insolentes una gerarquía obtenida de favor. Han sido sus representantes genuinos esos hijos de la campaña, caprichosamente levantados por las preferencias locales, que se dicen poseedores de largo prestigio y que en el fondo nunca han probado su valor en verdaderas acciones de guerra y sí su altanería quebrallona tolerada y aplaudida en homenage á los servicios importantes prestados á la autoridad. ¿Y cuáles fueron esos servicios? Reclutar gente, como quien reune el ganado y quieras que no quieras, cuando algun movimiento popular ha puesto en aprietos á los gobiernos corrompidos; aprovechar esas ocasiones de segura impunidad para cometer toda clase de atentados robando descaradamente las haciendas agenas á pretexto de que pertenecen á un enemigo político; vivir de las arcas nacionales en todo tiempo y en la paz dedicarse á la elaboración de inscripciones fraudulentas y de atropellos políticos que fructificarán el día de las elecciones en beneficio del opresor.

Los representantes del pretorianismo ofrecen multiplicados los defectos de los caudillos sin tener en su favor, como estos, virtudes y hazañas capaces por si solas de vindicar á la más castigada de las reputacienes. En efecto ellos, llegados tarde á la fuerte brega, ni siquiera tomaron parte en su desenlace.

Surgieron en el período de cristalización institucional, sin gloria, sin mayor gasto de corage, sin honor, guareciéndose bajo la fama de los soldados libertadores en la misma condición parásita de las enredaderas que se desarrollan y avanzan abrazadas al tronco de los grandes árboles. Sindicados por su temible indisciplina, sin el freno de escrúpulos morales, ellos repudian la legalidad por incómoda y consultando anhelos rapaces y autoritarios se lanzan á las más siniestras aventuras teniendo solo en vista afanes de bastardo predominio. Ellos no luchan ni se matan por la patria, ¡qué digo! por amor á un partido. Pero siempre con la invocación tradicional, que no se les cae de los labios, explotan dolorosas disidencias sociales persiguiendo fines inconfesables y raquíticos.

Esa es la diferencia. Los caudillos incurrieron en graves errores movidos por pasiones de fuego sentidas con el alma. Los representantes del pretorianismo fueron culpables de mil actitudes bochornosas dictadas por el cálculo y planteadas con frio intento. De ahi que la historia imparcial absuelva á aquellos, los glorifique, mientras ella funda la condena de estos.

Claro está que todos los hombres de armas llevar y de prestigio colecticio en la época de nuestra organización no merecen ser así descalificados. Algunas distinguidas figuras desfilan en ese agitado periodo y la prueba de que ellas tenían valor positivo está en el

hecho de que en más de una oportunidad arrastraron tras de sí millares de energías hermanadas por un ideal de purificación. Bajo el calificativo de pretorianos cabe toda la escoria, todas las mediocridades, todas las indignas creaciones del poder. No así, ciertamente, los soldados cultos ó incultos, paisanos ó de extracción pueblera, que en circunstancias dadas supieron escuchar las angustias generales para interpretarlas en los campos de batalla y de la guerra civil, heraldos allí del honor, de la libertad y de los agravios ciudadanos.

Nunca hemos pensado hacer la biografía de los personages nacionales motivo de este capítulo. Ni siquiera intentaremos ofrecer en síntesis un reflejo de su accidentada vida. Y la razón no puede ser más concluyente. Con respecto á los blasones de cada cual en los tiempos de la patria vieja, cuando recien se formaban fronteras, ya el criterio selecto está hecho: los extravíos procaces del criterio vulgarísimo no merecen que les dediquemos espacio, pues tampoco sirven las razones para romper ciertos prejuicios hijos de la estupidez. Por lo demás, la ignorancia tan crasa no tiene personería en las lides intelectuales. Nuestro propósito se reduce á encarar así, en conjunto, sucesos culminantes en que intervinieron, mejor dicho, que crearon Oribe y Rivera, para deducir luego y sin pretensiones su colorido histórico.

Don Manuel Oribe era una personalidad concluida cuando entró á ocupar la segunda presidencia de la

República. Dueño de una esmerada educación, valiente, veterano en el sacrificio, ligado por orígen á lo mejor de su país, sereno, firme, pundonoroso, de un ardiente patriotismo, los acontecimientos conjurándose en su favor lo llamaban á ocupar puesto preferido entre los ciudadanos de la América. En Ituzaingó adquirió renombre fantástico realizando una proeza de perfiles griegos y ya antes había probado lo robusto de su desinteresada abnegación brindando sin esfuerzo á Juan Antonio Lavalleja la jefatura envidiada de una aventura homérica que él concibiera; todo en homenage á la superior graduación. De una honestidad personal positiva, sério, reservado, resuelto, él estaba hecho para el mando y para afrontar conflictos, como los árboles aislados pero de fibra endurecida que suelen verse coronando nuestros cerros en actitud desafiante, ansiosos de medir sus fuerzas con las fuerzas del huracan. Pero la misma rigidez de su conducta lo hacía más indicado para dirigir ejércitos que asuntos políticos, sobre todo en un período de evolución que reclamaba—porque era muy anormal—tino sumo y concesiones dolorosas á pasiones ilegítimas. Así vemos que el caracter inflexible y ejemplar de su administración presta ocasión á su derrocamiento. Honrosa severidad. No vamos á entrar en el detalle de minuciosas investigaciones que molestarían aquí.—Lo indudable es que un buen día el general Rivera, Comandante General de Campaña, se niega á rendir cuenta de la inversión de gruesas sumas de dineros públicos que

había solicitado y recibido para objetos del servicio, y que este lamentable acto de indisciplina social y militar provocó una merecidísima represión de parte del gobernante desobedecido. Rivera no quiso saber de nada que fuese un sometimiento á la autoridad constitucional, justamente censora, dijo «que el gobierno se le había sublevado» y ahí tenemos el origen de posteriores gangrenas.

Como útil esclarecimiento insertamos enseguida una carta dirigida por el presidente Oribe al general Rivera, que evidencia los esfuerzos moralizadores del gobierno:

«Sr. Brigadier D. Fructuoso Rivera. — Montevideo, Setiembre 26 de 1836.--Estimado señor general: — Repetidas y apremiantes reclamaciones de las oficinas fiscales me ponen en el caso de pedir á Ud. se sirva compeler al Comisario de la Comandancia General de Armas de Campaña á que rinda las cuentas correspondientes á los años 1834 y 35. Esto se hace urgente é interesa no solo á la buena contabilidad de la República sino al propio crédito de Ud. como persona altamente colocada en la administración nacional.

Creo tal omisión hasta hoy efecto de las dificultades inherentes á toda administración en campaña y por lo mismo me intereso en que Ud. active la remisión de esas cuentas cuya demora indefinida es incompatible con el absoluto acatamiento que el gobierno rinde á la ley ante la cual comparece con

repetición á dar cuenta de sus actos mas insignificantes.

Deseo, pues, que salga de esa molestia con la brevedad posible y que ordene á su atento S. S. y amigo —*Manuel Oribe.*»

¡Hermoso documento histórico!

Un distinguido historiador argentino, don Mariano A. Pelliza, aprecia de la siguiente manera aquel sonado alzamiento: « La revolución de Rivera no tenía programa ni motivo alguno que la justificase. Al entregar á Oribe la presidencia fué nombrado comandante general de campaña y en vista de las arbitrariedades con que desempeñaba el puesto, gastando sin autorización y manteniendo militarizada la frontera sin orden del gobierno, por decreto de 19 de Febrero de 1836 se suprimió la comandancia, lo que equivalía á la destitución del comandante general. Rivera volvió á Montevideo donde muy prónto lo rodeó la oposición compuesta de orientales desafectos á Oribe y argentinos emigrados enemigos de Rozas. Compelido á rendir cuentas de su administración en 1836 se notaron abusos que ascendían á más de dos millones de pesos de que no había comprobantes y si los había eran falsificados. Rivera no se preocupó de los cargos que le formulaban y azuzado por sus partidarios y la prensa de oposición, abandonó la capital para hacerle la guerra á Oribe». (1) Este comentario tiene el mérito de ser imparcial pues pertenece á un extrangero y, lo

(1) M. A. Pelliza, *La Dictadura de Roxas* Pág. 124.

que resalta más elocuente, á un flagelador de Rozas.

Como se trata de un punto importantísimo, dadas sus ulterioridades, conviene presentarlo completo sin omitir sus contactos con el exterior para explicarnos luego, sin esfuerzo, la actitud trascendental de los protagonistas en aquel suceso.

El general Oribe había sido llevado á la presidencia por el voto unánime de la Asamblea en la cual tenían asiento los amigos más caracterizados de su antecesor. Cuando asumió el mando el estado de la administración pública era deplorable. Todo estaba por hacerse. Don Juan María Perez, su Ministro de Hacienda, ciudadano integérrimo y de especiales condiciones para el puesto, decía al Cuerpo Legislativo en su informe de 1835: « Los cofres del Erario Nacional se encuentran totalmente exhaustos, las rentas y arbitrios que debían abastecerlos de caudales *han sido consumidas de antemano;* el crédito se ha extinguido.»

Estas palabras valen para la historia lo que pesan por cuanto fueron estampadas en un documento sin carácter político mucho antes de producirse la revolución riverista. Argumentando con números tenemos que el 15 de Febrero de 1835, es decir, quince días antes del ascenso de Oribe al poder, la deuda pública alcanzaba á $ 2.081.000 habiendo importado la renta general en 1834 $ 769.766.

Pues bien, esta angustiosa situación económica fué victoriosamente afrontada por el nuevo presiden-

te quien, mediante sábias resoluciones, consiguió aumentar de manera extraordinaria los recursos de la nación.

En el primer año de su gobierno Oribe hace subir la renta á $ 812.050 que llega en 1837 á la suma, enorme en proporción, de $ 1.075.819. De este total se dedujeron $ 183.000 destinados á la amortización de la deuda heredada.

La faz financiera del gobierno de don Manuel Oribe era irreprochable, nadie lo discute, y por ende está muy por encima de la faz financiera del gobierno anterior al suyo.

Políticamente tampoco admitía reparo aquella situación. Uno de los primeros actos de Oribe fué levantar el decreto de Abril de 1834 por el cual se confiscaban sus bienes al general Lavalleja, así como promulgar una ley de socorro y de amnistía á los proscritos.

Por otra parte, él dictó el decreto de fundación de la Universidad; él fundó la Junta de Higiene Pública del Estado, que hoy se llama Consejo de Higiene; él reglamentó la denuncia de tierras públicas, que daba pie á inveterados abusos; él organizó el servicio de pensiones militares; él abordó con brillante éxito el problema de la deuda pública existente, amortizándola en parte y mandando cubrir con pólizas el resto; él estableció la división judicial; él redujo el número crecidísimo de jefes y oficiales creando leyes de retiro y de atinada reforma, á la cual se ampararon muchos

servidores; él dictó la ley organizando los Consulados así como la referente á las funciones de los Tribunales Eclesiásticos; por decreto de 22 de Febrero de 1836 él reglamentó la enseñanza científica del Estado; él reanudó las relaciones comerciales con España, rotas desde la guerra de la independencia; él reglamentó el servicio de correos, dándole contactos con el exterior; él completó la sub-división territorial y abolió el fuero personal en las causas civiles y criminales; él promulgó leyes sobre herencias, sobre libertad de esclavos, sobre estado civil, sobre guias de ganado, sobre impuestos, sobre contrabando, sobre Instrucción Pública.

¿Podía exijirse labor más lucida en aquella época? Nosotros creemos que ese radicalismo purificador fué la sentencia de muerte de aquel gobierno sobresaliente. Ya hemos visto y estamos viendo que en nuestro país las administraciones de rigurosa probidad no son, ciertamente, las más populares.

Ni siquiera el argumento apasionado y antojadizo de persecuciones arbitrarias existió para alzarse en armas contra el gobierno. Tan es así que ni el mismo general Rivera lo busca para justificar su actitud.

En esencia, salta á la vista que en un balance de gastos, correctamente pedido y de tendencias moralizadoras, hizo estribo el espíritu desordenado de un caudillo para rebelarse. No puede pedirse un pretexto más baladí y menos plausible. Sin embargo, corrientes fanatismos de secta desconocen esta evi-

dencia que ya no admite controversia en los campos de nuestra historia. Es lamentable que en el día jóvenes escritores se hagan solidarios de semejantes adulteraciones.

Pero mucha mayor gravedad revistió la revolución riverista por sus resonancias internacionales que por el grado de su colorido ilegítimo.

Don Manuel Oribe durante su gobierno tuvo el acierto de no intervenir en los asuntos de nuestra vecindad. Despótico ó nó el dominio de don Juan Manuel de Rozas apreciarlo así y proceder en consecuencia correspondía á sus compatriotas, nunca á un Estado independiente y respetado en su integridad que había encontrado el origen de todas sus desgracias internas precisamente en las agenas disidencias. Profesando con firmeza esas ideas Oribe hizo lo posible por apartar de su camino todo escollo que pudiera comprometer sus relaciones de buena vecindad.

Por la frontera terrestre el asunto no ofrecía dificultades—el peligro brasilero apenas asomaba de nuevo,—pero no así por el lado de Buenos Aires. Rozas representaba un sistema robusto y triunfal, fundado en grandes odios y asediado por enemigos implacables y de talla superior. Arrojados estos de su país, mediante sangrientas persecuciones, buscaron hospitalidad activa en la república vecina. Mas aún; ellos pretendieron obtener el apoyo material del gobierno de la época en sus planes de guerra contra el adversario que ya exhibía sus poderosas garras de

tirano. La repulsa con que se contestó á tales solicitudes trajo la enemistad jurada de los emigrados al gobierno de Oribe y su maliciosa aproximación al general Rivera cuyas ambiciones tuvieron buen cuidado de estimular. Levantado este en armas contó entre sus mejores adalides á esos mismos expatriados que dirigidos por el insigne Juan Lavalle lo acompañaron en las alternativas de su aventura revolucionaria.

Así se explica el decreto gubernativo de 5 de Agosto de 1836 por el cual se ponía fuera de la ley á Lavalle. Con estas alianzas al extranjero se ofrecía ejemplo funesto á las ambiciones y se ensayaba la política equivocada que repetida en 1864-65 tan tremendas calamidades originó.

Pero no fué éste el único argumento de conducta que vino á preparar la identificación de los partidos orientales con los partidos argentinos. El criterio extremo de Rozas, en lo que se refería al servicio militar exigido de los súbditos franceses, y los serios sucesos que dieron pie á la retirada del vice consul de Francia en Buenos Aires, señor Aimé Roger, motivaron la interrupción de relaciones diplomáticas con esta potencia, siendo su resultado inmediato el bloqueo de todo el litoral perteneciente á la República Argentina por la escuadra francesa del Atlántico del Sur bajo las órdenes del almirante Leblanc.

Invitado á colaborar desde su esfera en esta empresa guerrera del extrangero, que le brindaba su alianza,

el presidente Oribe se rehusó terminantemente á aceptar ingerencias en sucesos extraños á los intereses verdaderos de su país. Resalta aún más la correcta energía de su actitud recordando que ya por entonces —Mayo de 1838—la sublevación del general Rivera se había impuesto en gran parte de la campaña y que el apoyo de la Francia, poderoso y decidido, inclinaría el triunfo á favor de quien lo aceptara. « Leblanc había pretendido la alianza con Oribe. Este presidente no quiso infringir las leyes del derecho internacional declarándose enemigo de la República Argentina, que agravio ninguno nos había inferido, y el desairado almirante de ultramar produjo la catástrofe, despechado por la recta conducta de Oribe, que no aceptó el triunfo de su causa al vil precio de la violación de la neutralidad, en cuyo principio cumplido descansan la armonía, estabilidad y concierto de las naciones civilizadas; y el gobierno progresista del año 38, cayó envuelto por ruda intervención monárquica, pero envuelto, como Artigas, en la bandera de su patria y en el puro estandarte que simboliza la causa americana. » (1)

Claro está que los emigrados argentinos, en el afán explicable de crear dificultades de todo género á Rozas, dirigieron sus esfuerzos á sellar, como se hizo, la alianza del general Rivera con los franceses; y también poco cuesta penetrarse de que éste, en su afán explicable de crear dificultades de todo género al pre-

(1 Luis Santiago Botana. *Rasgos de Administraciones Nacionales* pág. 15

sidente Oribe, aceptara complacido una ayuda tan fecunda y oportuna. A estas singulares combinaciones conducen las pasiones políticas cuando pierden el freno moderador de la razón. Dice el historiador Pelliza: « La Francia debía mantenerse firme y su alianza con la revolución oriental victoriosa proporcionaría al señor Roger los medios de vengarse de Rozas castigando su olvido de las prácticas internacionales. »

Prosigue el mismo: « La situación del presidente Oribe se hacía por momentos insostenible. Después de varias tentativas de pacificación y viendo que Rivera aumentaba sus elementos con el apoyo de la escuadra francesa, renunció el mando el 26 de Octubre de 1838. Desde esa fecha la situación de la República Oriental quedó completamente entregada á la influencia del general Rivera quien asumió la presidencia de hecho, *protegido por la Francia.* » (1)

Hemos preferido transcribir estos párrafos de un autor extranjero, que dicen más en su sobriedad que todos nuestros comentarios, á fin de constatar de manera insospechable las afinidades materiales de los triunfadores con los extraños. Hasta el día del desastre institucional don Manuel Oribe sostuvo brillantemente la bandera del derecho y su caída, abrazado á la legalidad, ofrece un alto ejemplo de pureza democrática que más adelante y bajo presiones bastardas semejantes repetirían don Juan Francisco Giró, don

[1] M. A. Pelliza. *La Dictadura de Rozas.* [pág. 134.]

Atanasio Cruz Aguirre, en cierto modo, y el doctor José E. Ellauri.

Ese fué el momento mas grande del general Oribe. Lástima inmensa que el escozor de la injusta derrota sufrida lo lanzára luego á la senda de errores tan graves como los que acababa de combatir.

Antes de penetrar en la apreciación de ese nuevo periodo de sus actividades queremos repetir que proceden muy mal y escriben libros históricos envenados quienes niegan su verdadero caracter á los sucesos que venimos de bosquejar; quienes mas tarde batirán palmas en favor de la intervención brasilera de 1865. (1) ¡Qué pobres son los ideales alimentados por el fanatismo! ¡Qué mal ocupan su tiempo los autores nuevosque penetran en el pasado cuchillo en mano!

Oribe hizo renuncia del mando ante el Cuerpo Lejislativo, en documento memorable, á mediados de Octubre de 1838, apenas cuatro meses antes de cumplir su ejercicio presidencial. Esa renuncia interpuesta y aceptada en debida forma cierra la puerta á toda justificación legal de su posterior conducta. Si el mandatario derrocado pensó volver por sus fueros agredidos estuvo de sobra aquella actitud, en esencia espontánea, que hacía caducar legítimamente su derecho. Si otra fué su intención debió suprimir tal estorbo de su camino. De cualquier modo que se la aprecie lo más ventajoso ante el concepto histórico

(1) Cárlos Oneto Viana. *El Pacto de la Unión* pág. 16.
José Luciano Martinez. *Vida Militar de los generales Enrique y Gregorio Castro* pág. 29.

hubiera sido no resignar el poder en beneficio del atentado prepotente y caer envuelto en la bandera de las instituciones. Esa era la mejor de las revanchas!

Pero la cólera es pésima consejera y Oribe, zahumado con las glorias puras de su desgracia, cruzó el rio ya mal inspirado. Por lo demás, en Buenos Aires concluiría de perder la cabeza. Allí estaba en el pleno goce de sus poderosos recursos don Juan Manuel de Rozas cuya situación política entonces ofrecía apariencias alarmantes. En guerra con la Francia, en guerra con alguna provincia poco dócil y con la perspectiva de guerra al frente, encarnada en la personalidad de Juan Lavalle, lo urgente era conjurar esos conflictos diferentes que coaligados con tino serían incontrastables. A la nación bloqueadora se le opuso la gestión diplomática, pero al jefe unitario era necesario oponerle un hombre capaz por sus aptitudes militares de sostener la causa de la tiranía. Oribe, movido por justos despechos, estaba ahí y Rozas, explotando sus indignaciones, supo utilizarlo en beneficio propio.

Hemos dicho con todo cálculo: la causa de la tiranía y no hemos mentido. La dominación de Rozas ofrece un ejemplo de las consecuencias sombrías á que conducen los errores, aún los errores sinceros y patrióticos de los partidarios exajerados. Como lo ha dicho acertadamente el general Mansilla en su libro sobre el déspota rioplatense: « Un mal gobierno no es un caso fortuíto, ni se concibe un opresor solitario

en la sociedad, cualquiera que sea el estado embrionario de su organización, como se puede ver un arbol secular aislado en el desierto pampeano sin fin. » (1)

A Rozas lo trajeron al poder las impaciencias principistas de sus adversarios, herederos de todas las soberbias directoriales y reácios, en su infinito orgullo, á las enseñanzas repetidas de la experiencia. Porque Rozas no escaló el mando de improviso, por virtud de una escaramuza afortunada. Quien estudie la historia argentina lo ve surgir con lentitud pero con firmeza, sujeto al proceso que rige el desarrollo de las fuerzas organizadas. Hijo de importante familia, mayordomo, consumado ginete, caudillo en crecimiento, jefe de escuadrón, auxiliar eficacísimo con sus seiscientos *colorados* del gobernador don Martin Rodríguez contra Dorrego, vengador enseguida de este, á esa altura de su carrera la cumbre viene á él con la misma rapidez con que él vá hacia ella. Así redondeado el prestigio solo bastaba aplicarlo abiertamente á su fin para triunfar sin duda alguna « porque una tendencia inconciente arrastraba al populacho hacia las banderas de Rozas.» (2) Las constituciones del 19 y del 26, el platonismo político de Rivadavia y de otros ciudadanos ilustres no había encontrado medio fecundo y la mejor prueba de ello la ofrece el extraordinario éxito de las tendencias federales, torpes, vagas en su concepto definitivo pero — en

[1] Lucio V. Mansilla. *Rozas.*
[2] M. A. Pelliza. *La Dictadura de Rozas.* [pág. 21]

eso unánimes—aliadas en su apasionada hostilidad á Buenos Aires que, como castigo á sus exclusivismos aristocráticos, vendría á ser juguete sangriento de uno de sus propios hijos. La vieja política unitaria desde 1811 á 1861, desde Artigas hasta Urquiza, había de crear dificultades hasta tanto no se apeára del afán absorbente que la caracterizara durante cincuenta años de inauditas turbulencias. A propósito, refiere un escrupuloso autor que el 13 de Diciembre de 1839, aniversario del fusilamiento de Dorrego, exclamaba Lavalle en el seno del ejército paseándose agitado delante de sus oficiales del Estado Mayor: «¡Ah! señores, yo he sido el que abrió la puerta á Rozas para su despotismo y arbitrariedades sin ejemplo. Los hombres de casaca negra, ellos, ellos, con sus luces y su experiencia me precipitaron en ese camino haciéndome entrever que la anarquía que devoraba á la gran República, presa del caudillaje barbaro, era obra exclusiva de Dorrego. Más tarde, cuando varió mi fortuna, se encogieron de hombros... Pero ellos al engañarme se engañaban también, porque no era así. Dorrego solo explotó en su beneficio el mal que estaba arraigado en el país, como se ha visto después.» (1) Profunda verdad. Ya hemos visto que el estado político de la América, atrasado y embrionario, no guardaba armonía con las instituciones avanzadísimas que le decretaron sus asambleas constituyentes. Cuando la misma Europa, en pleno esplendor civilizado, no había admitido de-

[1] A. J. Carranza, *El general Lavalle ante la justicia póstuma.*

cididamente el imperio de las nuevas ideas, como lo prueba con elocuencia el carácter absolutista de la Santa Alianza, poderosa asociación de reyes represiva del liberalismo, se quería para las nacionalidades de este continente una fórmula perfecta y entonces atrevida de gobierno. El sistema republicano, tan seductor al espíritu de los hombres libres por el encanto de sus dogmas igualitarios requiere para fructificar en debida forma un medio ambiente adecuado á sus delicadas exigencias, de lo contrario, sus ventajas se tornan en perjuicios y á la sombra de groseras adulteraciones se labran las mayores calamidades públicas. Como los más sencillos y sorprendentes mecanismos de relojería, que dejan de funcionar al menor golpe rudo, el sistema republicano de gobierno pierde su eficacia y fallan las leyes de alta sabiduría que rigen su ejercicio cuando no encaja holgadamente en la sociedad que lo adopta.

Un ejemplo vigoroso de semejante fracaso lo ofrece Sud América á raíz de su organización. Es cierto que las muchedumbres continentales, dirigidas por tribunos de robusto pensamiento, sirvieron con singular energía al ideal redentor como es cierto que ellas alcanzaban los prestigios del dogma proclamado protestando reiteradas veces contra tentativas exóticas de gobierno. Se puede afirmar á su respecto que ellas salvaron la causa de la libertad con sus ruidosísimas resistencias. Pero de abrazar con entusiasmo un credo á la práctica correcta y fecunda del mismo media

enorme distancia. Para crear la república solo se necesitó de mucho valor, de mucha audacia, de mucho patriotismo y como estas virtudes crecían lozanas en el corazón de los nativos, pronto pudo acariciarse en la realidad el afán perseguido; pero para hacer efectivo el imperio de sus instituciones se requería mucha cultura, mucha disciplina, mucha capacidad cívica y estos elementos indispensables no abundaban, no existían, al producirse la emancipación. Por eso más sangre hemos derramado en la tarea pacífica de la organización que en el empeño belicoso de conquistar nuestra independencia. Los federales de 1820, ¿poseían acaso el plan minucioso y completo de sus doctrinas y los unitarios de la misma época tenían bien marcado su derrotero ó ambos bandos eran dos fuerzas hijas de la pasión, dirigidas por fanatismos empíricos á cual más equivocado? Se trataba de dos tendencias con gran fondo de verdad pero mal presentadas. En efecto, una hizo del localismo más acérrimo su bandera y otra encontró la suya proclamando la anarquía y la disolución. Las dos traían el gérmen del desastre y las dos tienen la responsabilidad de la guerra civil. Después de mucho batallar en lo que refiere á la tierra argentina, la más ensangrentada por estas diferencias, á Urquiza y Mitre cabe la gloria de haberse dado cuenta de lo pernicioso de tales extremos.

Pues bien, si al declararse la independencia todo estaba por hacerse y si como lo expone con atrayente

sinceridad el general Mansilla: « la América del Sur era entonces una impostura republicana», ¿cómo creer posible una adaptación irreprochable y juiciosa al nuevo régimen de libertad cuando recien se salía del dominio de una metrópoli que sólo sabía esclavizar á sus colonias? A los ciegos que recuperan la vista mediante una operación se les arranca al mundo de las tinieblas con prudencia, aumentando lentamente la intensidad de la luz á fin de no lastimar en sus órganos á un sentido muy delicado que recien despierta. ¿Algo semejante no reclaman las sociedades que evolucionan? De lo contrario el pasage de un estado de aplastadora tutela al gobierno del pueblo por el pueblo expone al naufragio.

Nos hemos detenido en estas apreciaciones generales con el fin de sostener enseguida que Rozas, con todos sus crimenes y atentados, fué un fruto natural de torcidos acontecimientos, fruto recogido en mayor ó menor escala en los restantes, países de este continente, con excepción de Chile, que tanto ha valido siempre como nacionalidad equilibrada, y del Brasil, que siguió durmiendo el caduco sueño colonial bajo los auspicios del Imperio. El exceso unitario trajo el exceso federal que fatalmente, por la ley de las reacciones, debía terminar con el entronizamiento de un déspota. Así fué y recién cuando el terror disciplinó las energías y mares de sangre borraron el pasado pudo resurgir la libertad definitivamente orientada.

Así, pues, nosotros miramos la época de Rozas

como una obligada consecuencia de épocas anteriores de temeraria imprudencia institucional, de la misma manera que cuando el terreno está predispuesto á la enfermedad se busca la causa de una tuberculosis en el resfrio, en el desarreglo personal que le dió antecedente. La dominación de Rozas no fué decretada por el capricho aislado de un hombre que, á no contar con sólido apoyo, no hubiera perpetuado su dictadura durante veinte años. Ella señala más bien el vuelco de una sociedad anarquizada que cansada de debatirse en la impotencia buscó descanso en los brazos de la tiranía. Síntomas de esa decadencia cívica lo ofrecen las más encopetadas damas de Buenos Aires arrastrando el carruaje que conducía el retrato del déspota; la religión colocando ese mismo retrato en el altar, junto á sus divinidades; los primeros guerreros de la independencia haciéndose solidarios del sistema y tambien la literatura fanática y servil de aquel tiempo oprobioso.

Reanudando, fué un gran error del ex-presidente Oribe asociarse á la situación sombría presidida por Rozas y comprometer sus positivas glorias convirtiéndose en instrumento de aquel tirano. No intentamos desconocer esa evidencia. Pero para darle su verdadero caracter conviene recordar que entonces no podía existir la claridad de perspectivas morales que hoy nos habilita á emitir opinión acertada sobre aquel suceso. La alianza de Oribe y Rozas la habían ido tegiendo las circunstancias, ella fué preparada

por un conjunto de factores favorables á la autoridad presidencial y su coronamiento sinó justificable se explica en mérito á los extremos de solidaridad á que conduce una aproximación repetida.

Por otra parte, nuestro país aún estaba bajo la tutela política de sus poderosos vecinos. Incorporado en distintos períodos á cada uno de ellos si sus fronteras geográficas habían sido bien deslindadas no sucedía lo mismo con las fronteras de su vida política. Después de 1830 las potencias limitrofes siguieron ejerciendo sobre nuestra democracia el mismo influjo espiritual, á veces decisivo, dibujado en 1810 y coronado y cerrado — ¡ por fin ! — con la entrada del ejército brasilero á nuestra capital en 1865. Y si por el lado norte la estabilidad monárquica ahogaba toda vinculación partidaria, sin embargo de que conocidas son las afinidades que tuvo el general Rivera con los *farrapos*, otra cosa muy distinta ocurría por el lado argentino. Los partidos orientales y los partidos de aquella nación se habían venido identificando desde mucho antes de la tiranía de manera que Rozas sólo necesitó acentuar en su provecho ese movimiento de fraternidad.

Agreguemos que la influencia de la política rocista en nuestro país era enorme, siendo, por desgracia, muy difícil escapar á ella. Se trataba de un astro y de un satélite recien emancipado. Oribe, inclinado á la revancha,—ahí estriba su gran error—debía fatalmente

caer en el círculo prepotente del dictador que ya no lo abandonaría.

Pero á este respecto interesa disipar una pomposa afirmación corriente que presenta al triunfador, al general Rivera, en abierto pique con Rozas, obediente en esto aquel á sus tendencias libertadoras y de alto patriotismo. Es la referida una de las tantas mistificaciones amonedadas por las vulgares pasiones de partido que concienzudos esclarecimientos históricos han destruído ya. Aunque suene mal á muchos oidos la verdad de las verdades es que el general Rivera hizo todo lo posible por disputarle al general Oribe la alianza con el tirano de Buenos Aires, como lo probaremos enseguida con testimonios irrefutables, llegando en el calor de ese propósito á sacrificar á su aliado de la víspera y amigo el general don Juan Lavalle.

Espiguemos al efecto en autores extranjeros que escriben sin pasión sobre nuestras cosas y que si alguna poseen ha de ser unitaria porque es el cuño que llevan sus libros.

Habla primero el señor Angel Justiniano Carranza en su alabada obra *La Revolución del Sur de 1839*; después comentaremos: « El presidente Rivera que hasta entonces se había limitado á dejar sentir su desagrado llamó en la tarde del 1.º de Julio al intendente general de policia, don Luis Lamas, y le ordenó que hiciera disolver las fuerzas argentinas expedicionarias, recogiendo el armamento y las monturas,

é impidiera por todos los medios á su alcance saliese Lavalle de la ciudad; poniendo la ejecución de esa orden y su reserva bajo la mas severa responsabilidad del intendente quien las comunicó.

« Contrariaba profundamente á Lamas como oriental y como correligionario político que su ilustre amigo saliese de Montevideo con las apariencias de prófugo, según lo pintaba poco después la prensa ministerial. » (1)

Fué en estas circunstancias tan comprometidas que don Andrés Lamas, entonces muy joven, resolvió desobedecer abiertamente las órdenes del gobernante. Al efecto, empezó por poner en conocimiento de los revolucionarios argentinos las hostilidades que contra ellos se preparaban apurando de este modo su invasión que de lo contrario corría riesgo inminente. Pero yendo el doctor Lamas aún más lejos en sus combinaciones no sólo hizo posible la realización del empeño guerrero de los unitarios sino que también le dió carácter oficial. El general Lavalle se dirigió al muelle en plena tarde, acompañado de un selecto grupo de oficiales. El trayecto hasta el embarcadero lo recorrió en manifestación por las calles más centrales agarrado del brazo con el señor Lamas quien así acreditaba su entereza y la sagacidad de su espíritu. Veamos cuál fué la impresión que produjo en el general Rivera la noticia de esta actitud. Continúa Carranza:

[1] A. J. Carranza. *La revolución del Sur de 1839;* pags. 32 y 35.

« Este (Rivera) que había sido enterado de lo acaecido, por su edecán, el coronel Luís Perichón, quien encontró y saludó á Lavalle, no lo consideró así en el primer momento, y reclamando de los representantes de Francia el desembarco del general y de los expedicionarios, ordenó á los buques orientales capturasen los transportes mercantes, mandó encausar á Lamas y por último que se suspendiera y sumariase al ayudante de la Capitanía del Puerto. Según se ha sabido después, Rivera estaba en tratos de paz con Rozas, por medio de los agentes diplomáticos ingleses. Exhibimos más adelante, agrega, los comprobantes de esa tentativa oscura y grave, felizmente frustrada, porque el dictador de Buenos Aires no pudo persuadirse que la salida de Lavalle de Montevideo se verificase en esa forma, á la luz del día, sin la connivencia de Rivera, de cuya doblés desconfiaba; y determinó ya, sin vacilar, vadease el Uruguay el ejército que se remontaba en Entre Ríos á las órdenes del general don Pascual Echagüe. » (1)

El historiador Pelliza confirma lo anterior en los términos siguientes: « Rozas que veía sus vacilaciones (las de Rivera) lo hizo tocar secretamente por el ministro inglés Mendeville, insinuándole la conveniencia de hacer la paz con Buenos Aires. Rivera tragó el anzuelo y los sucesos de Corrientes vinieron á mostrarle que se habían reído de él, porque cuando

(1) A. J. Carranza. *La Revolución del Sur de 1839.* (pág. 38.)

quiso formalizar la negociación con Rozas, éste le contestó: que en su carácter de defensor de la sagrada causa americana, no podía tratar con traidores. Esperanzado en la paz que lo dejaría dueño de la situación oriental, no sólo comprometió Rivera el éxito del levantamiento de Corrientes, sino que hostilizó al general Lavalle creándole dificultades en su proyecto de expedicionar contra Rozas.» (1)

La actitud personalísima de Lamas fué la que decidió la situación, de manera, pues, que á este insigne diplomático cupo el honor de romper con Rozas como muchos años después dividiría con otro insigne estadista, don Manuel Herrera y Obes, el honor de abrir la fosa de su inicua dominación. Lavalle, en carta dirigida á su amigo don Andrés Lamas desde la isla de Martín García, momentos antes de invadir, le decía: « Yo nada espero del general Rivera sinó hostilidades; está poseido de una rabia frenética, no tanto contra la empresa cuanto contra mi. Pronto llorará su ceguedad. Su propia conciencia será mi vengadora. Si yo triunfo de Rozas, su nombre será el objeto de execración de todos los pueblos argentinos, y si nó, el cargará con la ignominia de mi muerte. Jamás he hecho un pronóstico con mas confianza. En cuanto á mi Vd. me vé en un camino único, el de la patria, y aunque todo el universo se conjurase yo iría á

[1] M. A. Pelliza. *La dictadura de Rozas.* (pàg. 150.)

morir allí, porque así me lo mandan mi deber y mis compañeros.» (1)

Si las otras transcripciones no fueran suficientes bastaría esta última para acreditar que Rivera hizo lo posible por cruzar los planes libertadores del jefe unitario y que si no tuvo éxito en tales propósitos se debió á causas extrañas á su criterio, á causas opuestas á su voluntad expresa. El documento antecedente, emanado de Lavalle, posée todo el sentido caracter de un testamento político y es bien claro en el deslinde de responsabilidades. Los graves reproches que en él se formulan no tienen levante.

Solo resta ratificar la acusación dirigida á Rivera de que al tiempo de estas deslealtades estaba en tratos amistosos con Rozas. El historiador Carranza trae al efecto una série importantísima, por lo que esclarecen, de cartas privadas suscritas por los dos interesados en la negociación. Puede imaginarse la eficacia probatoria definitiva que tienen, después de medio siglo largo, esos escritos de índole particular y por lo mismo sinceros en sus párrafos llenos de preciosa espontaneidad. A fin de no extendernos demasiado solo elegiremos dos de esas epístolas. Dice así la primera:

« Buenos Aires, Agosto 16 de 1839. —Señor General don Pascual Echagüe.— Mi querido amigo: Tengo el gusto de avisarle el recibo de sus apreciables 1.º de Julio y 3 del corriente.

[1] M. A. Pelliza. *La Dictadura de Roxas*, pag. 156.

El pardejón salvaje unitario Rivera, en su desesperada situación «me mandó ofrecer la paz» ofreciendo entregar al salvaje Lavalle y á los demás salvajes unitarios emigrados, al gobierno argentino; publicar una amnistía reconociendo en sus empleos al Sr. Presidente Oribe y á los demás orientales de su partido legal; declarándose en contra de las pretensiones francesas, haciendo causa común con esta República, en defensa de su libertad; y, por último, todo lo que yo considerase necesario con tal de darnos la mano; quedando él de Presidente en el Estado Oriental reconocido por el gobierno argentino . . . . *Juan Manuel de Rozas.* » *(1)*

La segunda carta referida está destinada á la benemérita dama doña Bernardina Fragoso de Rivera, esposa del general, que la suscribe, y fechada en el Durazno á 26 de Mayo de 1839. Copiamos su párrafo pertinente: «Mas, primero que todo es un asunto de suma importancia que tengo entre manos con el mismo Buenos Aires. El asunto se trata por medio de los agentes ingleses.

Todo esto es de suma reserva; más te lo comunico confiado en que no lo harás trascendental á nadie. No está distante el que hagamos la paz con Rozas.» (2)

Nada más se precisa para afirmar opiniones en este asunto. Al detenernos en el comentario de aquellos sucesos no ha sido ciertamente nuestro objeto acumu-

(1) A. J. Carranza. *La revolución del Sur de 1831.* (Pág. 255).
[2] Cárranza. *La revolución del Sur de 1839* [Pág. 43].

lar condenaciones sobre el nombre del general Rivera, pero sí poner de manifiesto la ignorancia ó la pasión que acreditan á diario quienes colocan á don Manuel Oribe al nivel de los más infames traidores porque él tuvo tratos con Rozas. Somos los primeros en censurar tan torpe acercamiento mas á la vez nos fastidia que se pretenda rodearlo de caracteres únicos, denotativos de una distinta pasta moral, cuando Rivera, á quien se presenta en aquel entonces como salvador de la libertad platense, imploró la alianza del tirano y pasó, para obtenerla, por conocidas humillaciones.

Rozas, para atraerse eficazmente á Oribe, empezó por darle el trato de Presidente legal de la República Oriental, título que á esa altura importaba una evidente usurpación. El agraciado no supo resistir á semejantes halagos ni á las distinciones especiales de que era objeto y que creyó de su deber retribuir incorporándose al orden de cosas dominante.

Lanzado en ese camino de las complacencias, Oribe que era, por lo demás, de temperamento récio y autoritario, llevó demasiado lejos su adhesión; tan lejos que muy pronto lo encontraremos consolidando al poder rosista con las armas en la mano.

Cuando Lavalle llega victorioso hasta el pueblo de Merlo, distante siete leguas de Buenos Aires, después de haber doblado al general Angel Pacheco que se oponía á su paso, y Rozas llegó á considerarse perdido, fué Manuel Oribe quien disipó aquel in-

menso peligro deteniendo los avances del caudillo unitario.

Enseguida, entusiasmado con la empresa que le ofrece además los placeres de una revancha, inicia la persecución del jefe enemigo al traves de las provincias, sin desmayar, sin descanso, sin apearse del caballo por días enteros, pegado, como la sombra al cuerpo, á la retaguardia adversaria. En las batallas del Quebracho Herrado y Famaillá quedó rota la cerviz unitaria. Después de una campaña, brillante bajo la faz militar pero ingrata bajo la faz del derecho, el general Oribe consigue arrojar dispersos á la frontera boliviana los últimos restos del ejército libertador. El insigne Juan Lavalle había caído en la hermosa contienda, como él tal vez lo quiso. La muerte del gobernador Avellaneda de Tucumán fué un crímen dejado impune, en el mejor de los casos, por Oribe, que nadie puede justificar.

El papel culminante que jugó el referido, á pesar de ser extrangero, en esta campaña decisiva, acredita la confianza que se tenía en sus talentos militares, confianza que bajo ese aspecto él supo confirmar.

Apartado de la línea recta y ya en su decadencia histórica, mal rodeado, mal dirigido y peor aconsejado, don Manuel Oribe, prestando talvez acatamiento á secretas nostalgías nativas, ponía su sueño favorito en la reconquista del poder presidencial que antes renunciara solemnemente. Mucha, muchísima culpa en semejantes extravíos adjudicará mañana el fallo de la

posteridad á los hombres civiles de robusta inteligencia que acompañaban al caudillo expatriado y que en vez de corregir sus impulsos irregulares los fomentaron conduciéndolo á cometer lamentables errores.

Oribe vencedor y pacificador de la República Argentina gozaba á la sazón de un justo prestigio militar en el concepto del partido federal. En consecuencia, no se puso dificultades á su deseo manifestado de invadir el territorio oriental en pié de guerra, á fin de vengar agravios agenos y agravios propios ya prescritos. Pero antes debía Oribe batirse con Rivera quien le presentó batalla en los campos del Arroyo Grande sufriendo una derrota total.

Este desastre dejaba libre la entrada á la patria que ardía en el desquicio. El general Oribe lo entendió así y el 16 de Febrero de 1843 acampó en el Cerrito, frente á la ciudad de Montevideo que acababa de ser atrincherada bajo la dirección estratégica del general Paz.

Allí se mantendría durante nueve años.

Antes de proseguir en esta rememoración rápida, que solo nos permite tocar algunas cumbres, vamos á ocuparnos en especial del general Rivera.

Desde luego, procede manifestar que los dos próceres nombrados poseen rasgos propios singulares. Oribe fué más soldado que caudillo, Rivera más caudillo que soldado; aquel estudió el arte de la guerra en los libros, adquiriendo sólidos conocimientos teóricos; este aprendió á pelear leyendo en ese libro sabio

de la naturaleza, que tan pocos entienden, adquiriendo habilidades para el oficio alrededor de los fogones gauchos; el primero, como que era general de escuela, sabía obedecer y exigió, á su tiempo, ser obedecido con idéntica latitud; el segundo, como que era general de montoneras, nunca pidió á sus subalternos disciplina por cuanto él nunca aceptó ese freno, insoportable para quien sólo respetaba su capricho; Oribe, de acuerdo con su temperamento militar, dió al país un gobierno regular, ordenado y puro; Rivera, pagando tributo á sus tendencias desquiciadas, despilfarrado por costumbre, hizo un gobierno que refleja fielmente sus condiciones personales; aquél, correcto, altruista, severo, no discute á Lavalleja el mando superior que méritos acumulados le disciernen, porque goza de más alta gerarquía, y acepta gustoso servir de cimiento á la gloria de quien será mañana su rival; éste, audaz, temerario, ambicioso, no acepta jefaturas superiores á la suya, acampa por sus respetos, y así, procediendo por cuenta propia, obtiene espléndidas victorias y ayuda á fundar la patria; Oribe por exceso de consecuencia, por no aparecer traidor, lleva hasta el extremo su adhesión á Rozas, mientras Rivera, que no conocía aquella cualidad, á nadie hizo el sacrificio de sus instintos ni con nadie se creyó jamás obligado; el uno era grave, abstraído, conciso, mientras el otro en el bullicio, en la broma, en la expansión encontraba su ambiente. Oribe fué uniforme en el desarrollo de su vida; Rivera tuvo muchas nor-

mas de conducta; Oribe, inexorable, atropelló de frente los mayores obstáculos para vencerlos como se vence á una fortaleza, por asalto; Rivera, menos tenaz y más hábil, prefirió quebrar las dificultades echando manos de medios discutibles é indiscretos; Oribe señala una energía, Rivera define un capricho.

Pero ambos, á la vez, tienen muchos puntos de contacto. Como los astros que cruzan sus órbitas, ellos en algunos instantes se tocan, casi se confunden, para alejarse luego millares de leguas en sus actitudes, prisionero cada cual de su propia trayectoria. Los dos fueron valientes, los dos acometieron acciones heróicas, los dos prestaron homenaje á grandes errores y poseyeron varoniles virtudes; los dos crearon la patria de los orientales ayudados por dos patricios aún más ilustres que ellos.

Volvemos á repetirlo: todas las infidencias y todos los atentados de Rivera huyen despavoridos ante la grandeza épica de los hechos extraordinarios que se llaman Guayabos, Rincón, campaña de Misiones. De Oribe podemos decir que todos sus atropellos y todas sus aberraciones quedan extinguidos con la gloria de la Agraciada, del Cerro y de Ituzaingó, como desaparecen del cielo las nubes más rebeldes disipadas por la acción vivificante de los primeros rayos solares.

Sin embargo, pocos hombres caracterizados han recibido tantas andanadas hostiles como estos dos patricios. En contra de Oribe se agotó el índice de los más crudos epítetos. Comparado á Nerón, tildado de

verdugo, de tirano, de sanguinario, de miserable, de bárbaro, de monstruo, de asesino, de instrumento, de traidor, él conoció en vida el vinagre de todos los insultos.

Rivera no ha sido más feliz. El odio y la pasión hicieron de él un miserable, un cobarde, un ladrón, un vendido, un desertor, un infiel, un déspota, un servil, un infame, un traidor. Esas saetas envenenadas las recibió en pleno pecho.

Conocida es la opinión que á su respecto tenían el general Paz, Juan Carlos Gómez, don José María Muñoz, don Andrés Lamas, don Benito Chain, sus correligionarios. En el seno de la Asamblea de Notables manifestó César Díaz que « el general Rivera siempre había sido un traidor é infame parricida » ; y en carta dirigida al doctor Lamas dice del mismo don Manuel Herrera y Obes: « ¡Qué hombre! y ésto es lo que en nuestro país encabezó un partido poderoso y ha mantenido y mantiene á la República en agitación tan funesta! »

En contraposición á estos ataques las crónicas de antaño nos traen el éco de himnos honoríficos y de hiperbólicos títulos otorgados á aquellos guerreros por el servilismo y por las pasiones de partido.

In justo medio veritas en ésta como en todas las diferencias extremadas. La actuación de esos ilustres ciudadanos tuvo visibles alternativas, horas acertadas y momentos desgraciados. Tomados aisladamente unos ú otros de tales antecedentes se llega á escri-

bir elogios y censuras ácres, todos y todas á base de mentira.

El ambiente, las exigencias locales, el carácter propio de cada época así como la presión de circunstancias accidentales, á veces ignoradas, que el historiador no puede despreciar, determinan un veredicto lleno de equilibrio moral y de justiciera nobleza. En presencia de las causas atenuantes y agravantes que rodean á toda unidad humana de relieve, se impone aplicar la ley de las compensaciones dejando siempre un ancho margen de benevolencia póstuma que merecen siempre los que fueron.

Ya es tiempo de que ese criterio de equidad se aplique á nuestros antepasados. Ya es tiempo de que Rivera y Oribe duerman su último sueño hermanados en la apoteósis. Por eso urge que aparezca el escritor, profundo y sabio, capaz de investigar con espíritu levantado los archivos, las publicaciones y las bibliotecas nacionales y de verter el fruto de sus estudios retrospectivos en capítulos morigerados y fecundos. Hasta tanto así suceda continuarán perjudicando torpes mistificaciones de fracción y nuestros jóvenes seguirán fulminando ó endiosando á aquellos próceres, según sean ellos blancos ó colorados. ¿Hasta cuando persistirán estas procesiones tradicionalistas al pasado muerto que revisten el carácter lúgubre de un dos de Noviembre?

Para dejar ya á un lado al general Rivera pasamos á considerar enseguida su ingerencia en los asuntos

de la plaza de Montevideo, que tantas condenaciones le ha valido de sus contemporáneos afiliados á los partidos unitario y conservador. Después de la batalla de Arroyo Grande, que diera desoyendo las indicaciones útiles del gobernador Ferré y del general Paz, Rivera pasó de nuevo el río Uruguay en la más completa dispersión. Al llegar á Montevideo supo que las tareas del gobierno estaban confiadas, en primera línea, á varios extranjeros, ocupando el general Pacheco y Obes, porteño, el Ministerio de la Guerra. Esta incrustación de elementos extraños, que en el fondo eran sus enemigos por cuanto representaban las más acentuadas tendencias unitarias, disgustó sobremanera al general y estuvo á punto de comprometer la buena armonía de la defensa. Este profundo cisma se disimuló mediante la inmediata salida á campaña del experto caudillo que esta vez, como siempre, obraría inconsultamente por cuenta propia.

La tremenda derrota de India Muerta, inflingida por Urquiza, fué el castigo que tuvo ésta soberbia guerrera. Internado en el Imperio regresa á Montevideo por mar y desde abordo y con la eficacísima colaboración de su esposa, realizó un movimiento revolucionario afortunado que le vuelve al poder.

De nuevo busca el general Rivera en la campaña escenario para sus actividades y algún tiempo después, en 1847, como jefe de la guarnición de la ciudad de Maldonado, inicia negociocianes de arreglo con los sitiadores, sin autorización de su gobierno.

En presencia de esta conducta el gobierno de la Defensa, de acuerdo con la Asamblea de Notables, resolvió su destierro al Brasil.

Según el historiador Pelliza, Rivera «habíase arreglado casi con Oribe para alejarse del país en cambio de veinte mil pesos fuertes que recibiría en el acto y además la promesa de designársele una mensualidad por el gobierno del Miguelete si su conducta ulterior lo hiciera acreedor á tal merced.» (1)

Ilumina definitivamente ese punto histórico el mismo texto del decreto de destitución y extrañamiento que lleva la fecha de Octubre 3 de 1847 y que empieza así: «Teniendo presente que el señor Brigadier general don Fructuoso Rivera está en comunicación con el enemigo que asedia al pueblo de Maldonado y ha abierto negociaciones sin autorización de ninguna especie y de un carácter alarmante por el tenor de su comunicación confidencial á S. E. el Sr. Presidente, se ve que el objeto del enemigo no es otro que obtener la entrega de aquel punto y su guarnición, haciendo para conseguirlo *proposiciones de interés personal para el citado general.....* » etc.

No entraremos á calificar esta actitud del general Rivera bajo la faz disciplinaria, que tal vez no tendría atenuaciones, sino bajo su fisonomía política. En 1847 todos los orientales estaban hartos de la guerra.

En un principio los partidos nuestros se habían identificado íntimamente con los partidos argentinos

(1) M. A. Pelliza. *La Dictadura de Roxas*, pág. 378.

y si bien es cierto que estas afinidades no se rompieron, luego resulta evidente que ellas estaban bastante relajadas en ambos lados. El general Rivera, en el campo sitiado, fué cabeza de la robusta tendencia local, mientras entre los sitiadores de una y otra nacionalidad se operaba idéntico distanciamiento. Y así tenía que suceder. Ni Montevideo, convertido en una Rochela del unitarismo, soportaría siempre su pesado yugo militar, ni Oribe aceptaba con el entusiasmo de la primera época su rol de general delegado. Ese tan explicable aflojamiento de las voluntades decretó las aproximaciones promisoras. Sabido es que el entonces coronel Venancio Flores en más de una oportunidad y bajo palabra de honor penetró al campamento del general Oribe celebrando con éste entrevistas amistosas muy significativas. A media noche, acompañado por el comandante Artagaveytia, volvía el referido á la línea enemiga. Encausado en ésta corriente de opiniones, que más tarde resultaría irresistible, el general Rivera no titubeó en ponerse al habla con los sitiadores. Oribe, que ya había evidenciado sus buenas disposiciones para llegar á un arreglo aceptando las bases pacificadoras de los ministros Gore y Gros que Rozas se apresuró á rechazar, no puso obstáculos á las manifestaciones del caudillo. Tan adelantadas estaban las tentativas cuando el gobierno de Montevideo entró en conocimiento de las mismas que para cortar toda perspectiva de acomodo se procedió con la severidad relatada contra el inquieto Rivera.

Porque el criterio ultra unitario dominante en la capital no consentía nada que no resolviera la caida de Rozas, como si nuestros intereses dependieran de aquella situación. Pero el tirano de Buenos Aires, se dice, estaba acampado en el Cerrito por cuanto el general Oribe era su hechura. Incierto; la mejor prueba de que este aceptaba una fórmula transaccional para obtener la paz, la encontramos en sus distintos esfuerzos para cerrar la guerra. Indudablemente refleja honor sobre nuestra cancillería el hecho de que ella haya creado por sí y realizado el plan victorioso de la triple alianza dirigida contra el déspota, pero nadie ignora el precio doloroso que para los uruguayos tuvo aquella empresa. Tan doloroso que todavía nos preguntamos qué fué mas caro si el mal mismo ó el remedio ideado para extinguirlo.

¿Iban, pues, errados quienes soñaban con un arreglo en familia de las viejas diferencias caseras? Había en el Cerrito muchos ciudadanos distinguidos, como los había en la Plaza, que no se rehusaban á una transacción decorosa. Respondiendo en mucha parte á esas aspiraciones latentes y en alguna á su temperamento levantisco fué que el general Rivera abrió negociaciones directas y personales con el general Oribe. Algunos años más tarde los mismos hombres que lo fulminaran por esa tentativa pacificadora ocurrirían á un sistema muy semejante para poner término á la guerra. No otra cosa dice aquello de: «No hay vencidos ni vencedores».

La significación política de Rivera, que tal vez tocara su meridiano el día de Cagancha, decrece rápidamente durante los años largos del sitio y pasa á la categoría de un recuerdo durante su destierro en el Brasil. Designado en 1855 para integrar el triunvirato, en compañía de Lavalleja y Flores, emprende viaje á la patria. La muerte, que ya lo acecha, tal vez en homenaje á sus grandes méritos suspende el cumplimiento de sus fatales designios hasta tanto el caudillo pisa tierra oriental, quizá para hacer dulce su último sueño. Apenas cruza la frontera cae enfermo, yendo á morir en el fondo de un rancho miserable sobre la costa del arroyo Conventos. Sus restos descansan á la fecha en la catedral de Montevideo, disfrutando justos honores de panteón, bajo la salvaguardia de las pasiones coloradas enfurecidas que desde hace muchos años buscan en la sepultura del general Rivera escudo para encubrir sus iniquidades.

Lástima grande que el capítulo de esas idolatrias adulteradas, menos respetable de lo que puede suponerse, obligue á los espíritus moderados á silenciar su elogio patriótico y sereno del prócer.

Víctor Hugo, con su modo genial de expresión, caracteriza de la manera siguiente á los partidarios ultra: « Se está tan en pró que se está en contra. » Verdad inconcusa que alcanza á nuestros tradicionalistas fanáticos. Tanto se exagera el aplauso, tanto se miente, tantos errores se niegan, que las laudatorias se vuelven contra el favorecido, con la misma

naturalidad con que un elástico demasiado estirado concluye por romperse castigando cruelmente la mano del imprevisor. Flaco servicio prestan al general Rivera quienes intentan torcer las leyes de la crítica y conquistar para su ídolo el fallo de la historia, por la fuerza, como si los medios coercitivos valieran en semejantes asuntos! Así, pretendiendo hacer de un pecador un varón santo que jamás pagó tributo á las miserias humanas, se abre las puertas á la novela y ya sabemos que nadie crée en el fondo real de estas aunque él muy á menudo exista. Muy otro es el procedimiento exigido para llegar á un comentario exacto. Un balance juicioso, donde tengan cabida holgada los extravíos y los aciertos, las impopularidades y la gloria, las acusaciones y los elogios, permite obtener el saldo precioso y definitivo sobre cada personalidad.

Ese saldo, á pesar de todo y tambien gracias á todo dá derecho á Oribe y á Rivera á ser eternos en nuestra memoria. A los que le condenan inexorables por el despilfarro de dineros públicos, sin perjuicio de otras consideraciones atendibles, puede contestar el primero, desde la inmortalidad, haciendo suya la frase de Escipion el Africano, dirigida al Senado que estimulado por el odio lo interrogaba sobre el destino de algunos fondos romanos: «No daré cuenta de cuatro millones de sestercios cuando he hecho entrar en el tesoro cuatrocientos millones». Por su parte el segundo, cuando se le descalifica por sus vinculaciones con Rozas, no vacila en la inmortalidad porque

su vida tuvo muchos momentos de oro y á su respecto cabe usar la enérgica respuesta de Escévola, inducido á renegar de Mario: «Nunca declararé enemigo de Roma al que la ha librado de los cimbrios».

Que siga cayendo nieve sobre las tumbas del pasado hasta tanto sepamos aprovechar mejor los orientales las enseñanzas del patriotismo.

Hablemos de la Defensa de Montevideo en sí.

Es el citado un bello episodio de nuestras disidencias. Desde el momento en que hemos declarado sin reatos que ninguna razón de legalidad extricta asistía al general Oribe en su invasión y que ésta se hizo bajo los auspicios extranjeros, con grueso núcleo de tropas de la Confederación Argentina, es lógico que consideremos más legítima y más encuadrada dentro de la ley á la causa política que se anidaba dentro de los muros de nuestra capital. Por lo demás, el hermoso conjunto intelectual que florecía en Montevideo, agitándose ora en la prensa, ora en la tribuna, ora en la diplomacia, ora en la cátedra, presta un amable colorido á las actividades fragmentarias de adentro que no pudo alcanzar en aquel preciso momento la causa estacionada en el Cerrito y sometida á un severo régimen militar, á pesar de contar ella con patricios tales como Giró, Berro, Aguirre, Antuña, Acevedo y otros.

El fallo de la historia no será seguramente favorable á la irrupción guerrera de 1843, hecha en nombre de una legalidad desvanecida, pero el tiempo ha de

caracterizar de un modo distinto al corriente muchos sucesos posteriores ligados á aquel error. Es justo recordar que la ingerencia odiosa del extranjero también lució descarada en el campo de los sitiados. Las intervenciones, cuya prolongación indefinida concreta uno de los más inteligentes triunfos de los políticos de la Defensa, señalan la intromisión absorbente de las potencias europeas en nuestros negocios. Sus buques sostuvieron el bloqueo, su dinero, obtenido en abundancia, solucionó el problema financiero, sus súbditos constituyeron el núcleo de la guarnición.

Y no fué, en general, un impulso expontáneo y desinteresado el que prestó origen á las legiones extranjeras. Ellas fueron creadas por el gobierno de la época que por decreto de 16 de Febrero de 1843 impuso á todos los habitantes de la ciudad el servicio militar y que, aún así escaso de elementos, se apresuró á contratar mercenarios. En una de sus hermosas cartas fechada en 1848, el doctor Herrera y Obes le manifiesta al doctor Lamas que: «las familias de la legión de Thiebaut, solamente, exigen como 3000 patacones mensuales de aumento en raciones para este mes. ¡Cuánto exigirá el que viene!» Por otra parte, mediante contrato en forma, con afectación por años de las rentas de aduana, se obtuvieron fondos del exterior. El representante de Francia, Mr. Devoize, entregaba mensualmente al gobierno cuarenta mil pesos y conocidas son las inmensas angustias porque

pasaron los jefes de la resistencia cuando ese subsidio se suprimió. Por supuesto que no intentamos establecer paralelo estricto entre la alianza con Rozas, que era la negación de la libertad, y la alianza con las naciones europeas, heraldos predilectos de la libertad. Pero, de cualquier modo, en principio se desnaturalizaba la defensiva con esa demanda mendicante de la intervención. El argumento aducido en favor de los sitiadores por los panegiristas de la causa invasora, que afirman que don Juan Manuel de Rozas encarnaba el espíritu americano frente á los avances, peligrosos y comprometedores de nuestra autonomía, de las naciones europeas, no.pasa de ser en esencia un grosero artificio. Empecemos por observar que el motivo de las intervenciones lo dió el déspota argentino; de él vino el desafio airado antes de que la respuesta armada de los extraños justificara en la apariencia el título pomposo que para sí creó de «heroico defensor de la sagrada causa americana».

Por otra parte, la lealtad impone confesar que si Rozas era porta-estandarte efectivo de los ideales democráticos, solo restaba renunciar á las preciosas regalías de una libertad representada de manera tan sombría.

La defensa de Montevideo ofrece un ejemplo aleccionador de lo que vale la perseverancia aliada al talento. Un puñado de hombres llenos de energía pudo improvisar una última y porfiada resistencia. ¡Cuántos desalientos y cuantas timideces hubo que

vencer! En otra de sus notables cartas al doctor Andrés Lamas así le pinta el doctor Herrera y Obes el estado de la Plaza: «Nadie piensa ir sino á Buenos Aires ó cualquier otra parte. Disminuye, por consiguiente, la población, disminuyen los capitales, disminuye el trabajo, disminuyen las rentas y aumenta la pobreza y los gastos del gobierno. Protesto á Ud. que á tener menos corazón que el que tenemos ya era cosa de haber dado al diablo con esto. ¡Y podremos mantenernos cuatro meses y vendrá de Europa lo que por aquí nadie espera! ¡Qué época me ha tocado, mi amigo!» Datos elocuentes que realzan á la distancia la perspectiva del conjunto.

La defensa fué memorable; probablemente exageran los que la titulan heroica. Heroicas son las hazañas y ellas solo pueden ser breves; tienen algo del vértigo y mucho del rayo. Dificilmente se concibe un suceso legendario que abrace un espacio de tiempo de nueve años consecutivos. La resistencia tuvo ciertos momentos estoicos pues, por lo demás, el sitio revistió acentuados caracteres platónicos.

Es de notar que los sitiados poco se preocupaban de las hostilidades del enemigo que siempre fueron débiles y muy intermitentes. En su larga correspondencia diplomática, que desborda sana expontaneidad y que condensa en forma invalorable la crónica del sitio, don Manuel Herrera y Obes de todo parece preocuparse menos de señalar actos belicosos en el enemigo. Intensas amarguras revela en sus cartas,

pero jamás dedica párrafos á la condición militar del adversario que naturalmente debiera preocuparlo en primer término. Fuera de una que otra manifestación guerrera, que dieran motivo para lucir su bravura al doctor José María Muñoz y para caer noblemente á Marcelino Sosa, los años del asedio se deslizaron monótonos y pacíficos, sin ofrecer el accidente de una sorpresa sangrienta. Y se explica sin mayor esfuerzo que fuera así. La situación precaria de los sitiados apenas les permitía sostenerse; de manera, pues, que estando ellos á la simple defensiva nada cuesta explicarse que se concretaran á esperar el ataque. Con respecto á los sitiadores, ¿qué ventaja decisiva, en cuanto á arraigo material, podía proporcionarles la posesión de una ciudad si ellos eran señores y dueños absolutos del terreno, ya dominado? Indudablemente la rendición de Montevideo valía un triunfo y bien merecía una misa, pero asaltarlo á sangre y fuego en condiciones problemáticas de éxito pagaba la pena de ser meditado antes de hacerse.

El general Oribe pudo en un principio con sus catorce mil soldados apoderarse de la capital, á pesar de los esfuerzos estratégicos del insigne general Paz que en plena orfandad de elementos nunca hubiera alcanzado á realizar un milagro. Después, una vez organizada la resistencia, el asunto cambió de fisonomía. Sin embargo, siempre se estuvo en aptitud de intentar, con muchas probabilidades, un formidable empuje. Don Manuel Oribe era un soldado de ante-

cedentes temerarios, lo acompañaban en la empresa famosos capitanes de la Independencia y por lo tanto no seria lógico atribuir al temor un sedentarismo guerrero prolongado por años y años.

Talvez no quiso producir un abundante derramamiento de sangre selecta y que no le era extraña, sin seguridades de triunfo, cuando sus aspiraciones de revancha estaban casi totalmente consumadas. Si consideramos tal el infortunio del general Rivera las batallas de Arroyo Grande y de India Muerta compensan con su peso victorioso los desastres institucionales de otras épocas amargas. Si buscamos en distinto sentido la huella de la revancha ella pronto aparece honda y firme por el lado material. En efecto, el gobierno del Miguelete tenía su asiento positivo sobre todo el territorio del país, con excepción de una que otra plaza fuerte; mientras que el gobierno de la Defensa, más aproximado á la legalidad, era una ficción doctrinaria que moría con la última trinchera. De manera, pues, que Oribe, sin estar sometido á las imposiciones constitucionales, poco agradables á la ambición de los hombres, pudo gobernar como quiso, á capricho y sin término, estándose tranquilo en su campamento del Cerrito. ¿Las mismas perspectivas de tranquilidad y de firmeza ofrecía el gobierno legal aún siendo triunfador? La suerte infausta de la administración de don Juan Francisco Giró—que era de tolerancia,—contesta con más acierto que nosotros.

Con el correr del tiempo se fueron cansando las

mismas ambiciones, que con tanta dificultad llegan á fatigarse, y los síntomas del resultado final surgieron á la vista de los espíritus observadores con mucha anticipación al epílogo. En nueve años hasta las pasiones amainan y hasta sufre transformaciones orgánicas el temperamento de los individuos más resueltos. Don Manuel Oribe y sus consejeros no pudieron escapar á esta ley de la vida. La luz empezaba á hacerse en el horizonte de la patria.

No de otro modo se explica la actitud mansa y desidiosa del sitiador ante los preparativos largos y claramente amenazadores del general Urquiza, quien le diera tiempo sobrado para ponerse en temible guardia. Don Manuel Oribe poseía relevantes condiciones de general y no puede atribuirse á ignorancia su abandono. En el fondo de las cosas solo el amor propio y un sentimiento generoso de lealtad al tirano, que fuera su amigo, lo mantenían en actitud hostil. Pero aquellas mismas circunstancias de afección empezaron á desvanecerse con noticia de Rozas que experimentó la consiguiente alarma. Así se explica su nota de ruptura de 24 de Agosto de 1851, inspirada por acontecimientos muy anteriores, en la cual declaraba que «no merecería la confianza del gobierno de la Confederación el general en jefe del ejército unido de vanguardia, Presidente del Estado Oriental del Uruguay brigadier don Manuel Oribe, por lo que los jefes de *las divisiones argentinas* en operaciones en la República Oriental procederán á nombrar en con-

sejo el jefe que haya de dar cumplimiento á las instrucciones de que es portador el edecan del gobierno coronel don Pedro Ramos». Hemos subrayado lo de divisiones argentinas para acreditar que Rozas no pretendía ejercer superitendencia sobre las tropas orientales de su aliado.

Existen sobrados motivos para suponer que esta nota no se hizo pública por cuanto nunca llegó á cumplirse lo ordenado en su contenido.

Los escasos documentos oficiales de aquel momento supremo dejan transparentar en el general sitiador, más que todo, el deseo de no aparecer defeccionando. Ahí se exhibe otra vez la característica inflexible de don Manuel Oribe. Soldado de temple, hombre de una sola chapa, él se rehusaba á no cumplir hasta el fin con el aliado. Este sentimiento exagerado de lealtad lo lleva á cometer lamentables errores que las pasiones de bando sabrían explotar. Y el afan tenaz de ser consecuente lo mantuvo ligado á la suerte de la tiranía hasta el último instante, cuando en el fondo no eran tan ardientes ni tan sinceras sus afinidades. Así se explica que ya en Septiembre 6 del 51 lanzara una proclama en la que decia: «La gravedad de la situación en que se halla el país en consecuencia de los sucesos que han tenido lugar en estos últimos tres meses y el deseo de evitar á mi patria el derramamiento de sangre, me han decidido á adoptar la resolución de retirarme del país con las tropas argentinas y orientales que quieran acompañarme cesando

de este modo la causa ostensiva de la guerra y sus consiguientes desastres.»

En distintos párrafos hemos censurado sin rodeos la aproximación de Oribe al jefe de la Confederación Argentina que concluyó por depararnos la calamidad de las intervenciones que, europeas ó no, importaban una humillación y una catástrofe; pero á la vez repudiamos el comentario vulgar que pretende caracterizar á aquél como un instrumento servil, mercenario y sumiso

Ni los antecedentes varoniles del general Oribe, ni su temperamento recio, ni la alta posición militar que investía permiten afirmarlo así. Seguramente que él tuvo imperdonables debilidades con Rozas, pero ellas deben apreciarse como concesiones de aliado á aliado, dictadas por el extravío. Aceptada la vinculación y necesitando Rozas de Oribe para utilizar sus condiciones de consumado general y Oribe de Rozas para obtener recursos de guerra, el tiempo sólo podía fortificar ese acercamiento. Pagando homenaje á la referida reciprocidad Oribe comprometió su verdadera significación política embarcándose en desaciertos incalificables.

Contínuamente oímos repetir que en Montevideo se salvaron las libertades del Río de la Plata amenazadas por un ejército sanguinario, bárbaro y opresor. No podemos pretender saber más que los que mucho saben, pero acreditamos la sinceridad de nuestro pen-

samiento manifestando que no compartimos en un todo ese aserto.

Sería el caso de desesperar del arraigo de las sanas doctrinas en estos países si admitiéramos que un hecho anormal y fugaz como todos los caprichos de los sucesos—la tiranía de Rozas—pudo amenazar la estabilidad de nuestra estirpe libre.

Llegado el caso de obtener el triunfo no hubiera sido precisamente Rozas el vencedor. Habría tocado ese lote al general Oribe que se apoyaba sobre la masa de un partido político descollante y patriota, compuesto exclusivamente de orientales.

¿Acaso no se hubiera colocado entonces ese partido á la altura de su misión reparadora? Ahí está su victoria electoral, inmediata á la paz de Octubre, acreditando si había ó nó en el Cerrito patricios abnegados. Fué, pues, la mansedumbre presidencial de don Juan Francisco Giró, lleno de repugnancias cuando se trataba de proceder con empuje, la causal de los gravísimos y posteriores estallidos anárquicos.

No menos equivocado es decir que los sitiadores integraban una jauría de elementos cimarrones, enamorados de un verdugo. Oribe era un soldado y lo que es más un soldado de calidades distinguidisimas, que se desempeñaba tan gallardamente en una batalla como en sociedad de damas. Sus errores, enormes ó pequeños, reducidos ó exagerados, deben encararse como los errores de una gran personalidad y es-

tudiarse con el aplomo que se merecen los asuntos de trascendencia.

Por lo demás, si á su alrededor flotaban muchas entidades mediocres, nacidas al calor de los fogones de campamento, tambien junto á él se movían muchos hombres capaces y moderados que luego ilustrarían en el gobierno y en las cámaras los anales de la República.

Quienes tan crudamente se expresan olvidan que el ejército del Cerrito fué el que dió más nutrido contingente á las tropas expedicionarias que bajo bandera oriental combatieron contra el déspota en Caseros. Los batallones de Lasala y Maza, famosos por su bizarría, bajo distinto comando prestaron decisivo concurso en aquella jornada. ¿No eran tan despreciables, tan sanguinarios, tan monstruosos los elementos del Cerrito, hechuras horrendas del infernal Oribe? ¿Por qué la Plaza no los reemplazó con tropas educadas dentro de sus muros en el culto estricto de la libertad? Sencillamente porque no los tenía, porque la defensa de Montevideo estaba en manos de soldados en su mayoría contratados y extranjeros.

La historia aún no ha pronunciado su última palabra sobre aquellos trágicos acontecimientos. Ella dirá mañana, cuando ciertos antecedentes oscuros se esclarezcan y prime sobre las pasiones una virtuosa rectitud de criterio, si los orientales sirvieron su interés ó si por el contrario lo perjudicaron colaborando en primera línea en la empresa de derrocar al tirano de

Palermo, haciendo tristísimos sacrificios territoriales. Ella dirá si nuestros antepasados extremaron ó no su generosidad comprando la alianza brasilera con pedazos de tierra uruguaya y todo esto dirigido principalmente á obtener la liberación de un pueblo extraño: del pueblo argentino. Ella dirá si no hubiera sido más práctico y más venturoso para esta patria cercenada arreglar sus diferencias de familia en familia, como lo intentó el general Rivera y no lo rechazaba el general Oribe. Ella dirá si en los nueve años del sitio se sirvió adentro y afuera al interés argentino ó al interés oriental. Ella, en fin, dictará fallo levantado sobre los distintos episodios de la Guerra Grande, tan oscurecidos á la fecha en cierto sentido á pesar de lo mucho que se ha escrito á su respecto.

Por lo pronto debe recordarse que la labor diplomática de la Defensa se encarna en dos figuras ilustres por su talento político: el doctor Manuel Herrera y Obes y el doctor don Andrés Lamas.

Es el primero una de las más caracterizadas personalidades que ha producido el país, bastando la lectura de los documentos internacionales salidos de su pluma para darse inmediata cuenta del superior calibre de aquel espíritu indomable. Con todos sus extravíos—treinta años después lo encontramos sirviendo afanoso á la tiranía de don Máximo Santos desde el Ministerio de Relaciones Exteriores—el doctor Herrera y Obes destaca con rasgos eminentes entre sus compatriotas.

Es el segundo digno, por la profundidad de su espíritu, del anterior. Enviado de ministro á Río Janeiro por el gobierno de la Defensa él hace prodigios de habilidad y apesar de tener en frente á la rumbosísima cancillería argentina, encarnada en el general Tomás Guido; apesar de representar en una corte, famosa por sus característicos egoismos, á una entidad política de arraigo material irrisorio, concluye por conquistarse las simpatías del coloso del norte y por inclinar la balanza. La alianza brasilera con Urquiza y la Defensa es obra exclusiva suya y del doctor Herrera y Obes. Cuando entidades de tanta valía propia, intervienen en negociado tan trascendental lo menos que puede hacerse es detenerse en la fuerza del comentario retrospectivo.

¡Que surja de una vez el escritor de alto vuelo, de alta erudición y de alta equidad, capáz de iluminar ésta y tantas otras rutas de nuestra historia!

Una figura austera, que ya tenía relieve nacional por los eminentes servicios prestados á la causa de la independencia, destaca seductora dentro de Montevideo. Referimos á don Joaquín Suárez. Este ciudadano al morir dejó la huella de una virtud. Anciano ya lo sorprendieron los azarosos acontecimientos de la Guerra Grande, pero, colocándose á la altura de las circunstancias, él acepta el mando, que ya antes desempeñara en calidad delegada, y prosigue con prestigio veterano el desarrollo de los sucesos. Jamás fué eje de violencias pudiéndose afirmar á su respecto que el

atentado no figuró entre sus medios de acción. Honesto, puro, patriota y desinteresado don Joaquín Suárez es un bajo relieve típico de épocas honorables, que ya pasaron. El tiene derecho adquirido á ser señalado como un ejemplo de probidades, tanto más meritorias cuanto que no las iluminó el talento, y por eso su estatua no usurpa terreno en medio de una plaza pública. Pero distingamos. Nosotros en Joaquín Suárez alabamos una vida larga dedicada al bien de los suyos. Principalmente nos seducen sus energías batalladoras en los tiempos adversos, sus viriles vinculaciones con la causa de Artigas, su conducta regular en la presidencia, su tenacidad de todos los días en el afán sagrado; sin perjuicio de incorporar á esos evidentes merecimientos los adquiridos cuando la Defensa. Pero éstos en segundo término por cuanto ellos están empañados por la pasión de partido, mientras que aquéllos escapan á nuestras míseras controversias. En consecuencia, rendimos justicia sincera al oriental. Quienes decretaron la estátua de Suárez no lo han entendido así, como pudo comprobarse al ser ella descubierta. En el bronce que representa al patricio se ha querido consagrar una gloria roja. Indudablemente este modo tan diminuto de juzgar á los hombres restringe el homenaje póstumo por cuanto denota intenciones hirientes y exclusivas. Síntomas de la misma enfermedad.

Vamos á cerrar este capítulo. Los restos mortales del general Manuel Oribe, oficial esforzado de la

patria vieja, segundo jefe de los Treinta y Tres, capitán del centro en Sarandí, héroe en Ituzaingó, austero presidente de la República, co-fundador, en una palabra, de nuestra nacionalidad, descansan en la Iglesia principal de ese pueblo de la Unión que él creara. Los fanatismos corrientes, que consideran malditas las cenizas de ese caudillo, no han permitido que ellas compartan con las del general Fructuoso Rivera los favores de un legítimo homenaje oficial. Esas tendencias morbosas no pueden durar, porque las anormalidades nunca adquieren carácter orgánico. Dia vendrá en que las opiniones, más educadas en la moderación, sabrán borrar distingos odiosos y exclusiones que no tienen razón honrada de ser.

Quinteros—Paysandú—La Florida

Cumpliendo una de las bases del tratado de paz de 1851 inmediatamente despues de encarrilarse en forma institucional la situación del país se convocó á elecciones generales. En aquella época irregular y de ensayo no era dado esperar un desarrollo modelo del proceso comicial, mucho más cuanto que lustros de zozobra habían desorientado á las muchedumbres. Sin embargo, el resultado correcto y auspicioso para los hombres tranquilos que se obtuvo practicando el sufragio probó, una vez más, á qué sorprendentes extremos de éxito puede llegarse cuando una sinceridad verdadera inspira la conducta común. Y esa corrección de procederes en ambos partidos no debe extrañarse si se recuerda que la aspiración dominante en el seno de todas las clases sociales era la de asegurar la paz. Constituídas las Cámaras ellas eligieron presidente de la República, en Marzo de 1852, á don Juan Francisco Giró. Era el referido un ciudadano adornado de hermosos dotes de carácter, que reunía las mismas condiciones honorables del insigne Joaquín Suarez. Inteligente, poseedor de una vasta experiencia de gobierno, modesto, tolerante y suave, su nombre no levantaba resistencias, lo que no era poco decir tratándose de un elemento definido de la causa del Cerrito.

Algunos escritores coinciden en desconocer al señor Giró suficientes enterezas de caracter para desempe-

ñar una presidencia surgida sobre escombros. A esa debilidad de impulsos moralizadores atribuyen la posterior y negra catástrofe. Van más lejos aún; adelantan que á haber vivido el general Eugenio Garzón, desde la presidencia—que mereciera,—habría disipado todas las sombras amontonadas en el horizonte. Otros, cambiando solo personas, insisten en que el doctor Herrera y Obes elevado á la primera posición política de su país habría disuelto peligros poniendo en juego su probada habilidad. Nos cuesta creerlo así. Concluída la guerra, apagado el volcán, todavía dominaban intensos calores en su cráter que, de cualquier manera, producirían sérios perjuicios. La mayoría del Cuerpo Legislativo era favorable al partido blanco y esta circunstancia natural y, sobre todo, perfectamente legítima, prestó motivos á graves impaciencias y agitaciones del partido colorado. ¿Qué voluntad pudo haber enfrenado esas indisciplinas que concluirían en la rebelión? Difícil encontrarla. El delito del nuevo mandatario no consistió ni en sus blanduras, ni en sus concesiones, ni en sus tolerancias, él tuvo origen en el hecho insoportable para el coloradismo—ya entónces avaro del Poder—de que las cámaras, siendo en su mayoría blancas, hubieran llevado á la altura á un correligionario, ejercitando al proceder así un derecho incuestionable.

El señor Giró, bajo el influjo de ideas altruistas que prueban el temple de su virtud cívica, se preocupó desde el primer instante de aplacar las pasiones

de bajo fondo y al efecto dió una primera prueba de equidad haciéndose acompañar por un ministerio matizado.

Así el general Flores ocupa el Ministerio de la Guerra, don Florentino Castellanos el de Gobierno y Relaciones Exteriores, don Manuel J. Errasquín el de Hacienda y la Jefatura del Estado Mayor el general don Wenceslao Romero. Como se vé, el prestigio de la fuerza, que desgraciadamente es el más importante de los prestigios en los gobiernos de Sud América, lo prestaban hombres de estricta filiación colorada. Conciente de su misión reparadora el señor Giró aborda con entusiasmo las pesadas tareas de su cargo. Es de imaginarse cuánto estorbaría los nobles propósitos de reconstrucción perseguidos por él y sus ministros, el estado ruinoso de la cosa pública. Sin embargo, se abordó con fé la ardua tarea de promover adelantos y en tal concepto aquella presidencia creó los pueblos de Constitución, Artigas, Treinta y Tres, Santa Rosa y Cuareim; afectó las tierras públicas al servicio de amortización de la deuda general del Estado; mandó proceder á una mensura general del territorio de la República; ordenó la contabilidad y reglamentación de las oficinas públicas; reglamentó la policía marítima; entregó á las Juntas la dirección de la caridad pública, hizo frente á los abrumadores apremios financieros dejados en herencia por la defensa como también á las impertinencias diplomáticas del Imperio que se atribuía, en parte, peligrosos

derechos de tutor. Al amparo de esos esfuerzos, claramente exhibidos en todos los órdenes de la administración, inicióse el renacimiento de energías hasta entonces aletargadas, las rentas experimentaron un notable aumento y el comercio, que ofrece un dato de interés barométrico para apreciar la confianza que inspiran los gobiernos, adquirió resaltantes vitalidades.

Los acontecimientos empezaban á esclarecerse gracias á la noble sinceridad del gobierno, reconocida por los elementos más considerados y dignos del país. Pero hacían una excepción lamentable en esta alianza de voluntades derechas los representantes del coloradismo ultra. Ellos habían impuesto su dictadura irresponsable dentro de la Plaza durante muchos años y ellos no consentirían fácilmente ser privados de los fueros discresionales de que gozaran durante un período de guerra, incompatible con el orden institucional.

Es cierto que faltaba motivo decoroso para conmover el orden público. Dentro de su agobiadora escasez de recursos, sin elementos, sin perspectivas, el gobierno había conseguido imponerse á la marejada, á fuerza de habilidad.

Abona el afán levantado del presidente Giró la convocatoria de la Guardia Nacional que vino á sustituir casi totalmente al ejército de línea. Era la indicada una tentativa demasiado generosa que rendiría frutos bien caros. Movido por el noble propósito de

apagar las pasiones iracundas, enardecidas hasta un punto inaudito durante la Guerra Grande, el presidente de la República inspiró un hermoso decreto, que suscribieron con él don Manuel Herrera y Obes, don Bernardo P. Berro y don Venancio Flores, en el que se « prohibía á la prensa periódica traer á juicio los actos y las opiniones referentes á la guerra que terminó el 51 », y se apreciaba « toda transgresión al respecto como una concitación al desorden y á la anarquía ». Verdaderas personalidades los firmantes de ese documento, heraldo de concordia, tenían el derecho de dirigirse, en esa forma á los propagandistas del ódio. La diversa filiación política de los mismos le quita toda sombra atentatoria y destaca en el concepto histórico la importancia de aquellas palabras de incitación á la paz.

Bajo ese carácter superior debe apreciarse aquel decreto, recibido con descargas de metralla por el grupo de opositores, que no se conformaba con perder el valioso elemento de propaganda destructora representado por la agitación constante de viejos agravios y rencores.

Hacer la crítica de aquella medida, á pretexto de que se hería la libertad de la prensa, es tan exajerado como censurar á un individuo que en legítima defensa y en uso de su derecho á la vida hiere á quien lo ataca. Se trataba de un procedimiento práctico autorizado, impuesto por el desorden dominante, cuyo defecto probablemente consistió en no ser él bastante

eficaz, como lo probaron sucesos posteriores. Nada mejor para inutilizar á los perversos y sediciosos que arrancar de sus proclamas el tema maldito de los choques fratricidas. Pero ¿qué razón es atendida cuando las pasiones se desatan?

Sin darse cuenta del contraste irónico, los conspiradores eligieron para la revuelta el aniversario de la Jura de la Constitución. El 18 de Julio de 1853, estando la Guardia Nacional formada en la Plaza de la Matriz en actitud tan noble y despreocupada que llevaba las cartucheras vacías y ramos de flores, en vez de bayonetas, en las puntas de los fusiles, el coronel Palleja, á la vista de las autoridades, lanzó sobre ella su batallón de morenos, bautizando con sangre de inocentes el triunfo de la ambición. Los generales César Díaz y Melchor Pacheco y Obes fueron los instigadores principales de aquel ingrato suceso. Lo más selecto de la juventud montevideana formaba en las filas de la Guardia Nacional, acuchillada por tropas que obraban bajo la seducción del pillaje. Este motín militar ofrece rasgos tan impuros como sus gemelos de Enero de 1875 y de Julio de 1898. A sus autores cabe la triste suerte de haber iniciado, bajo las peores condiciones, la segunda série de nuestras catástrofes institucionales. El motín de 1853 merece la más candente reprobación de la historia, pues ninguna de esas atenuantes que se llaman persecuciones injustas, latrocinios, desgobierno, despotismo, ódio, figura á favor de sus co-ejecutores, que, por otra parte, tampoco

presentan á su favor antecedentes de vulgaridad que expliquen su conducta. He ahí uno de los grandes errores del pasado sólo perdonable cuando la imaginación, dando un enorme paso hacia atrás, evoca la memoria apocalíptica de tiempos que fueron.

Triunfante la subversión, el mandatario desposeído, salió fugitivo del país, emigrando á Buenos Aires. No poco dice en su honor el hecho de que habiéndole sido ofertado de inmediato por la intervención brasilera, el auxilio poderoso, incontrastable, de un ejército para reivindicar el poder infamemente arrebatado, él se rehusara á aceptar ese recurso tentador, prefiriendo la derrota y el ostracismo, antes que la reconquista presidencial, al precio de una humillación por el extranjero. Actitud tan virtuosa, culmina los prestigios del digno presidente y dilata su nombre en la posteridad. Oribe, que renunciara el mando, cometió el extravío de pretender recuperarlo luego con el apoyo extraño; Giró, vencido por la traición, que no había legitimado el brutal atropello, tuvo cordura de clarovidente y no quiso ni por sí, ni aliado al vecino, intentar una revancha sobre el hermano desleal. Esta diferencia de conducta en la desgracia inmerecida, hace que la figura de don Manuel Oribe se achique en el infortunio mientras crece la de don Juan Francisco Giró con lozanías envidiables.

Tan elevado ejemplo de equilibrio moral dicta una enseñanza fecunda que alguno olvidó después.

La nueva situación, consecuente con su origen, de-

bía imponerse por la fuerza. La historia ha recojido como elocuente testimonio de los fanatismos partidistas de antaño, un decreto, suscrito por el general César Díaz, poniendo fuera de la ley á don Bernardo P. Berro que debería ser ejecutado donde se le encontrase. El delito de aquel ciudadano lo creaba su enérgica resistencia personal al régimen improvisado, en su carácter de Ministro de Gobierno, de la administración constitucional derrocada, investido además de las funciones anexas á la cartera de Guerra para dar empuje á los elementos legales en el interior del país.

Dice así aquella famosa resolución, en su parte dispositiva: « Art. 1.º Por el presente decreto se autoriza á las autoridades del gobierno provisorio para que procedan á aprehender á Bernardo P. Berro, en cualquier parte de su jurisdicción en que se encuentre.

Art. 2.º Quedan igualmente facultadas las indicadas autoridades para que, en el acto de ser aprehendido el mencionado Bernardo P. Berro, sea pasado por las armas sin más formalidad que la justificación de la identidad de su persona, dando cuenta al Ministerio respectivo.

Comuníquese, publíquese, etc. etc.—(Firmado)—CESAR DIAZ, *Juan José Aguiar*, *Enrique Martínez*, *José Zubillaga*.»

¿Qué dirán á esto los fanáticos? Adviértase que la autoridad que se atribuía el decreto de perseguir, era el fruto de un nefando motín y que don Bernardo

Berro merecía el dictado de rebelde por ser culpable de no acatar un incalificable despojo. ¡Qué tiempos!

Mutilado más tarde, por favor singular de la muerte, el triunvirato de los generales integrado por Rivera, Lavalleja y Flores, este último asume el gobierno. Inoficioso para los fines que perseguimos sería detenernos á apreciar las causas de su caída, impuesta por la revolución que encabezara el doctor José María Muñoz, así como las administraciones fugaces de don Luis Lamas y de don Manuel Basilio Bustamante. La consideración, aunque breve, del Pacto de la Unión, suscrito el 11 de Noviembre de 1855 por los generales Oribe y Flores, nos interesa especialmente por cuanto aquel famoso acuerdo apunta el arranque de un nuevo ensayo de política fraternal. Muy dignos escritores han dedicado párrafos de dura crítica á esa alianza de los dos militares más caracterizados de la época, alianza que, aunque de apariencia personal, dadas las grandes vinculaciones en la masa de las partes signatarias, importó la aproximación patriótica y formal del partido blanco y del partido colorado. Los conservadores, es decir, la fracción exaltada y soberbia de la última de las agrupaciones citadas; la misma que igualaba al unitarismo aquí, en sus lamentables exageraciones y exclusivismos; la misma de cuyas filas salieran los derrocadores del gobierno de Giró, y cuyas hostilidades sin cuartel al partido blanco no amenguaban en pasión, los conservadores, apreciaron el acercamiento de los generales co-

mo un suceso indecoroso y bastardo. Los cronistas de esa tendencia han declarado funestísimos sus resultados, incorporando entre ellos la tragedia de Quinteros. Comprendemos ese lujo de severidad en los políticos desafectos de la época á que nos remonta ésta indagación retrospectiva no así en quienes están en aptitud de juzgar con absoluta calma de espíritu acontecimientos enterrados bajo el polvo de cincuenta y tantos años de olvido. En efecto, Oribe y Flores al unirse condensando en un documento sus ideas de futuro, dieron, por lo pronto, un venturoso ejemplo de cordialidad cívica que realmente no incomodaba entonces, cuando el clarín de la revuelta hacía oir sus más siniestros toques hasta en los confines del país. Carecemos de autoridad erudita para opinar en absoluto que el acercamiento de los dos grandes caudillos fué propicio al bien público en sus ulterioridades. Por lo demás, las pasiones de partido empañan aun tanto el ambiente que sabemos no se creería en nuestra imparcialidad si insistiéramos con mucho entusiasmo en el aplauso de sus resultancias nacionales. Pero se paga tributo á la verdad declarando que Oribe y Flores estuvieron en lo cierto, que ellos interpetraron en forma práctica las exigencias populares aunando sus esfuerzos y sus elementos para consagrar en una gran candidatura nacional á la presidencia los anhelos dominantes de reconstrucción. ¿No abonaban ellos, por lo menos, su desinterés del momento constatando que renunciaban de la manera más

solemne á ocupar el mando? ¿No daban ellos forma definitiva á una aspiración que estaba en la atmósfera al decir, con noble franqueza, que convenía uniformar la opinión pública acerca de la persona llamada á presidir los destinos de la nación desde el 1.° de Marzo del 56, poniendo así sello de realidad á los votos platónicos de los ciudadanos tranquilos ?

Para comprender todo el alcance de aquella actitud levantada, conviene transcribir el programa suscrito por los generales, que seguramente no roba espacio, y condensado así en el texto original:

« 1.° Trabajar por la extinción de los odios que hayan dejado nuestras pasadas disensiones, sepultando en perpetuo olvido los actos ejercidos bajo su funesta influencia.

2.° Observar con fidelidad la Constitución del Estado.

3.° Obedecer y respetar al gobierno que la nación eligiere por medio de sus legítimos representantes.

4.° Sostener la independencia é integridad de la República, consagrando á su defensa hasta el último momento de la existencia.

5.° Trabajar por el fomento de la educación del pueblo.

6.° Sostener por medio de la prensa la causa de las luces y de los principios, discutiendo las materias de interés general, y propender á la marcha progresiva del espíritu público para radicar en el pueblo la adhesión al orden y á las instituciones, á fin de extir-

par por este medio el germen de la anarquía y el sistema del caudillaje».

La parte de aquel importante documento antes transcrita contiene declaraciones políticas notables por el progreso inmenso que acreditan en las ideas dominantes. Dos jefes militares, actores principales en tremendos acontecimientos recientes, levantaban hermanados su voz para repudiar evocaciones malditas, agregando que era necesario proscribir los odios, acatar al gobierno, sostener la independencia nacional, cumplir la Constitución del Estado y extender la propaganda de los principios y de la educación del pueblo.

Es cierto que el arraigo de alguna de semejantes manifestaciones moría en el papel, pero, de cualquier manera apuntaba una victoria el hecho de que los hombres de sable entendieran ya por esos tiempos rutinarios los anhelos de la opinión patriótica. Muchos lustros han corrido y recién ahora empiezan á ser realidad los conceptos programáticos vertidos en un momento de sinceridad por los generales Oribe y Flores.

La historia pronto dirá quienes consultaban mejor con su conducta en aquel instante las conveniencias del país, si los conservadores, herederos de los intolerantes orgullos unitarios, fanáticos y rencorosos, autores del motín de 1853 y empeñados en llevar al gobierno á un hombre de lucha, capaz de sostener sus afanes de círculo, ó si los caudillos tradicionales, dese-

chados por inútiles por aquéllos, cuando evidentemente constituían dos focos poderosísimos, que reconociendo su fuerza recíproca se acercaron para aliarse en beneficio del país, prestándose á ser apoyo eficaz de un presidente cuya candidatura fuera aceptada por sus amigos y ejemplarizando con un acto de tranquilizadora cordialidad. La idea perseguida por los generales fué noble y debió rendir fecundos resultados. Tal vez el despecho enconado de los conservadores, que no tuvieron la abnegación de acatar su derrota legislativa y que se lanzaron á la revolución proclamando la idea anexionista, vino á esterilizar un gran esfuerzo.

Dada la alta significación partidaria de los firmantes del pacto, era indiscutible que la candidatura presidencial prohijada por ellos tendría sérias, decisivas, probabilidades de triunfo. Después de repetidas vacilaciones y de fluctuar entre don Francisco Agell, don Juan Miguel Martinez, don Florentino Castellanos y otros excelentes ciudadanos, los generales identificaron simpatías en la personalidad de don Gabriel Antonio Pereira. A su frente levantó el partido conservador la del general César Díaz, brillante soldado de la causa republicana, escritor galano y de peso, ilustrado, inteligente, que ceñía sobre sus sienes los laureles inmarcesibles de Caseros. Pero junto á este capital de singulares méritos César Díaz poseía el inmenso defecto, para ser un buen candidato, de pagar fogoso tributo á las pasiones más intemperantes. En

su opinión jamás debía transarse en la realidad de los hechos con los afiliados al partido blanco, pensando, en contraposición con los insignes estadistas doctores Lamas y Herrera y Obes, que la fórmula pacificadora de «no hay vencidos ni vencedores», no pasaba de ser una bonita metáfora. Porfiado en ese orden de ideas, empapadas en el exclusivismo unitario no tuvo inconveniente en aportar su concurso al derrocamiento de Giró, embarcándose en las contingencias de un motin injustificado y nefando. Consecuente con ese mismo criterio dictaba luego un decreto poniendo fuera de la ley á don Bernardo P. Berro, culpable de no sancionar aquella iniquidad.

Su nombre, pues, encarnaba las aspiraciones más soberbias y excluyentes y su triunfo hubiera abocado á la nación á gravísimas reacciones internas. El representaba un reto, una bandera de guerra, la resurrección de agravios dantescos, y la época requería un mandatario firme, pero tranquilo y ecuánime. ¿Alcanzaban estas cualidades al candidato de los generales? A esa altura de los sucesos don Gabriel Antonio Pereira era una de las encarnaciones más ilustres del patriciado nacional. Valiente y entusiasta él había servido desde sus primeros días á la causa de la independencia, acompañando al general Artigas en sus campañas libertadoras. En 1825 le cabe la gloria ciudadana de suscribir la memorable declaratoria de la Florida, y en 1829, como vice-presidente de la Asamblea General Constituyente y diputado por Canelo-

nes, autoriza la Carta Fundamental de la República.

En 1839 llegó á ocupar, con carácter interino, la primera magistratura figurando durante todo el Sitio Grande entre los más leales y apasionados defensores de Montevideo. Por sus antecedentes, por su actuación de combate en la primera fila y por sus manifestaciones explícitas pertenecía al Partido Colorado.

Poseedor de una cuantiosa fortuna, de edad madura, rebelde ya á los impulsos fanáticos de las fracciones, su nombre gozaba de prestigios generales que lo presentaban como una solución feliz.

Los tiempos eran de tormenta. Tal vez el señor Pereira lo comprendió así cuando escribía en los siguientes términos, con fecha 28 de Enero de 1856, al general Oribe quién, en compañía del general Flores, lo había visitado para hablarle de su candidatura: « Después de haber meditado mucho sobre mi aceptación al distinguido honor de ocupar el puesto de la presidencia en las actuales críticas circunstancias que atraviesa nuestro desgraciado país, he resuelto definitivamente no aceptarlo, porque comprendo se necesita un hombre más joven para afrontar con frente serena y ánimo inconmovible, los desastres que han ocasionado los trastornos políticos en nuestra desventurada patria. En mi larga carrera pública, sabes bien que jamás he sido llamado á ocupar destinos públicos, sino contra toda mi voluntad, y he accedido solo porque creía que podría ser útil á la patria. Hoy debo aspirar al descanso y al retiro, cuando por

mi edad y mi cansancio y fatigas, por tantas desgracias porque hemos pasado, comprendo que poco sería el contingente que podría ofrecer para la salvación de la patria. Así es que te pido y te suplico que se fijen en otra persona que reuna otras condiciones que las mías para realizar esa obra, y me dejen gozar de mis últimos años en el dulce hogar doméstico y entre mi familia. »

En presencia de nuevas reiteraciones, escribía el señor Pereira otra carta al general Flores, con fecha 29 de Enero, cuyo párrafo principal dice: « Para salvar al país — dados los elementos de desorden que lo aniquilan y que lo arruinan — que no le dan tiempo de respirar, y que lo agobian con contínuas exacciones y revueltas, se requiere una fuerza de voluntad en el mandatario y una energía probada para tomar sobre sí, las más enérgicas medidas que pongan dique á todos los desórdenes que han labrado el infortunio de la patria y que mantienen en contínua zozobra á sus habitantes. Por mi edad y mi cansancio — aunque jamás me negaría á hacer todo sacrificio por mi patria — comprendo bien que no soy el hombre á propósito para afrontar tan difíciles circunstancias: se necesita más vigor que se encontrará en compatriotas más jóvenes que deben en estos momentos de suprema prueba para el país disponerse á ofrecer á la patria, lo que sus padres les dieron en otros días, su fortuna, sus sacrificios y su existencia. Así estoy firmemente decidido á cooperar sólo particularmente á la salva-

ción del país, dentro de la esfera de mis esfuerzos y de mi voluntad, declinando el honor que se me hace al presentar mi candidatura á la Presidencia de la República.»

Quedaría mutilada nuestra exposición si no agregáramos á las anteriores transcripciones el extracto de las cartas dirigidas al señor Pereira por los generales, en el deseo de destruír sus propósitos de aislamiento.

Contestábale don Manuel Oribe con fecha 29 de Enero: «Nadie mejor que tu persona para los difíciles momentos que atravesamos, y toda la esperanza de la paz se espera de tu nombramiento. ¿Qué será de este desgraciado país si no aceptases la presidencia? ¿Te has hecho cargo bien de todos los elementos que están en pie de desorden y de desmoralización? ¿Quién podrá detenerlos mejor que tú, que siempre has sido respetado por todos los partidos, por tu patriotismo y probidad? Además, tu posición social independiente, tu fortuna considerable, tus grandes servicios á la patria, son cosas que no se encuentran entre otros, que podrían ser útiles pero que no gozarían de las mismas consideraciones que nos mereces.»

Contestábale don Venancio Flores con fecha 30 de Enero: «He tenido el honor de recibir su carta de fecha 29 del corriente. Por ella me informo que usted declina el que presentemos y sostengamos su candidatura á la presidencia de la República. Son tan críticos los actuales momentos porque atraviesa el país y

se hacen tan necesarios los esfuerzos de todos sus buenos hijos, para arrancarlo de esta deplorable situación, que se hace indispensable que haga Vd. este nuevo sacrificio en pró de la patria, por quien usted tanto hizo. Es preciso que haga Vd. este nuevo sacrificio, si, porque sólo el prestigio de su nombre, de su acrisolado patriotismo y honradez reconocida, son capaces de sacarnos de tan terrible cáos. Sólo su presencia en el poder es lo único que puede alcanzar ese fin y laudable objeto. Así es que ante la patria y por ella y en su nombre, pido á usted quebrante su voluntad y le preste este servicio, tal vez el mayor y más grande y señalado que le haya prestado.»

Los párrafos anteriores acreditan elocuentemente la resistencia del señor Pereira á aceptar el lanzamiento de su candidatura. Al través de sus porfiadas negativas se trasluce el concepto desfavorable que le merecían las agitaciones anárquicas de los círculos. Vencida la obstinación del candidato, éste suscribió un programa de gobierno dirigido á sus conciudadanos. Es el mencionado un documento de vigoroso tono que respira mucha sinceridad democrática. Decía en cierta parte: « En el presente caso — lo saben hasta aquellos que presumen ignorarlo — no he dado un paso, ni el más mínimo para optar á la presidencia de la República. Mi candidatura ha sido iniciada por algunas personas que antes tenía el derecho de considerar más bien como adversarios que como amigos». Agregaba luego: « En el franco y leal cumplimiento

de la Constitución buscaré la fuerza y la sanción de todos mis actos gubernativos. Colocado en esa posición si el hombre privado conservaba alguna simpatía por tal ó cual partido, el jefe del Estado, padre de la gran familia oriental, no tendría más colores que los puros colores de la bandera de la patria. Bajo su sombra cabemos todos; esos colores simbolizan glorias y recuerdos sin mancha y quizás el único vínculo que podrá todavía unirnos. Mande quien mande, la mitad del pueblo oriental no puede ni debe tener ni conservar en eterna tutela á la otra mitad.»

Y concluía: « Aceptaré entonces con fe y entereza el cargo, y me parece que á pesar de todos los peligros y eventualidades que pueden sobrevenir, sobrará energía en el corazón y altura en la mente para no desmayar ante la malquerencia, el desvío ó la injusticia de los hombres, y voluntad firme para empuñar el timón de la nave del Estado para sacarla ilesa al través de las rocas y de la tormenta que amenaza desplomarse sobre nosotros. Para eso contaría en primer lugar con que al fin la misericordia divina ha de lanzarnos una mirada de piedad. ¡Hemos sido tan desgraciados!

Vencedor ó vencido habré cumplido siempre con mis deberes á despecho de todos y de todo. »

Contrariando nuestro propósito de ser sobrios en citas hemos incorporado á estas páginas esas declaraciones culminantes porque ellas nos ofrecen la fe de bautismo de la situación presidencial creada

el 1.º de Marzo de 1856. El documento referido posee aspectos políticos notables, no siendo seguramente el menor el hecho de decirse en él que el nuevo mandatario ocuparía el poder desligándose, sin reticencias, de los partidos existentes y con repudiación de esas innobles aparcerías de bando que tanto han relajado hasta nuestros dias el carácter de los gobiernos. Por lo demás, acusa las apreciaciones de una melancolía cívica ese aserto de que nuevas catástrofes se vislumbran sobre los horizontes de la patria; pero como si esa visión profética adquiriera contornos de realidad, dice enseguida el candidato, que él sabrá proceder con toda la energía exigida por el bien público á fin de conservar la paz.

Ni don Gabriel Antonio Pereira buscó el mando ni él se dispuso á ocuparlo con desconocimiento de las circunstancias duras en que le tocaba desempeñarse. Fatalmente empujado por los sucesos él llegó á la primera magistratura, sin menoscabo de las formas constitucionales, apoyado con toda energía por el prestigio aliado de los dos caudillos y presentando como diploma antecedentes envidiables y saneados. Muy rico, de edad ya avanzada, sin aspiraciones atropelladas, pues ya estaba habituado á los honores, sin funestas vinculaciones atávicas, todo invitaba á suponer que él sería un puente de plata tendido entre los partidos extremos. ¡Oh fragilidad de las previsiones humanas; nada de esto sucedería!

Apenas corrido un mes desde el día de su elección

el señor Pereira, en carácter confidencial, dirigió una nota á todos los Jefes Políticos, cuyo objeto era ampliar los rasgos políticos de su programa Les manifestaba allí que «no dejasen de calmar los ánimos y predicar la paz, la templanza y la concordia; aune usted á todos para arrancar á la República del antro de miserias y desgracia en que yace y verla floreciente y próspera. Trabaje usted también para hacer comprender á los ciudadanos el peligro inminente que corre nuestro país si continuamos en el camino del desorden y que unidos seremos fuertes y nos respetarán, y que desunidos seremos el vil juguete de ambiciones bastardas y víctimas de cualesquier acechanza. Que reunidos los ciudadanos y formando en el único y solo partido nacional que debe existir cuando la política está en peligro y con el concurso que se le debe podremos arrancar á la república de la funesta situación que la discordia le ha preparado, consiguiendo salvarla de la humillación y de la ruina que sobre ella pesa».

Este loable afán de extirpación de las viejas divisiones era prematuro. El partido conservador, que no estaba dispuesto á soportar su derrota parlamentaria, se lanzó de lleno á la conspiración dando lugar sus evidentes agitaciones subversivas al destierro del general César Díaz. Como no pretendemos hacer el detalle crítico de la administración nacida del pacto de los generales no ocuparemos espacio enunciando al dedillo sus errores y sus méritos anteriores al suceso

sangriento de Quinteros. Esa investigación interesante reclama las proporciones de un libro y fuerzas muy superiores á las nuestras. En consecuencia, no comentaremos la designación del ilustre constituyente doctor José Ellauri para Ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores de la nueva situación, ni la de don Doroteo García para la cartera de Hacienda; ni la creación del Consejo Consultivo compuesto por los señores Manuel Herrera y Obes, Luís Lamas, Juan Miguel Martínez, Francisco Solano de Antuña, Antonio Rodríguez, Cándido Joanicó, Lorenzo Batlle, Atanasio C. Aguirre, Francisco Agell, Tomás Villalba, Jaime Estrázulas, y don Juan Francisco Giró; ni la supresión de la Comandancia General de Armas en perjuicio del general don Venancio Flores; ni los sucesos reprochables de que fué teatro el recinto de la representación nacional con motivo de reincorporarse á las cámaras el diputado revolucionario de otrora don Fernando Torres; ni las enérgicas medidas de seguridad pública adoptadas; ni la propaganda anexionista á la Confederación Argentina; ni la propaganda desencadenada de algunos órganos de la prensa; ni el giro peligrosísimo tomado por las pasiones de partido. Nuestra idea no ha sido escribir historia. Sólo hemos querido calificar algunos sucesos trascendentales dentro del marco incompleto y semi-desconocido aún de cada época. Si al referirnos á don Gabriel Antonio Pereira fuimos generosos en las transcripciones obramos así simplemente para

destruir de paso, con elementos insospechables de prueba, ciertos testimonios de ofuscación tradicional que por ahí corren. Son esas exaltaciones de bandería las que pretenden reducir la talla política del candidato del pacto quitándole calibre ciudadano; y á esos extravíos es necesario contestar con las afirmaciones sanas y convincentes que presta la realidad.

No hay duda de que el sombrío acontecimiento de Quinteros, como que fué la consecuencia violenta de un cúmulo de circunstancias agregadas, exige, para ser presentado en su verdadero concepto histórico, el estudio minucioso de sus antecedentes políticos y sociales. Aún en síntesis algo útil podría decirse al respecto pero el justo temor de que los fanáticos de nuestro pasado, tan grande y tan miserable á la vez, lleguen á considerar parcial nuestro comentario, nos aparta de esa ruta de esclarecimientos. En homenaje, pues, á esos escrúpulos y mutilando las sabias leyes de la crítica, por cuanto los acontecimientos, como las piedras preciosas, modifican su apariencia según sea su engarce, encararemos el asunto en la forma más desventajosa para la atenuación. Estamos en presencia del desnudo hecho de Quinteros. Señalemos ante todo sus antecedentes guerreros. Cumpliendo seguramente la primera parte de un plan de levantamiento, á fines de 1857 el coronel Brígido Silveira se alzó en armas en el departamento de Minas y avanzó hácia la capital. En el Colorado derrotó á un núcleo reducido de fuerzas policiales salido de Montevideo,

siendo muerto alli el jefe de las mismas ciudadano don Luís Pedro de Herrera. Mientras tanto, el general César Díaz, que tenía la jefatura militar del movimiento, desembarcaba audazmente junto con un grupo de compañeros, por el antiguo muelle de Lafone, situado en la falda del Cerro. Esta operación se hizo en pleno día habiéndose efectuado la travesía desde el puerto de Buenos Aires en la cañonera «Maipú», buque de guerra argentino. Fusionadas las fuerzas invasoras con los elementos reunidos por el coronel Silveira se dirigieron resueltamente hácia Montevideo. Tres veces fué asaltada la ciudad, defendida por guardias nacionales, y tres veces fueron rechazados los revolucionarios que perdieron en el último de esos esfuerzos al sargento mayor Farías. El fracaso de este atrevido afán puede atribuirse, entre otros motivos, al mal resultado que tuvo una conjuración preparada dentro de las trincheras por elementos extranjeros, adictos á los asaltantes, conjuración cuya existencia fué denunciada en tiempo al gobierno. Sin embargo, durante los ataques á la plaza pudo defeccionar el batallón de artillería con su jefe, el mayor Manuel Freire. Fallado el golpe sobre la capital, que era decisivo, los revolucionarios se internaron en la campaña tomando rumbo al Norte. Batidos con éxito en Cagancha, ellos continuaron su retirada, á marchas forzadas, en el deseo explicable de vadear el Río Negro, larguísima y caudalosa cinta de agua que en todo tiempo ofrece difícil paso. Las fuer-

zas del gobierno estaban bajo el mando superior del general don Anacleto Medina, soldado experto que adivinando el plan de los invasores, ocupó la margen izquierda del río antes citado. El 28 de Enero llegaban al Paso de Quinteros los revolucionarios, pero ya era tarde: el general Medina, avisado por su jefe de vanguardia don Dionisio Coronel, de la aproximación del enemigo, había hecho ocupar el extremo norte del mencionado paso por fuerzas á órdenes del coronel Francisco Lasala, mientras escuadrones mandados por los comandantes Gervasio Burgueño, Timoteo Aparicio, Bernardino Olid y Agustín Muñoz atacaban la retaguardia adversaria arrollándola. Expone en su parte el general gubernista que al «disponer un ataque simultáneo con dichas fuerzas, apareció en el paso un parlamento de los rebeldes que lo mandó recibir por el teniente coronel don Jeremías Olivera, segundo Jefe del Estado Mayor, cuyo parlamento ofrecía el sometimiento completo de los rebeldes y la rendición de sus armas, lo que aceptó para evitar la efusión de sangre.» El lúgubre desenlace de aquel suceso de armas pone de relieve la poca sinceridad del argumento enunciado, de que para evitar la efusión de sangre se aceptó la rendición sin condiciones. ¡Demasiada se derramó y bien esterilmente! El hecho fué que cayeron prisioneros trescientos ochenta y tantos revolucionarios, con todo su armamento, jefes y oficiales. El 2 de Febrero de 1858, fecha de ingrata memoria en nuestros anales, se fusiló á los

generales César Díaz y Manuel Freire, y á los coroneles Francisco Tajes, Sacarelo, Pollo, Abella y á otros bravos orientales. Persiguiendo propósitos errados de ejemplarización con respecto á la tropa, tuvieron idéntico fin uno sobre cada cinco soldados. No insistimos mayormente en la fidelidad de cifra de los muertos por cuanto carecemos de datos para ser precisos, temiendo, por otra parte, que se nos pueda sospechar parciales. Lo indudable es, como lo han acreditado sobrevivientes de aquel luctuoso suceso, que en la hora del sacrificio hubo algunos espíritus buenos que intercedieron con éxito en favor de determinados adversarios. Entre ellos debemos recordar al extinto general Burgueño.

El partido colorado sostuvo desde el primer momento que el general César Díaz y sus compañeros se habían entregado en virtud de una capitulación cuyas bases se fijaron por escrito; y que en ese documento se pactaba el respeto más absoluto á la vida de los vencidos. En contrario de esta afirmación persistente los actores en el drama declararon, también desde el primer momento, que no medió capitulación alguna y que los revolucionarios se rindieron á discreción. A ese respecto vale la pena reproducir, simplemente como pieza histórica de interés retrospectivo, los siguientes párrafos de una declaración, ampliatoria de su parte, suscrita por el general Medina el 8 de Febrero de 1858, seis días después de la inmolación, que dice así:

«V. E. que por mis despachos oficiales conoce como yo mismo la falsedad de tan ingeniosas aserciones, me ha de permitir que rectifique los hechos para que publicada ésta nota en hoja suelta llegue á noticia de todos: que después de derrotados completamente los rebeldes por la vanguardia del ejército constitucional quedaron reducidos en el Paso de Quinteros con su infantería y tres escuadrones de caballería, donde el grueso del ejército, que había tomado la retaguardia del enemigo, los embistió circunvalándolos para cargarlos; entonces fué cuando tentaron la capitulación por primera y segunda vez, que no quise oir, hasta que habiéndola propuesto por tercera vez, les intimé que se rindiesen á discreción y sin condiciones en término de media hora so pena de ser inmediatamente acuchillados por el ejército. Se rindieron efectivamente y considerándolos como realmente eran, traidores tomados con las armas en las manos, los puse á disposición del gobierno. Por lo demás, ésto que está consignado en documentos oficiales, que han sido publicados, lo repito para todos aquellos que desconociendo la justicia en las resoluciones del gobierno, han querido á la vez poner en duda la lealtad de mis procedimientos respecto á los rebeldes César Díaz y otros que fueron ejecutados en cumplimiento del decreto del 1.° de Enero que los declaró reos de ésta patria. Esto me parece suficiente, Excmo. señor, cuando el que habla tiene la conciencia de ser creído, porque siempre debe tenerla,

el veterano que desde la Independencia sirve á su patria, sin haber manchado jamás su larga carrera por un acto de deslealtad.»

Bajo la faz señalada del asunto ni quitamos ni ponemos rey. De ningun modo queremos aparecer empeñados en sostener esta ó aquella de las tésis extremas. En abono de ambas se encontrarían con facilidad argumentos atendibles que la historia enunciará mañana. No corresponde esa tarea de amortajar pasiones á los que apenas aspiramos á ser cronistas breves de cosas pasadas; á quienes, aunque nos resistamos á ello, todavía vivimos bajo el dominio, por suerte cada día mas liviano, de aquellas pasiones.

Por lo demás, no modifica mayormente los términos de nuestro comentario, decidido y recto, el hecho de que haya ó no existido capitulación el 2 de Febrero de 1858. Con ella ó sin ella Quinteros fué un gran error, tal vez un crímen; como han sido grandes errores, tal vez crímenes, el fusilamiento, sin juicio, de los defensores de Paysandú; el fusilamiento, por orden verbal, de los defensores de la Florida; el fusilamiento, por orden personal de Lavalle, del coronel Dorrego; el fusilamiento, como exigencia de un juicio infame, de los hermanos Carrera; el fusilamiento, por orden impartida por Bolívar, de los ochocientos prisioneros españoles; el fusilamiento, sin juicio, por los unitarios mandados por el coronel Bartolomé Mitre, del general Gerónimo Costa, coronel Ramón Bustos y demás compañeros revolucionarios.

Y no calificamos directamente de crímenes esta série de hechos tremendos por cuanto la idea de crímen vulgar, alevoso, premeditado, con dificultad puede encarnarse en los sucesos políticos, creados siempre por grandes marejadas y por enloquecedoras ofuscaciones. ¿Qué hombre de estado, qué partido, qué general al cometer sus más grandes desaciertos políticos, al producir hechos atentatorios y de sangre, que en la vida ordinaria representan delitos comunes, castigados sin atenuación por los códigos, no ha creído responder á una inspiración elevada y patriótica? En política, con muy raras excepciones, el que manda y en el desempeño de su autoridad deja caer el peso de la fuerza sobre los que estorban su gestión gubernativa, por lo general cree interpretar los anhelos de la masa y ser fiel ejecutor de las disposiciones de la ley. Nunca echa de menos el que está arriba los inciensos que marean, los aplausos y las adulaciones que emborrachan. ¿Puede decirse que es un asesino vulgar quien hiere dominado por los celos, enceguecido por la cólera, sin conciencia de lo que hace su brazo? Pues en las agitaciones políticas pasa algo parecido aunque no en grado tan avanzado. En el terreno de la pasión, nada hay más difícil para definir que la frontera que separa á la equidad del atropello, á la justicia del atentado, á lo bueno de lo malo. Si se escucha al gobierno, los opositores son unos miserables, anárquicos, hijos réprobos. Si se oye á los opositores, el gobierno encarna un insoportable des-

potismo, una ignominia, una burla grotesca de la libertad. Es rarísimo el caso en que los grandes desaciertos políticos no tienen origen en grandes extravíos morales del instante. Y esta circunstancia palpable, que encuentra su consagración leal en cada página de la historia, no debe ser desatendida por quienes tienen la dicha de apreciar los acontecimientos más controvertidos sin descender de las regiones severas del pensamiento, allí donde hallan su clima los espíritus ecuánimes. Existen ejemplos excepcionales de constancia en el atentado bárbaro, de séries de delitos, y entonces pierde razón decorosa de ser la circunstancia atenuante. Así, las iniquidades reiteradas de Rozas, que durante veinte años y sin declinar en sus entusiasmos homicidas, cercenó á cuchillo las conciencias argentinas, ofrecen el caso de una aberración política llena de horrores. Ahí aparece el crímen con caracteres orgánicos, cebándose en padres y en hijos, en derechos y en instituciones, en la fortuna privada, en la fortuna pública, en el honor de las familias, en el honor de la patria, en el honor de la democracia que es la gran familia humana. Rotos todos los frenos, mil veces cometida la violación y mil veces anhelada, despreciadas todas las dignidades de la colectividad, ¿quién se atreve á lavar de manchas ese collar de infamias?

Pero las crudezas críticas pierden su carácter absoluto cuando se trata de errores, todo lo grave que se quiera, pero que apuntan manifestaciones aisladas

en un conjunto sano. El hecho de que ellos provengan de una administración regular en sus lineamientos generales, honesta, afanosa en su propósito moral, y combatida, á pesar de eso, por oposiciones iracundas, presta coyuntura á las atenuaciones.

No encarando las cosas con esa calma bienhechora é insistiendo en negar el grueso rubro que pertenece á la fragilidad y á las miserias de los hombres, se llega á derribar muchas, muchísimas cumbres adoradas por la propia fantasía y en lo que se refiere á los fastos continentales se concluye por convertir en polvo á los primeros capitanes de la Independencia, batiendo luego lodo con famas y con reconocidos prestigios. Quien penetra en el pasado movido por ímpetus inexorables acusa desconocer la calidad esencialmente falible de los hombres. Examinando la conducta de cada cual, sin mayor esfuerzo, acabará por doblar las más altivas frentes y al final de la jornada demoledora, cuando se disponga á celebrar su victoria cosaca, la justicia, tocándole en el hombro, le dirá: —¿Y tú también, acaso no debes incluirte en el número de los condenados? Los hombres no son impecables. Por lo contrario, su más legítimo patrimonio lo representa su derecho á pecar. Las purezas irreprochables no son de este mundo. Dentro, pues, del medio bastardo en que vivimos, es necesario elegir lo menos malo y señalar las causas y los paliativos de lo peor cuando ellos existen y son lógicos.

¿Cual de los más brillantes campeones de nuestra

libertad no presenta enormes culpas? Bastaría tomarlos con sacrificio de las leyes imponentes de la piedad histórica para hacer de ellos hechuras bárbaras y contradecir sus hazañas de poema con sus responsabilidades de tragedia.

Para nosotros Quinteros sólo puede tener explicación y encontrar algunas atenuantes. Nunca intentaremos exhibir el justificativo de algo que no lo tiene. ¿Cómo legitimar el derramamiento innoble de sangre, que siempre ha sido y será estéril para el bien, cuando injusto? ¿Cómo hablar de rebeldes y de la rigidez del cometido militar, cuando todos eran los mismos y cuando antes que el soldado victorioso estaba el hermano vencido? Quinteros, Paysandú, la Florida, trilogía de sangre, episodios ingratos, mucho olvido necesitais para borrar la huella de tanto exceso!

Se ha sostenido que la ejecución del 2 de Febrero de 1858 fué procedente y perfectamente legal por cuanto el gobierno, con anterioridad, había puesto fuera de la ley á los revolucionarios, según se desprende del decreto que agregamos íntegro: «Montevideo, Enero 1.º de 1858. —Considerando que la paz pública es una de las primeras necesidades del Estado y que ella no se puede conservar sino teniendo por base el respeto y obediencia á las autoridades constituídas; que ese respeto y obediencia es un deber indispensable en todos los ciudadanos é imprescindible en los jefes y oficiales de la República; que habiéndose alzado en abierta rebelión contra el gobierno, varios jefes

capitaneados por los traidores Brígido Silveira, Farías y otros, el gobierno se encuentra en la indispensable necesidad de castigar con todo el rigor de la ley esa rebelión injustificable, á menos de abdicar los deberes y derechos que le competen por las leyes fundamentales del Estado, ha acordado y decreta: Artículo 1.° Declárase reos de lesa política á los traidores Brígido Silveira y demás jefes y oficiales que se hayan prestado ó se prestaren á apoyar la rebelión contra el gobierno. Art. 2.° Ordénese á las autoridades civiles y militares de la República que en caso de ser aprehendidos procedan á juzgarlos con brevedad y pronta aplicación de la ley. Comuníquese, publíquese, etc. — PEREIRA. — *Andrés Gómez.* »

Pensamos que aquel argumento no adquiere carácter decisivo ni aún con la constancia de que se había impartido en debida forma una orden oficial rigurosa. Por lo pronto, conviene observar que tratándose de convulsiones políticas nunca se cumplen las leyes represivas de alcance extremo, dictadas sólo para estorbar la propagación de la causa combatida. Huelga exponer el fundamento de esas tolerancias. En el fondo de todas las revoluciones flota un ideal, un afán generoso, alguna razón de justicia, y cuando en virtud de cualquiera de esos acicates morales, aunque se les exagere, un núcleo de ciudadanos se lanza á los campos sacrificándolo todo, no existe el derecho en el triunfador de aplastar á los vencidos con el peso extricto de la ley como si se tratara de ladrones y de

matreros. Esto no se discute por lo sabido y por lo sensato que es. Y en nacionalidades del espíritu febriciente de las muestras, en donde todos hemos sido revolucionarios, en donde el derecho, por lo general, ha vivido divorciado del gobierno, se impone con más fuerza la clemencia con los derrotados. ¿Quién no ha conspirado en estos países anárquicos del Río de la Plata? ¿Pues, habría sido admisible el fusilamiento por mandato legal de los que, en cien ocasiones, pudieron ser tomados prisioneros con las armas en la mano? Supongamos á Máximo Santos tirando un decreto, semejante en su energía castigadora al decreto que comentamos, en los preliminares de la cruzada de 1886. En ese concepto, cuando mil seiscientos prisioneros cayeron en su poder, él habría ejercitado un derecho legal convirtiendo en un inmenso patíbulo á los campos ya melancólicos del Quebracho. ¿Bastara para justificar ese hecho de sangre la enunciación de la severísima orden emitida? Jamás. Por encima de la ley escrita está la ley moral; más alto que la legalidad de los documentos, que es de cristal, está la legalidad de las conciencias, que es eterna. Agréguese á lo expuesto que los vencidos en Quinteros componían un núcleo de nativos figurando á su cabeza elementos descollantes que, extraviados ó no, presentaban títulos envidiables para ser respetados. Además, el decreto del 1.º de Enero mandaba que se juzgase á los prisioneros y esto no se cumplió en Quinteros. El procedimiento seguido por

los Consejos de Guerra para dictar sus fallos, aunque sumario, exije ciertas formalidades conocidas. Allí no hubo forma de juicio. El general Medina declara en su parte que cumplió lo mandado por el decreto de la referencia en cuanto al fusilamiento de los vencidos, nada más.

Nosotros no consideramos que la actitud severa, cruel, del gobierno, respondiera á odios de bando, fuera el fruto de las intemperancias pasionales encendidas en años pasados y desatadas entonces por obra de las circunstancias.

Tal vez algún colorido de ese acento ha prestado al infausto suceso la barbarie de las muchedumbres partidarias, pero es indudable que el gobierno al proceder como procedió lo hizo guardando consecuencia á reiteradas manifestaciones anteriores. Precisamente el señor Pereira, como si adivinara que el destino colocaría tempestades en su ruta, expuso repetidas veces en documentos que hemos comentado cual era su modo de pensar con respecto á las perspectivas de agitaciones internas. El carácter inflexible de sus opiniones se revela en todos los párrafos de su programa que parece producto de agoreros por la precisión moral de sus vaticinios. La última frase de aquella pieza política condensa su espíritu robusto: «vencedor ó vencido habré cumplido siempre con mis deberes á despecho de todos y de todo.» Demasiado lejos llevó el mandatario la interpretación práctica de esas palabras! Mas cerca hubiera estado, cier-

tamente, de los deberes invocados ejercitando la clemencia, que es en el gobierno la ley de las leyes, en vez de preferir una fórmula inexorable y bárbara de castigo.

Que eran pecadores los revolucionarios, se afirma. Contestamos: ante todo, ya hemos recordado que siempre será venial en los países libres de la tierra, el delito cometido por los hombres de partido convictos de conspirar contra el orden público. Y aun concediendo que fueran grandes culpables los fusilados en Quinteros, ¿era legítimo extremar con ellos la represión cuando el país acababa de salir de una época infernal, cuando durante nueve años de guerra se habían estado cometiendo día á día pecados de lesa patria, siempre impunes? Por otra parte, en determinadas situaciones de la vida ninguna venganza es más cruel que el perdón. La generosidad como el ridículo mata á las más airadas causas y á esa victoria sola, la más espléndida, deben aspirar los gobiernos sagaces. Considerando los preliminares de la administración combatida así como las declaraciones escritas del gobernante, que abundan en protestas enérgicas, á menudo he pensado que la tragedia del 2 de Febrero fué dictada por una pasión arraigada que muy bien pudo ser la de conservar á todo trance la paz, costara lo que costara y cumpliendo así los postulados de una voluntad férrea.

El país, que creyera entrar de lleno en sendas prósperas, había sido arrancado del riel institucional, gra-

cias á una audacia militar, tal vez triunfante por la tolerancia oficial. A este gravísimo descarrilamiento siguieron tres años de caos singularizados por una perpétua fiebre revolucionaria: el poder pasaba, como moneda, de mano en mano. De estas largas tinieblas fué apartada la nación por el pacto de los generales, que hizo posible el advenimiento de un mandatario ungido por el sufragio popular y superior en su desempeño á las ambiciones reprobables de las fracciones. Ese mandatario fué el señor Pereira que ocupó el mando en pleno período de efervescencias y bajo la amenaza de una reacción desordenada. Eran los mismos elementos vencedores en 1853, desapoderados luego por una de las tantas alternativas políticas, los que se lanzaban á la borrasca. Los que hicieron la revolución á Giró conspiraban un lustro después contra Pereira. Si aquel mereció censuras por su resignación ante el despojo arbitrario y si á su benignidad se atribuyera el origen de los posteriores desastres nacionales, este no estaba dispuesto á repetir el ejemplo de la retirada noble, antes estéril. Tal vez creyó con sinceridad el señor Pereira que él disiparía las incertidumbres y peligros latentes de la situación sellando con un acto de inusitada dureza el final de una aventura revolucionaria dirijida contra su gobierno. Si así lo juzgó fué enorme su error.

Por lo expuesto, se alcanza el juicio definido que tenemos formado sobre Quinteros. Nada nos inclina á justificar aquel suceso de sangre que tantos explica-

bles rencores encendiera. Sin embargo, no incurrimos en las exageraciones de quienes, dominados por la obcesión partidaria, presentan á aquella tragedia de nuestro período de organización con caracteres de aterradora ferocidad imputándola á un partido de antaño que, matando al enemigo indefenso, dicen, rindió homenaje á su tradición de sangre y de degüello. Los que así se expresan infieren cruel injuria á nuestra raza, al suponerla madre de generaciones orgánicamente asesinas, de generaciones entusiastas por el atentado, hermanas de los chacales y primogénitas del crímen. Afortunadamente es la mencionada una tésis que á fuerza de ser torpe, resulta ridícula. El hecho de que ella tenga á la fecha, aunque parezca increíble, numerosos heraldos sólo revela que todavía hay entre nosotros muchos explotadores de ódios ya prescriptos y también muchos adversarios de la ciencia histórica y de sus preciosas enseñanzas. Responsable ó nó el partido blanco de la ejecución de Quinteros repugna á nuestros sentimientos levantados presentar á aquel grupo político vestido con instintos de hiena, de la misma manera que nos repugnaría lanzar semejante brulote sobre el partido colorado achacando á frutos de una tendencia sanguinaria los sombríos acontecimientos de Paysandú y de la Florida. Éstos y aquél han sido gravísimos errores, accesibles á la atenuación y al olvido. Ellos fueron consumados en momentos de terrible ofuscación, por mandato de indómitas pasiones, y todo

inclina á creer que las primeras censuras para tales masacres las encontró la justicia en el corazón contrito de sus mismos y principales autores.

Más de uno debió la vida al esfuerzo generoso de jefes gubernistas.

Véase lo que dice á ese respecto don Juan Manuel de la Sierra, uno de los prisioneros, en un libro sobre Quinteros, publicado en 1884, que destila la pasión más iracunda: « Los blancos estuvieron amables y salvaron á varios. Daremos la relación: El coronel don Dionisio Coronel, por simpatía particular, al mayor don Juan B. Hubó. El coronel Muñoz, por igual motivo, al mayor don Antonio Almada, el comandante Cames, al de igual clase don José Mora. El coronel don Francisco Lasala á su sobrino el capitán don Juan M. de la Sierra, ciudadano don Vicente Garzón y al Sargento Mayor don Wenceslao Regules. El comandante Simón Moyano al capitán don Gabriel T. Ríos. El comandante don Pantaleón Pérez al ciudadano don Adolfo Cabrejo. El traidor Medina á los ciudadanos don Luis Isaac de Tezanos y don Juan Antonio Vilas (a) Pittaluga. Los comandantes don Bernardino Olid y don Gervasio Burgueño al mayor don Luis Viera, capitán don Ciriaco Burgos, don Manuel Pagola, don Celestino Zamora, don Ezequiel Burgos, don Pedro Zas, don Eusebio Latorre, don Antonio Pedemonte, don Feliciano González y don Pedro Velazco; ayudante mayor don Miguel Antuña; tenientes don Felipe Batista, don Clodomiro Lezama, don Agus-

tín Chalá; y los ciudadanos don Mauricio Zavalla y José Cándido Bustamante. El mayor don Ignacio Raiz fué salvado por otro jefe cuyo nombre no recordamos. Otro tanto nos sucede con los jefes que salvaron los capitanes don Manuel L. Quijano, don Gregorio García, y tenientes don León Ortiz, don Manuel Alvarado, don Francisco Laenz, y demás oficiales subalternos que figuran en las listas que en otro lugar publicamos.» (1)

Las listas á que refiere el señor de la Sierra dan un total de trescientas ocho personas las que á estar á su manifestación, insospechable en lo que ello pueda favorecer al gobierno de la época, fueron puestas en libertad al llegar á la Villa de la Unión. ¡No todo fué siniestro!

Por otra parte, es necesario remontarse á aquellas épocas de espantosos desequilibrios sociales para encontrar el secreto de las grandes agonías republicanas porque atravesaron las naciones de Sud América. ¿En cual de ellas no se sacrificó, no se inmoló al vencido en nombre de la libertad? Sin acordarnos otra vez del coronel Dorrego, hecho mártir, ahí está rio por medio el ejemplo de otra tragedia gemela y casi contemporánea de Quinteros. En 1856, estando la provincia de Buenos Aires en manos de un gobierno unitario, fué invadida por un grupo de distinguidos elementos disidentes encabezados por los generales

[1] Por un testigo presencial [J. M. de la Sierra) *La Revolución de 1857 y la Hecatombe de Quinteros*, pág. 91 y 92.

Gerónimo Costa, José María Flores, y coroneles Bustos y Perez. El gobernador don Pastor Obligado, que era á pesar de eso un distinguidísimo ciudadano, dió órden de que se persiguiera sin cuartel á los revolucionarios y con esas instrucciones salió á campaña su ministro de la guerra, coronel don Bartolomé Mitre, quien cumplió al pié de la letra lo mandado, como lo acredita evidentemente su mismo parte, que en lo pertinente dice así: «¡Viva Buenos Aires! A escape. Ganando horas. Urgentísima. Villa de Lujan, 1.º de Febrero de 1856. Excmo. señor Gobernador del Estado, doctor don Pastor Obligado:................ La persecución ha durado por más de tres leguas habiéndose ellos dispersado totalmente al extremo de no quedar dos hombres reunidos. Entre sus muertos se hallan el ex-coronel don Ramon Bustos; y entre los prisioneros Gerónimo Costa *(fué fusilado)*, un comandante Wiffe *(fué fusilado)*, Benjamín Perez *(fué fusilado)*. Benitez fué perseguido dos leguas y escapó en un parejero. Felicito á V. E. por este nuevo triunfo. Dios guarde á V. E. muchos años.—*Bartolomé Mitre.*»

Completa ese documento este otro, tambien extractado: «Villa de Lujan, 1.º de Febrero de 1856. Excmo. señor Secretario en el Departamento de Guerra coronel don Bartolomé Mitre....................... Alcanzado Benitez y su gente murieron todos...... .... Dios guarde á V. E. muchos años.—*Coronel Eusebio Canesa.*» Es el primer ciudadano

de Sud América en la actualidad quien suscribe el mas acusador de esos oficios que empieza con un ¡viva! y que concluye con una felicitación por la victoria obtenida, después de comunicar que han sido fusilados los prisioneros, que eran gloriosos servidores de la nación. Por su parte, el temerario Conesa dice todo en pocas palabras: « murieron todos. » Ya sabemos lo que esa frase gráfica significa: ninguno fué perdonado en la derrota. Pues nadie se acuerda de remover estas memorias fratricidas que excitan al odio y que ya no tienen objeto en las luchas avanzadas de la democracia argentina. En nuestro pais, hace diez años, hemos tenido en marco reducido otro drama político sin nombre.

Durante el gobierno ilustrado y civil del doctor Julio Herrera y Obes se consumó la perversa celada del 11 de Octubre y nadie ignora que al infortunado doctor Pantaleón Pérez se le dió muerte en el fondo de un cuartel, después de estar rendido y prisionero.

En antecedentes el gobierno de la época de las agitaciones subversivas de ciertos elementos avecindados en el pueblo de la Unión, pues dos jefes de cuerpo invitados al efecto habían cumplido con su deber militar denunciando aquellos trabajos, ordenó á estos últimos que simularan apoyar á los ilusos que en ellos confiaran, á fin de reconocer el carácter y alcance de la revolución en germen. Aunque ya á esa altura y aceptando semejante conducta perdía terreno el honor de los jefes solicitados, ello poco hubiera

importado á concluir el asunto con las referencias legales ordinarias. Pero este sainete degeneró en sangriento drama gracias á las inspiraciones infernales del propio Presidente de la República, que movía los hilos de la miserable maquinación, y media docena de inocentes ciudadanos, víctimas de su credulidad, encontraron la muerte como consecuencia de la inicua farsa referida.

Insensatez mayúscula fuera alegar á diario en favor del derecho con el recuerdo de aquella infamia. Toda nuestra vida de ensayo institucional está plagada de episodios sangrientos é innobles. Quienes han tenido oportunidad de presenciar las espantosas escenas de irrespetuosidad á los muertos que se desarrollan en un campo de batalla, quienes saben mejor que nadie cuantas calamidades engendra la guerra civil porque han palpado en la realidad sus horrores — y eso que eran atemperados — pueden darse cuenta de los sucesos trágicos que se han desarrollado en nuestras comarcas durante cuarenta años de desastre y de encarnizamiento pasional. Todos han intervenido en esos excesos fúnebres que pertenecen al pasado como el eco á las tumbas. ¿A qué, pues, remover tanta vergüenza? Haciendo nuestra la interrogación cortante dirigida por don Domingo de Oro al primer general Mansilla, decimos: « ¿para qué legarle más inmundicia á la posteridad? »

Tanto más odiosa es la tarea de vivificar los agravios del pasado y tanto más resaltante lo infundado

de ese prurito, que lleva á identificar con la idiosincracia criminal de un partido el desenlace reprobable del 2 de Febrero, cuando se piensa que durante aquella misma breve campaña cometieron los revolucionarios injustificables excesos. El reloj que usamos perteneció á Luis Pedro de Herrera, una víctima de la revolución de 1857, y presenta en sus tapas huellas indelebles del filo del puñal. El referido ciudadano, llevando á sus órdenes algunos policianos de la capital, iba para el pueblo de Las Piedras en comisión del gobierno. A la altura del Colorado fué sorprendido por las fuerzas del coronel Silveira, muy superiores en número. En presencia del enemigo sus soldados huyen quedando solo firmes el jefe de la partida y su fiel asistente. Decir que se peleó allí sería tan exagerado como sostener que dos hombres pueden sostener la carga aplastadora de doscientos atacantes.

Pronto cayeron heridos de muerte los soldados que habían sabido cumplir con su deber, siendo ferozmente apuñaleados. A Herrera le cortaron las orejas y la nariz aparte de otras heregías sin nombre. El gobierno agredido, en conocimiento de tan ingrato suceso, tiró un decreto donando terreno en el Cementerio Central de Montevideo para sepultura del infortunado oficial sacrificado. La veracidad del anterior relato es notoria. Conociendo la exaltación de las opiniones políticas sustentadas por el bravo César Díaz no pueden extrañar, por otra parte, los siguientes conceptos que extractamos de una carta auténtica y ya publicada

que dirigió, cuando la cruzada, á don Tomás Gomensoro:

«... Actividad y energía, mi querido amigo. Es preciso que el partido colorado, el partido de las tradiciones gloriosas de la República, se levante como un solo hombre para gritar ¡atrás! á esa canalla que prostituye los destinos públicos; es preciso extirpar esa raza maldita que más de una vez ha entregado el país al extranjero, etc. Es preciso que corra sangre porque ella es necesaria para sellar la revolución y hasta es moral que no se demore el castigo de los criminales. No haya lástima, no, con ellos, severidad, amigo mío, y mano de fierro con esa canalla. Fusile usted á todo el que no quiera plegarse á nuestras ideas, á todo el que no quiera aceptar las gloriosas tradiciones de la defensa; derribe usted de una vez todos los obstáculos que se nos presenten. Yo acepto la responsabilidad de todo. Para todo lo autorizo, etc., etc. — *César Díaz.*» ¡Disculpables intemperancias de los tiempos terribles!

La revolución de 1857 obedecía á las inspiraciones políticas del doctor Juan Carlos Gómez y sabido es que este tribuno de tanto talento prohijaba la idea de nuestra anexión á la República Argentina y que este ensueño era compartido por los primeros pensadores de la causa unitaria. En vísperas de partir para Montevideo, en donde fundaría el célebre «Nacional», se ofreció al doctor Gómez en la capital porteña un banquete, esencialmente partidario, al cual con-

currieron entidades extranjeras de primera fila. Llegado el momento de los brindis todos los oradores pronunciaron discursos de largo alcance internacional á cuyo través se dibuja el afán anexionista, que importaba una blasfemia para los buenos orientales. Terminó así su peroración el doctor Velez Sarsfield: «Que sea feliz en todos sus pasos; que alce á su antigua patria de la postración y desgracia que sobre ella pesa; que el cielo y los hombres le ayuden á hacer de sus dos patrias una sola, como antes lo fueron; que á él se deba la unión en una sola República del Estado Oriental y de los Estado del Plata.» Exclaba el insigne Sarmiento: «Que Montevideo se restablezca de los males del cuerpo y del alma que lo afligen; que recupere su libertad y su salud y el pueblo volverá los ojos adonde tiene sus amigos, sus compatriotas de sangre, de raza, de idioma, y un día buscarán en los Estados Unidos del Plata remedio á todos sus males.»

Contestó, entre otras cosas, el obsequiado: «El día está cercano en que poniéndose de pié toda la República á la vez, aterre á los caudillos, á las explotaciones, á las farsas que agitan el océano y enarbolando con su brazo robusto la bandera de la nación, podamos todos reunidos á su sombra, ciudadanos de una poderosa República, brindar por el gran pueblo de los Estados Unidos del Sud.»

Nosotros que abrigamos profunda fé en la consistencia y grandeza de nuestros destinos; que venera-

mos la tradición libertadora del heroico Artigas; que creemos indestructible el cimiento de la nacionalidad bizarra que aquel fundó, apreciamos equivocada, maldita la propaganda cívica que resucitaba el ideal negro de la incorporación.

Al general Lavalleja se le ha censurado porque, bajo la presión de circunstancias desesperadas, aceptó el remedio transitorio de unir nuestra vida á la vida argentina. Pues el doctor Juan Carlos Gómez abogó por la anexión en tiempos de bonanza, cuando ya éramos definitivamente libres, y presentándola como una solución permanente. ¿Habrá quien sostenga que no padeció error el ilustre escritor al prestigiar una fórmula fusionista que nuestro pueblo, que tiene entidad propia, jamás aceptará por estar ella reñida con sus preferencias, con su historia y con sus altiveces autonómicas?

Tal vez la reprobación de esos planes liberticidas contribuyó al incremento de la pasión ruda.

Después de Quinteros, á solicitud de los legisladores señores Solsona y José G. Palomeque, la Asamblea, constituída de afiliados á los dos partidos en número respetable, hubo de discernir á don Gabriel Antonio Pereira el título de Gran Ciudadano benemérito de la Patria, otorgándole el grado militar de brigadier general, en mérito: «á que los gloriosos sucesos de Callorda y de Quinteros, sobre la rebelión importaban un verdadero y exclusivo triunfo de la autoridad y de las instituciones de la República, que-

dando así labrada la base inmutable del orden y de la mejor garantía para la felicidad común.» Son éstas palabras textuales del proyecto de ley debiendo observarse que sus dos proponentes estaban afiliados entonces al partido colorado. ¡Singulares ofuscaciones de criterio! ¡La felicidad común, decían! Nunca estuvo ella más comprometida que después de la oscura inmolación! La sangre generosa de los hermanos sacrificados el 2 de Febrero de 1858 costaría muchas lágrimas y mucho duelo á la patria de todos. A la sombra de aquel episodio, injustificable ante las leyes morales, han nacido represalias de la peor estirpe. Todavía se explota inicuamente el recuerdo de aquella tragedia.

El partido vencedor en 1865 ha declarado mártires de la libertad de la patria á las víctimas del Paso de Quinteros. Con más peso y más autoridad que nosotros alguien dirá mañana si es exacto ese pomposo calificativo. Las palmas del martirio pertenecen á los allí caídos como pertenecen á los caídos en Paysandú, en la Florida y en otros altares del dolor. Falta averiguar si la libertad estaba proscrita del país en 1857, bajo los auspicios de un gobierno constitucional, recto y honrado, y si en ese supuesto ella venía envuelta en los pliegues de una bandera rencorosa y anexionista. Sea como fuere, que jamás se repitan escenas tan lúgubres; que cuanto antes el olvido y la piedad borren de nuestro presente la huella amarga de los odios del pasado; y que la juventud del día, sin distinción de par-

tidos, practique el culto de la verdad, sorda álas mentiras convencionales dictadas por la pasión, condenando lealmente hechos sombríos como el que venimos de apreciar!

Terminado el período constitucional del señor Pereira el 1.º de Marzo de 1860 la Asamblea General eligió Presidente de la República á don Bernardo P. Berro. Formado este ciudadano en la escuela del sacrificio más estricto podía presentar ya entonces una sobresaliente foja de servicios. En defensa de la autoridad constitucional de don Manuel Oribe había tomado parte activa en las campañas seguidas por éste en los años 36 y 37 contra el rebelde general Rivera. Durante el Sitio Grande permanece en el Cerrito, á la par de otros hombres de valía, salvando su nombre de toda complicidad en atropellos. Elegido senador, á raíz de la bendita paz de Octubre de 1852, apreciando sus evidentes condiciones de estadista se le designa para ocupar la presidencia de la Cámara Alta. De allí lo arranca el llamado de don Juan Francisco Giró, quien le ofrece la cartera de Gobierno en su bien nacida administración. Consumado el motín del 18 de Julio don Bernardo Berro no cede en presencia del atentado triunfante y sale á campaña á congregar tropas en favor de la causa legal. El pacto de la Unión tuvo su aplauso de manera, pues, que no fué de extrañar su exaltación á la primera magistra-

tura dentro de la política decretada por los generales en 1855. Ya antes de ocupar el mando supremo era el señor Berro una personalidad culminante. Para afirmarlo así nos remitimos, más que á sus antecedentes cívicos, en conjunto radiantes, á la noble significación de sus energías intelectuales.

Muy pocos conocen los notables documentos políticos salidos de su pluma, pues la mayor parte de ellos están aún en los archivos. Pero las piezas escritas que han alcanzado publicidad permiten aquilatar las superiores cualidades de estadista que distinguían á aquel gran ciudadano. Hombre de pensamiento águila, como don Manuel Herrera y Obes y don Andrés Lamas, el señor Berro destaca con luces singularmente propias en aquel medio crepuscular de nuestros ensayos institucionales; pero aventajó á los luchadores citados en algo invalorable para la posteridad: su conducta, recta y clara como el ideal, consagró siempre las austeridades de su propaganda que tuvo aristas preciosas. El título intelectual más saliente de don Bernardo Berro lo decreta el concepto exacto que se forjara de los partidos tradicionales y de su porvenir en relación con el porvenir de la patria que era su altar. Para él, ya en 1854, era axiomático que el bien de la República solo podía alcanzarse mediante una renovación de las divisas políticas hasta entonces en uso y poniendo en práctica agitaciones colectivas denunciadoras de nuevas tendencias y de nuevos gérmenes democráticos.

Como el asunto es de sí interesante y deseamos no aparecer hiperbólicos en nuestros asertos vamos á permitirnos insertar algunos párrafos de los escritos del señor Berro, que condensan admirablemente las ideas de la referencia.

En su «Exposición de ideas sobre los trabajos para la reorganización del partido blanco,» entre otras muchas cosas buenas, decía lo siguiente, como Presidente de la Junta Directiva elegida el día 20 de Febrero de 1854 y que era integrada por los señores Francisco Solano de Antuña, Eduardo Acevedo, Diego Lamas, Luís de Herrera y el exponente:

« El partido Blanco y el partido Colorado no están separados por ideas, ni por clase ó condición. Igual es su composición, é iguales también sus principios políticos. Su división es toda personal ó corresponde sólo á las personas de que se componen. No pugnan por establecer doctrinas ó sistemas contrarios sino para adquirir cierta posición para dominar ó para evitar que otros la adquieran, para no ser dominados. La cuestión es referente á hechos, á su diversa apreciación. Proclaman los mismos principios y se separan en su aplicación á esos hechos. Hay algo de parecido en nuestros partidos, tales como los van poniendo los sucesos, á aquellos que destrozaron á las antiguas repúblicas de Italia en los días de su decadencia. Al último no se peleaba ya por nada que interesase á la patria, sino á las familias coaligadas que buscaban en el poder, ya la satisfacción de sus odios,

de su vanidad ó de su codicia, ya un medio de librarse de las vejaciones de sus antagonistas. Excluyéndose recíprocamente, y siendo la elevación del uno la desgracia del otro, la lucha no podía menos de reproducirse constantemente y ser la guerra civil el estado normal de la República.

Con semejantes partidos bien se vé que no puede menos de caminarse á una ruina cierta; como sucedió allí y como sucederá aquí si llegasen á perpetuarse. Y no importa que uno de los combatientes esté exento de culpa, que obre solamente por la necesidad de la defensa propia; el resultado siempre será el mismo: la división de la nación en dos partidos encarnizados combatiéndose sin cesar y como natural consecuencia *el desorden y la tiranía*; la sangre y la desolación; la ruina de todos modos. Y agregaba luego: «El Partido Blanco nació ligado á un hecho, no á una idea; tuvo un objeto especial: fué instituído para sostener el gobierno constitucional de don Manuel Oribe atacado por Rivera. Ese *hecho* terminó de todo punto con la pacificación y el pacto de Octubre, y con él terminó también la causa que produjo este partido. Este debió, pues, cesar y cesó.» (1)

Poseen incomparable belleza moral estos párrafos que denotan un relieve de ideas altruistas tan valiente como raro en una época gobernada por la pasión y por el agravio cruel. Los jóvenes colorados fanáticos

(1) Juan José de Herrera. — *Anales del Partido Nacional.* — Tomo II. — Páginas 22 y 24.

del odio tradicional y los por fortuna ya escasos jóvenes que diciéndose nacionalistas manchan con evocaciones inícuas las pureza del programa del Partido Nacional, debieran aprender cordura empapando su criterio, dominado por el extravío, en la lectura educadora de máximas tan avanzadas. ¡Hace cincuenta años ya se repudiaba un pasado trágico que ahora, por regresión atávica, pretenden restaurar algunos espíritus ó mal dirijidos ó de aliento pobre!

Después de fundar la necesidad imperiosa de elegir una fórmula más adelantada de agrupación, declaraba el señor Berro á sus correligionarios: « Para el intento de los blancos una bandera que represente el interés nacional, que llame la acción de la nación y envuelva también el interés blanco, sería la que convendría adoptarse de preferencia. Creo que la bandera de Octubre podría servir para eso. Ella declara la necesidad y hace la prohibición de que no haya vencedores ni vencidos; que ninguno de los partidos tenga privilegio sobre el otro; que ninguno de ellos quede glorificado y con toda la honra y el otro condenado y con todo el deshonor. Ella prescribe el sometimiento al orden constitucional y busca la unión de todos y su igualdad bajo el dominio de la ley. Una bandera de esa clase no podrá menos de halagar y atraer á los hombres de paz y á cuantos son extraños á los partidos; y además estaría constantemente encaminándose á la disolución de éstos y buscando el regreso al orden normal y á la estabilidad que lo acom-

paña. ¡Cuánta fuerza moral adquiriría el partido que alzase esa bandera! ¡Cuántas ventajas adquiriría sobre el contrario que le opusiese el estandarte de la intolerancia, del exclusivismo y de la tiranía de partido, causa eficacísima y reconocida de la perpetración del desorden!» (1)

¿Cómo resistir á la transcripción de tales párrafos que exhiben tanta galanura de sentimientos y que aliados á otros igualmente notables de selectos pensadores de filiación colorada y de filiación blanca integran un mosaico de alto patriotismo? ¿Cómo no prestar ámplio espacio á opiniones que crean todo un magnífico programa de principios y que demuestran á la evidencia que el partido constitucional se vistió con las plumas del grajo al adjudicarse la paternidad de ideas de concordia, difundidas mucho antes, y arrebatadas, sin confesarlo, al pasado para hacerlas fracasar precisamente por apartarse de los rumbos firmes diseñados por la clarovidencia de algunos de nuestros mayores; precisamente por alentar la arrogancia de repudiar con platónico radicalismo los viejos cultos, viejos y deformes, pero valiosos é indispensables para reconstruir con éxito seguro?

El carácter breve y sintético de esta obra no nos permite engolfarnos en la apreciación de este asunto, preñado de enseñanzas y de agradables sorpresas para quienes pensamos que en la coparticipación en el

(1) Juan José de Herrera. — *Anales del Partido Nacional.* — Tomo II. — Páginas 25 y 26.

gobierno de los partidos existentes, en el perfeccionamiento de los mismos y en la práctica resuelta de la tolerancia y de la virtud común estriba el secreto de nuestras prosperidades morales y materiales.

Don Bernardo Berro, ese presidente de idiosincracia despótica que se pinta para buscar causa á una revolución injustificable, condensó, al subir al mando, en un documento jugoso, sus principios de gobierno.

Esa exposición fué invariablemente entregada para su lectura á las personalidades que ocuparon los diferentes ministerios, á fin de que ellas pudieran conocer el modo de pensar del jefe de la nación y saber si él era adaptable á sus propias opiniones. Esa pieza política, dada á conocer poco tiempo atrás, (1) merece muy bien los más calurosos elogios de la crítica imparcial. Probablemente ella y el trabajo político dirijido en 1855 por don Andrés Lamas á sus compatriotas, son los documentos de mayor nervio y reveladores de más vasto talento de hombres de estado, que se haya producido en este país. Por otra parte, ningún presidente de la República, después de Berro, ha dado á sus conciudadanos una prueba de tanto respeto á la entidad de sus ministros y de tanta certeza de rumbos. En el documento de la referencia exponía el señor Berro, como puede verse, que su misión como primer magistrado respondía á tres fines: 1.° Consolidar el orden; 2.° Arreglar y moralizar la

(1) Juan José de Herrera.—*Anales del Partido Nacional.*—Tomo I.—
—Páginas 6 á 45.

administración; 3.º Hacer efectivo el régimen republicano. Estos tres objetos, decía, forman el círculo de mi aspiración fundamental. «Reconociendo que la actual administración está montada sobre el principio de la probidad y del liberalismo en su más pura y extrema significación, y que eso ha de constituir la base y punto de arranque de sus procedimientos, tengo que exigir prévio acuerdo sobre varios puntos; especialmente estos tres: 1.º Ejercicio Electoral; 2.º Régimen municipal; 3.º Cuestión Eclesiástica.» A cada uno de estos tópicos cardinales dedica luego párrafos dignos de los repúblicos norte-americanos, demasiado extensos para ser trasladados íntegros pero que en parte queremos reproducir para sentar uno de los más bellos antecedentes de aquel gobierno ejemplar. Con respecto al primer punto dice el señor Berro: «De todos modos es mala la intervención del gobierno. Si la mayoría está con él es innecesaria esa intervención y siempre se produce el mal ya apuntado. Si está contra él, además de ese mal, viene á resultar destruído por su base nuestro sistema representativo, es decir, la minoría viene á usurpar el derecho de la mayoría dando representantes á la nación. ¿De qué servirá una legislatura buena, si para obtenerla sería preciso hacer malo al pueblo? Y la legislatura buena, y por lo mismo aceptable y respetada que procede de un vicio, afirma más éste haciéndolo llevadero y menos sensible.»

Continúa sobre el segundo tema: «La sávia que

da vida, alimenta y hace desarrollar el régimen republicano no está arriba, en el gobierno; no desciende de éste al pueblo; está abajo, en el pueblo; y sube de aquí para arriba, al gobierno. El gobierno recibe y elabora esa sávia que baja después á beneficiar la sociedad. Es preciso que esté bien primero el pueblo, para que abunde la sávia republicana y la comunique, cual conviene, á los poderes que de él nacen. Es preciso que el pueblo sea republicano, sepa serlo, no pueda dejar de serlo, para que esos poderes marchen republicanamente, para que ellos y todo se mueva conforme á las condiciones esenciales de la vida republicana. Esa es la necesidad vital. Y bien: el pueblo no aprende esas cosas, como se aprenden otras, con la agena enseñanza, las aprende por sí mismo, practicándolas, como se aprende á andar, andando.»

Aborda así el tercer tema: «El patronato es una ley constitucional y el Poder Ejecutivo, por lo tanto, está obligado, hasta con juramento, á reconocerlo y defenderlo. Luego que el gobierno comprendió que se iba en camino de anular el derecho y las regalías del patronato, retiró el pase al breve de institución del Vicario Apostólico. Ahora se exije la reposición de éste en el gobierno de la iglesia oriental y fundándose precisamente en la no existencia del patronato. El Presidente no puede acceder á eso. La reposición sólo podría tener lugar, en cuanto al ejercicio de las funciones vicariales en el país, *por un acto* de patro-

nato, por el libre y expontáneo consentimiento del gobierno.»

¿Verdad que, á pesar de haber corrido cuarenta años, todavía poseen interés palpitante estas avanzadas ideas expuestas con tanto esmero de fondo y sencillez de forma?

Para presentar más acentuado el cuadro y á trueque de molestar al lector, extractaremos algunos conceptos del mismo programa de gobierno comentado en lo que refiere á nuestras cuestiones políticas. El señor Berro encontraba la solución de nuestro oscuro problema internacional de entonces en el «aislamiento político de la República, vale decir, no ligarse políticamente con nadie, salvo el caso de guerra, y entonces para el objeto de esta y nada más. No ponerse bajo la protección de ninguna nación *sola*. Aceptar lo que proceda de la combinación de *muchas*; y en este concepto adherirse á la liga continental americana.»

Así resolvía el problema interno: «Constitucionalismo en todo; espíritu liberal; promover la vida democrática; combatir la licencia y el despotismo como lo más opuesto á eso; sostener el principio de autoridad y el vigor de la ley como lo más favorable á todo ello. Conservarse siempre fuera y encima de todos los partidos y círculos. Servirse de sus hombres y darles preferencia si fuere necesario consultando en ello tan solo los intereses del país y los propósitos del gobierno en ese sentido. Estorbar por toda clase de medios lícitos el enarbolamiento de las antiguas bande-

ras de partido, aunque sea necesario apoyarse en los hombres que hayan pertenecido á alguno de ellos. »

Quedaría inconclusa nuestra tarea si antes de cerrar estos expresivos extractos no dejáramos indicios de la opinión sustentada por el señor Berro para obtener el apaciguamiento de los partidos. Proponía él, por escrito: « Quebrar la posición de los emigrados orientales en la República Argentina abriéndoles las puertas para regresar sin excepción, declarando á los que sean militares y no hayan perdido la nacionalidad oriental, repuestos en sus grados desde que acaten al gobierno y pidan su reincorporación al Estado Mayor General, sin perjuicio del derecho que oportunamente asista á los primeros para solicitar lo mismo cuando hayan recuperado su nacionalidad, conforme á la Constitución. Obligar por ese medio al gobierno argentino, y acreditando simultáneamente cerca de él un agente, confidencial por ahora, á que asuma una política clara y precisa respecto de nuestro país, recabando si es posible garantías de que la paz no será alterada, ya que la responsabilidad de todo cuanto pudiesen intentar de allí los jefes orientales, hoy en armas como argentinos, es toda del gobierno argentino. »

Apréciese después de esta última lectura el acierto político del señor Berro que, recién ascendido á la presidencia, ya ponía el dedo en la llaga de nuestros males internos. Su observación sobre la actitud falsa del gobierno argentino, mucho antes de que estallara

la revuelta florista, observación que fué plenamente confirmada en la realidad, acredita que mucho antes de producirse los sucesos que dieron pretextos á la invasión ya se columbraba en nuestro horizonte la récia tormenta.

Las declaraciones que hemos insertado abonan el sólido valimiento como estadista de don Bernardo Berro y hacen la mejor defensa de su personalidad. Quien sembró tan elevadas ideas políticas, quien hizo un culto de la honradez de manos y de corazón y del leal acatamiento á la ley, al extremo de ponerse más de una vez en pugna con sus mismos correligionarios, no puede jamás merecer los dictados vulgares que le dispara la pasión de grupo, inconsulta y sin escudo en este caso.

A la distancia, al través de ocho lustros que han venido á limpiar de impurezas el juicio de las generaciones, la memoria del presidente Berro destaca seductora, erguida y sólida sobre nuestros horizontes históricos. Aquel gran ciudadano poseyó las virtudes patricias de don Joaquín Suárez completadas por un verdadero y esclarecido talento político. Sin duda alguna, él ha sido el primero de nuestros gobernantes y aún de los más selectos apóstoles del dogma democrático en este país. El día de la justicia ámplia y gloriosa pronto llegará para él

Nacido en condiciones de la más extricta corrección institucional el gobierno de 1860, tuvo las mismas auspiciosas perspectivas que se presentaron á la vista

de don Juan Francisco Giró al ocupar la presidencia.

Los acontecimientos pronto acreditarían que ninguna barrera era capaz de detener el avance de las pasiones fragmentarias, no por eso menos intensas en su furia.

Ya hemos visto y comprobado que el gobernante no se equivocaba en cuanto á las complicaciones internacionales que ya entonces se urdían contra nuestros intereses de nación libre. Sin embargo, abordó con el mayor entusiasmo las tareas de su alta investidura tratando de aprovechar el tiempo. En el corto período de tranquilidad fecunda concedido al país por la guerra civil, el nuevo gobierno organizó la caja de contabilidad militar en los cuerpos del ejército; reglamentó el usufructo de maderas en las islas nacionales, creando sobre el mismo un impuesto de dos pesos por año, dedicado á fines de caridad; organizó la presentación de cuentas contra la administración; mandó levantar un monumento á los Treinta y Tres; elevó á categoría de ciudades á las villas de Salto y Paysandú; dió fondos para el culto en los templos del país; reglamentó la forma de pago de los derechos de Aduana; llevó á cabo la reforma militar aceptando el modelo de instrucción para maniobras de infantería; acuerda el pago á los Treinta y Tres de sus sueldos íntegros; reglamenta el Registro Cívico; hace obligatorio el uso del sistema métrico decimal; reglamenta el pago de la deuda Franco-Inglesa; á ese mismo fin y para cortar monstruosos abusos se declara que el

Estado no se reconoce obligado á pagar los perjuicios sufridos por particulares en sus bienes por casos fortuitos, tales como los de guerra externa ó de rebelión; se crea la Dirección General de Obras Públicas; se llega á un acuerdo con el banquero Mauá para el pago de su crédito que alcanzaba á $ 3.200.000; se traspasan á las Juntas los derechos fiscales sobre terrenos dentro del radio de la capital y sobre los permisos concedidos para edificar; se dicta una disposición oportuna para estorbar los contratos sobre negros esclavos brasileños; se incorporan á la ciudad los barrios nuevos de la Aguada y del Cordón; se encarece á los Jefes Políticos la buena elección de subalternos y la consideración con los vecindarios; se ratifica el tratado internacional para el arreglo de la deuda Anglo-Francesa; se establece la gratuidad en la expedición de permisos para el establecimiento de casas de comercio; se completa la división judicial del país; levanta la institución del Correo; créanse los Tribunales de Apelaciones; dá en arriendo las tierras públicas; se ordena rigurosamente una mayor actividad de las oficinas públicas en el despacho; se reorganiza la Junta de Sanidad; se reforma el alumbrado, con evidente beneficio público; para fomentar diversas corrientes de buena importación se declaran libres de derechos aduaneros á muchos artículos de uso común; se reglamenta la exportación de nuestros ganados y frutos por la frontera terrestre; se dictan sábias disposiciones represivas del contra-

bando; se rebajan notablemente los derechos de Aduana, dando ésto motivo á un vertiginoso aumento de los negocios; pone el cimiento al desideratum de la descentralización administrativa facilitando rentas propias á las Juntas; garante la propiedad semoviente creando la documentación para las transacciones de abasto; promulga la ley de presupuesto; reforma eficazmente la institución de la Guardia Nacional; funda el Asilo de Mendigos; dicta el primer reglamento de la Beneficencia Pública; organiza el sistema de contabilidad en las oficinas; establece el procedimiento moralizador del llamado á propuestas obligatorio para toda obra de carácter público; reglamenta el servicio aduanero; y, finalmente, á pesar de las dificultades producidas por la guerra civil, consigue hacer economías y amortizar en oro más de dos millones de pesos de deuda pública. Hojeando rápidamente los diarios de la época encontramos esa hermosa série de innovaciones que, en su mayoría, fueron esterilizadas por las agitaciones sobrevinientes. Ante la posteridad esa enumeración de esfuerzos progresistas funda el más envidiable de los blasones. Pero, malo ó bueno, de todos modos, el gobierno de don Bernardo Berro, estaba condenado á caer. A este resultado concurrían factores de distinta procedencia y de índole desigual. En efecto, en el orden interno prometía graves desórdenes la actitud agresiva de muchos elementos del partido colorado, rehacios á un avenimiento cordial. La masacre de Quinteros rendía ya sus primeros

frutos de maldición, empezando por encender grandes ódios y exhibiendo á un gobierno, inocente de toda mancha, como heredero del inmenso error cometido por el gobierno precedente. La administración que comentamos á nadie persiguió, abónalo mejor así, la reincorporación al ejército de los jefes y oficiales dados de baja en época anterior; pero, el atentado del 2 de Febrero estaba muy fresco en el corazón de los partidarios y de ahí al alzamiento armado sólo mediaba un paso.

Por otra parte, en el orden externo, la situación no era más favorable. El Brasil monárquico y la República Argentina, que tuvo su Solferino en la batalla de Pavón, se aprestaban á combatir, para aplastarla, á la nacionalidad paraguaya, agarrándose á ese fin de un pretexto cualquiera, que no tardaría en presentarse. Para prestigiar esa acción guerrera así como para robustecer el empuje se necesitaba la alianza del Estado Oriental. Más adelante veremos al presidente Berro resistiéndose sábiamente á lejitimar esa aventura, ya bosquejada. En cambio, no sucedería lo mismo en el caso de operarse un cambio en la composición del gobierno. Fuera de ésto, debe recordarse, como un antecedente, la amistad estrecha y bien nacida que ligaba al general Flores con el general Mitre, á la sazón presidente de la República Argentina, enormemente robustecida después del triunfo alcanzado sobre Urquiza por las armas porteñas á las que perteneciera en calidad distinguida aquel militar oriental.

En consecuencia, fueron tres circunstancias aliadas las que trajeron el desastre: el interés internacional de nuestros vecinos fronterizos, la pasión unitaria, y el interés del coloradismo, rebelde entonces,—como en 1853 y como en 1856—á la disciplina política, lejítimamente creada, y escudado esta vez por la memoria bien explotada de la tragedia del Paso de Quinteros.

Ningún otro móvil decretó la revuelta. A la administración atacada no se le pudo recriminar por sus desaciertos. Bajo la faz pública, ella ha vigorizado la tradición de nuestras integridades; bajo la faz política, ella no se señala, por más que se suela decir lo contrario, por la sombra de persecuciones odiosas; bajo la faz del bienestar común, ella presidió positivos é innegables progresos; bajo la faz diplomática, el tiempo ha hecho ya justicia al vuelo superior de sus concepciones internacionales.

En Abril de 1863 invadió su país el general don Venancio Flores, soldado de fibra y de corazón, que poseía simpáticas condiciones campesinas. En su primera proclama habla de *tiranía* y de *déspotas*, pero sin concretar el fundamento de esos cargos. Aquel movimiento revolucionario ha pasado á la historia con el nombre de Cruzada Libertadora. ¿Por qué libertadora? Después de cuarenta años, estudiando con frialdad los acontecimientos, no se encuentra base lógica á aquel exagerado calificativo que no pasa de ser una de las tantas pomposidades políticas creadas por las pasiones de partido.

Aquilata más aún la sin razón del movimiento el hecho de que los revolucionarios inscribieran entre sus motivos de reivindicación armada, la conducta y perfectamente correcta seguida por el gobierno de Berro con el jefe de la Iglesia Oriental que había pretendido desconocer el imperio del Patronato.

Producida la invasión, el presidente se dirigió á las Cámaras explicando las medidas extraordinarias adoptadas para reprimirla. La minuta sancionada por la Cámara de Senadores, de aprobación á los procederes del Poder Ejecutivo, contiene estas palabras: « En medio de la situación tranquila y próspera que gozaba la República, cuando el imperio de la Ley, la garantía de todos los derechos y el crédito nacional, reconquistados con sacrificios honrosos, de interés, de penuria y de sangre, parecían asegurar un porvenir venturoso para la patria, la Asamblea Nacional ha sido sorprendida por la injustificable invasión con que don Venancio Flores amenaza la paz é instituciones de su país, lo cual constituye una verdadera traición á la patria. »

Hemos tomado este expresivo párrafo simplemente á causa de estar suscrito el documento de que es parte integrante por los senadores doctor Manuel Herrera y Obes y doctor Jaime Estrázulas. Nadie ignora que el primero de los nombrados tenía adquiridos títulos brillantes de coloradismo, así como todos sabemos que el último, desterrado justificadamente más tarde, hizo publicaciones contradictorias con aquellos

conceptos tildando, entre otras muchas cosas, de *dictador* al presidente Berro. Júzguese, pues, la importancia histórica de semejante agravio en presencia prévia de aquellos elogios.

Las habilidades guerrilleras del general Flores, por una parte, y, por otra, la torpeza de los generales del gobierno, que no supieron proceder en el terreno con acierto militar, permitieron tomar á la invasión un vuelo nunca presumido.

No poco contribuyó á fundar esta situación precaria la conducta anárquica seguida por algunos elementos políticos afiliados al partido blanco que, defraudados en sus impaciencias de mando, se lanzaron, sin escrúpulos, á la más culpable de las oposiciones. Sacrificándolo todo á su fin, ellos instaban á los militares en campaña á desconocer la autoridad del gobierno. El fruto más vigoroso lo tuvo esa propaganda en la sublevación del coronel Olid quien devolvió cerrada la nota por la cual se le mandaba bajar á Montevideo. Aquella hostilidad criminal dentro de la defensiva, que obligaba al gobierno á prestar atención á dos enemigos, no podía prolongarse, tanto más cuanto que los señores Estrázulas y Caravia solos, condensaban el foco de la anarquía. Fué en tales circunstancias que se decretó su destierro, medida eficaz que ha dado pié á todo género de mistificaciones y calumnias. El gobierno procedió atinadamente al alejar del país á ciudadanos demagogos y de tendencias perturbadoras en momentos en que las

calamidades se desplomaban aliadas sobre la República. Sin embargo, se ha querido ver en aquel suceso un testimonio elocuente del despotismo de don Bernardo Berro. Flagrante injusticia, bajo todos conceptos, pues si, por un lado, él fué necesario, por otro, la paternidad de aquel acto de energía cívica no perteneció al Presidente. Así tuvo ocasión de probarlo hasta la evidencia, hace próximamente diez años, el doctor Juan José de Herrera, ex-Ministro del referido mandatario, desde las columnas del diario *La Epoca.* Decía este entónces: « Muerto está aquel ciudadano (Berro): por consecuencia, indefenso ante los ataques que se le hacen. ¿No es deber de los que le sobreviven y que con él actuaron, el hacer algo por su desagravio, bien que al hacerlo sea menester echar uno sobre sus propios hombros una buena parte de las responsabilidades contraídas y por las cuales se le procesa? Aunque otras no mediaran esta circunstancia me decide á la publicación que de Vd. solicito. Va sin decir que ni busco, ni quiero, ni necesito absoluciones, como no las necesita la memoria del patriota acusado; pero, sí, necesito asumir, en minoración de la de éste, la responsabilidad que me cabe por actos que se llaman de delincuencia política, de que no fué él solo, reo. »

Coronando una extensa exposición insertaba el doctor Herrera dos cartas, inéditas hasta esa fecha y de fuerza convincente incontrastable. Violentando otra vez nuestro propósito breve, nos decidimos á

prestar espacio aquí á los mencionados documentos por ser ellos casi desconocidos y por hacerlo indispensable así la importancia de la rectificación histórica aludida. Dicen ellos: « Enero 25 de 1864. — Señor Presidente: En opinión del Ministerio ha llegado el caso de servir á la situación con uno de los sacrificios que V. E. y sus Ministros se impusieron al asumir actitud decidida y firme con el fin de dominar las malas pasiones y las intempestivas ambiciones que amenazan, desde la capital, herir de muerte la causa que defendemos al lado del país.

Asumir aquella actitud, quiso decir el *no abdicar la presidencia en manos del partido blanco,* y sí, salvar á éste con la autoridad legal, — quiso decir apartar todos los estorbos para que fuese pronto el triunfo sobre la anarquía que acaudilla Flores, no permitiendo que los estorbos esos pudieran, tolerados, hacer surgir otro centro anárquico que, *aunque con otra divisa,* fuese, en sus tendencias y en sus resultados, un poderoso auxilio de aquel mal caudillo. La resolución del gobierno trae consigo la necesidad de sacrificios, algunos dolorosos. Pero, dictados éstos por honda y honrada convicción, aunque no sean ni en el presente ni el futuro reconocidos como nacidos de sentimientos patrióticos, ellos deben ser resueltos cuando en los hombres del gobierno hay el temple que se requiere.

V. E. conoce, mejor que sus Ministros, la situación general; conoce sus peligros crecientes cada día. El caudillejo Olid ha levantado sus armas contra la au-

toridad de que dependía. Él constituye, *en relación á la autoridad*, un elemento militar de anarquía, *de la misma fisonomía que el de Flores*, á disposición del centro anárquico que conspira insensatamente desde la capital contra la presidencia, sin detenerse á pensar que tal conspiración traería, más ó menos tarde, la ruina de todos por el fraccionamiento seguido de la derrota, de los elementos que sirven de base á la situación. Levantado en armas aquel caudillejo, es deber de previsión, aunque los sumarios que se están levantado no nos hicieran las tristes revelaciones que nos hacen, aislarlo, apartando de su contacto la dirección de la fuerza que la lógica de sucesos próximos le ha de dar á causa de la necesaria fraternidad y solidaridad que establece la perspectiva de combatir á un enemigo común, que es en este caso, para Olid y algunos otros, la Presidencia.

Concretadísimas están comprendidas en lo que digo á V. E. las ideas que hemos manifestado en acuerdo. Nos parece oportuno proceder ya.

Y para que no dependa del Ministerio el que ya se se proceda, adjunto la nómina de las personas que deben ser alejadas de la República por algún corto tiempo, el bastante para que, tranquilizado el país, *no obstante ellos*, puedan volver á gozar, ya sin peligro público, de todos los derechos del ciudadano, que les habrá restituído el gobierno de su país, oponiéndose éste, para conseguirlo, á la insensatez de ellos mismos.

De V. E. con toda consideración y respeto.—*Juan José de Herrera.* »

A epístola tan terminante contestaba de la manera siguiente el señor Presidente de la República: « Señor Ministro Dr. Juan José de Herrera. Estimado amigo: Era muy de temer que el camino en que habian entrado ciertos hombres, los llevaba á la perturbación del orden; á la lucha material contra la autotoridad. Desgraciadamente ese temor se está realizando. La insurrección ha tenido principio ya y hay que reprimirla inmediatamente para que no tome cuerpo y nos envuelva en una anarquía espantosa, dando por resultado el triunfo de la rebelión.

El peligro es inmenso y no se puede, en efecto, estar con los brazos cruzados en su presencia. La salvación de la patria y de los principios que sostenemos están de por medio. Aborrezco la violencia, y no hay para mi mayor sacrificio que el tener que hacer daño á mis semejantes; pero soy esclavo del deber y desde que él me impone ese sacrificio, aunque con la mayor amargura que es de presumir, me resigno.

Accedo, pues, á lo que Vds. me proponen, con firme conciencia, ahogando los afectos de amistad y de consideración que me conmueven. Accedo, en la persuasión de que la separación del país, por corto tiempo, de esos señores incluídos en la lista, servirá poderosamente para evitar el mal que tememos y que sobre ellos vendría á caer también en definitiva. Pue-

den darse ya las órdenes consiguientes para la aprehensión con la reserva y cuidado que importa á fin de que se haga efectiva.

Su amigo affmo.—*Bernardo P. Berro.*—Enero 26 de 1864. »

¡Ni una palabra ágria, ni un insulto al adversario en armas! Conviene recordarse, porque entraña un expresivo síntoma de cordura, aquello de: « No abdicar la presidencia en manos del partido blanco. » ¿Qué dirán á esto los tradicionalistas trasnochados del presente?

Reanudemos ahora nuestro interrumpido relato.

Había corrido un año y se estaba peor que al principio. A mediados de 1864, varios miembros del Cuerpo Diplomático, en calidad de mediadores y después de diversas entrevistas celebradas durante un armisticio, presentaron á la consideración del gobierno, las siguientes bases de pacificación, aceptadas y firmadas por el general Flores: « 1.º Todos los orientales quedarán desde esta fecha en la plenitud de sus derechos políticos y civiles, cualesquiera que hayan sido sus opiniones anteriores.

« 2.º En consecuencia, el desarme de las fuerzas se hará en el modo y forma que el Poder Ejecutivo resuelva, acordando con el brigadier general don Venancio Flores el modo de practicarla con las fuerzas que estén bajo sus órdenes.

« 3.º Reconocimiento de los grados conferidos por el brigadier general don Venancio Flores, durante el

tiempo de la lucha, de aquellos que estuviesen en las atribuciones del Poder Ejecutivo conferir y la presentación al Senado, por parte del Poder Ejecutivo de la República, pidiendo autorización para reconocer los que necesitasen este requisito por la Constitución de la República.

«4.° Reconocimiento, como Deuda Nacional, de todos los gastos hechos por las fuerzas del brigadier general don Venancio Flores, hasta la suma de quinientos mil pesos nacionales.

«5.° Las sumas recaudadas por órdenes emanadas del brigadier general don Venancio Flores, procedentes de contribución, patentes, ó de cualquier otro impuesto, se considerarán como ingresadas al Tesoro Nacional.—Puntas del Rosario, Junio 18 de 1864.»

Esas bases de arreglo propuestas y oficialmente aceptadas por el general revolucionario, hacen la mejor defensa de la administración combatida. En ellas sólo se exige la aceptación de medidas de órden común, pero en ninguno de los incisos se habla de la calidad del gobierno, cuya *tiranía* y cuyo *despotismo* sirvieran de bandera á la cruzada. Ninguna revolución ha transado en el país en condiciones más triviales. Todas han solicitado y obtenido—como era natural—seguridades de que en alguna parte los ideales sustentados serían tomados en cuenta. Siempre se ha reclamado gobierno de coparticipación, libertad de sufragio, tolerancia política y otros frutos fecundos, encarnados con fuerza de anhelos en la conciencia

nacional. El general Flores nada de eso pedía, lo que prueba, una de dos: ó que sacrificaba expontaneamente los ideales que proclamara para lanzarse á la guerra, —algo ilógico — ó que aquellos carecían de fundamento sério, lo que se aproxima mucho más á lo probable. El presidente Aguirre aceptó por documento oficial las anteriores bases en consideración á que: «ante las consecuencias destructoras de la prolongación de la guerra y sus funestos efectos en el órden social, no podía el gobierno considerar inaceptable el medio para poner término á semejante situación, capaz de ser aún agravada por complicaciones externas.»

Las exigencias documentadas del general Flores invitaban á una inmediata aceptación que, como hemos dicho, no tardó en producirse. Pero allí no se encerraba el todo de las pretensiones revolucionarias.

Había por medio una carta confidencial del general Flores dirigida al señor presidente de la República que era reflejo fiel de las ideas dominantes entre sus subalternos que las habían exteriorizado en la siguiente acta: «Los abajo firmados, jefes del ejército, reunidos en este campo declaramos solemne é indeclinadamente que no aceptamos la paz sin que se acuerden como bases indispensables para arribar al arreglo pacífico, las siguientes, fuera de las que pueda acordar nuestro general en jefe:

«1.º Un Ministerio General cuyo nombramiento recaerá en la persona del señor brigadier general don Venancio Flores.

« 2.º desarme total de todas las fuerzas beligerantes, el que se hará simultáneamente y de común acuerdo entre el señor general Flores y el gobierno de Montevideo.

En representación de los que suscribimos la presente acta y para acompañar al señor general Flores, en sus deliberaciones con los señores Ministros negociadores de la paz, hemos convenido nombrar y nombramos al señor general Caraballo y los señores coroneles Reyes, López, Rebollo y Acosta. » (1)

Era absurdo suponer que el gobierno de la época, por intenso que fuese su anhelo de llegar á la pacificación, iba á aceptar las bases de arreglo copiadas, especialmente la última. ¿Podía concebirse que la autoridad constituída pactara el desarme total de las fuerzas legales entregándose por el hecho, atada de pies y manos, á la causa rebelde? Ciertas transacciones son más vergonzantes y perjudiciales que una derrota. Fuera de duda que la conciliación, bajo tan depresivos auspicios, hubiera importado algo semejante. Decorosamente no pudo ser aceptada una fórmula de acuerdo en tales condiciones. Preferible era seguir combatiendo y así se declaró.

No estorba agregar, en calidad ampliatoria, que si bien la mediación diplomática encarnada, por una parte, en don Eduardo Thornton, ministro de Inglaterra, no presentaba dificultades en esa persona, cambiaba de índole y hasta ofrecía peligros en lo referente

(1) Antonio H. Conte.—*La Cruzada Libertadora*, pág. 431.

al consejero José Antonio Saraiva y al doctor Rufino de Elizalde, representantes respectivamente del Imperio del Brasil y de la República Argentina. Ambos señores servían intereses extranjeros estrechamente ligados con nuestra dolorosa política interna, de manera, pues, que ellos no debieron empeñarse mayormente en propiciar una fecunda aproximación de las causas divergentes cuando era sabido que á sus cancillerías convenía muy mucho prestar apoyo al partido en armas. Tan se apreciaba así que el gobierno del señor Aguirre creyó sorprender en la mediación síntomas de comprometedora parcialidad. ¿No es lógico suponer que durante el armisticio de Monzón se elaboró la alianza de los revolucionarios con las potencias fronterizas, acordándose el precio que ella tendría, — la guerra del Paraguay — y también el anonadamiento del gobierno legítimo y puro existente á la fecha en el Estado Oriental?

El gobierno de Aguirre, que autorizara las negociaciones tirando decretos decisivos en tal sentido, no podía de ningún modo repudiar términos de reconciliación que destacaban por su insignificancia. Fueron si las bases secretas, señaladas en parte por el documento antecedente, las que hicieron fracasar las actividades pacificadoras. Reanudadas las operaciones bélicas los revolucionarios atacaron á la Florida el día 4 de Agosto de 1864. Mandaba su guarnición de doscientas plazas, el teniente coronel don Jacinto Párraga, Jefe Político y Comandante Militar del depar-

tamento. Dirigía personalmente el asalto, que empezó á las ocho de la mañana, el señor general Flores. A las tres horas de combate y á pesar de la intrepidéz opuesta por los defensores del gobierno, estaba quebrado el nervio de la resistencia. Todo el ejército revolucionario pesaba aplastador sobre un puñado de soldados leales que pagarían bien cara su temeridad. A las dos de la tarde habían triunfado en absoluto los atacantes, quedando en su poder ciento cincuenta prisioneros. Estos eran acreedores, por su bravura, al respeto de los vencedores; sin embargo, fueron fusilados siete de los oficiales de más alta graduación, á saber: los comandantes Jacinto Párraga y Dámaso Silva; capitanes José Bosch, Gregorio Ibarra, Manuel Sotelo; alfereces Adolfo Castro y Juan Bautista Castillo. Este dato tiene insospechable exactitud pues es tomado de la lista oficial que suscribió el general Enrique Castro. En nota dirigida al general Diego Lamas, Ministro de la Guerra del gobierno desconocido, manifestaba el general Flores: « Y todo lo que ha influido sobre mi ánimo para efectuar esa ejecución de siete jefes y oficiales prisioneros, no ha podido ser más que el silencio despreciativo con que se ha mirado la indicación que tantas veces he hecho de hacer menos cruel la guerra. » (1) Modo muy raro de exhibir sentimientos de clemencia el de argumentar con la matanza de prisioneros indefensos y rendidos! La insensatez de la anterior declaración guarda simili-

[1] Antonio H. Conte. *La Cruzada Libertadora* pág. 460.

tud con aquella otra del general Medina quien decía que, para evitar el derramamiento de sangre, había aceptado la entrega á discreción de los soldados de Quinteros. Pecaríamos de ingenuidad si afirmaramos que solo siete fueron las víctimas del 4 de Agosto. Asegurado el triunfo, el furor partidario se desató consumando sangrientos excesos que no hay para que describir.

Lo acontecido en la Florida no tiene justificación y sí provoca intensas reprobaciones. El mismo motivo de índole pasional que nos condujo á repudiar la tacha de traidores lanzada por decreto sobre los revolucionarios de 1857 y á condenar, en consecuencia, acerbamente su fusilamiento, que revistió caracteres de imperdonable severidad, ese motivo, gravitando en este instante sobre nuestro espíritu, nos induce á reproducir aquel reproche en presencia de la tragedia de la Florida. Adictos leales á la legalidad los vencidos en la defensa de este pueblo, dos veces famoso, el comandante Párraga y sus compañeros no olvidaron el deber fuerte en las horas tremendas de la catástrofe. Abrazados á la bandera del honor y de las instituciones ellos cayeron con las últimas trincheras, cuando ya solo restaba convencerse de la derrota. Ser heróicos fué su crímen. Por eso murieron.

Como todos los sucesos sombríos de nuestro pasado el epílogo oscuro del 4 de Agosto presenta alguna atenuación. En el asalto el general Flores perdió, en lucha franca, al mayor de sus hijos. Esta circunstan-

cia unida al fanatismo de las pasiones políticas, que habían llegado á su grado de mayor intensidad, explica y amengua en algo esta flagrante violación de las prácticas de la guerra regular. ¡Escudo bien pequeño para encubrir tan gran falta!

El suceso relatado y la toma de los pueblos de Durazno y Porongos dieron nuevo vigor á la revolución, que adquirió bríos incontrastables con la alianza imperial. En capítulo separado apreciaremos ese acontecimiento. Ya al mando de miles de soldados, muchos orientales y muchos brasileros, puso el general Flores formal sitio á la plaza de Paysandú. Concurría eficazmente á su propósito, por agua, la escuadra del extranjero. Mandaba las fuerzas legales, dentro de la ciudad, el coronel don Leandro Gómez, soldado aguerrido, de carácter estóico y uruguayo hasta la médula de los huesos. Desde 1836 venía sirviendo en ejércitos veteranos. Apasionado por la memoria de Artigas nunca supuso que el destino colocaría su nombre, próximo al del gran patriota, en los fastos de nuestra historia. En aquel asedio su figura adquiere nuevos prestigios; y el 2 de Enero él compró, al precio de su vida, la inmortalidad y derecho ámplio á la admiración de las generaciones.

El sitio de Paysandú duró alrededor de un mes. Ochocientos hombres resistieron todo ese tiempo á un ejército de doce mil y al bombardeo sostenido de la escuadra del almirante Tamandaré. No nos extenderemos en el detalle de la gran hazaña. Pero para

caracterizar el nervio de la defensa es necesario recordar que cuando faltaron los fulminantes se les reemplazó con fósforos; que la guarnición fué diezmada; que muchas veces se rechazó con éxito el ataque desigual; que la bandera oriental flameó hasta el último instante en el mas alto de los baluartes y que Leandro Gómez y Lucas Piriz sonreían al peligro en los primeros puestos de las avanzadas. Aquella desesperación trájica frente á la fatalidad era imponente. El fuego concentrado de muchos días y los cascos de metralla habían desplomado casi todos los edificios. Paysandú era un crater y en el seno de ese crater, debatiéndose indomables contra malditas adversidades coaligadas, estaban sus abnegados defensores. La hermosa ciudad de la víspera sería el sepulcro de las instituciones. El 2 de Enero de 1865 señala el último día del sacrificio. Agotados todos los recursos aconsejados por la temeridad y en momentos en que Leandro Gómez se disponía á contestar á una carta de los jefes sitiadores, pidiendo condiciones para la entrega de la plaza, fué rodeado por tropas brasileras á las que se entregó diciendo al oficial que las mandaba: « Bien, señor oficial, me entrego prisionero y solo pido garantías para los valientes que me han acompañado en la defensa de la integridad de la patria. Para mi no pido nada: quedo sujeto á las leyes de la guerra. » (1) Ampliamente garantido en su vida, así como también en la de todos sus com-

[1] Orlando Ribero.—*Recuerdos de Paysandú*, pág. 93.

pañeros, se le condujo por la calle 18 de Julio y bajo segura custodia con dirección al puerto. A medio camino fué detenido por el comandante Francisco Belen, quien, invocando órdenes del general Flores y del coronel Gregorio Suárez, pidió su entrega. Como se resistiera á ello el oficial brasilero, luego de discutir acaloradamente el punto, se preguntó al general Gómez cual era su deseo, á lo que éste contestó: « Prefiero ser prisionero de mis conciudadanos, antes que de extranjeros. » (1) Entregado entonces con los oficiales que lo acompañaban al siniestro Belen este los llevó por la calle Comercio para detenerse en la trinchera de la calle 8 de Octubre, inmediata á la casa de la familia de Sacarello. Estos datos los hemos tomado de una obrita recien publicada – *Recuerdos de Paysandú*, por Orlando Ribero — preciosa por la nobleza y la imparcialidad con que está escrita y por provenir de una persona de acentuada significación social que figuró entre los defensores de la plaza y que, en consecuencia, refiere lo que vió. En lo que resta del triste relato dejamos en el uso de la palabra á quien tiene sobrada autoridad para ilustrarnos al respecto: « Allí demoraron un largo rato, esperando órdenes, según decía Belen. En este intérvalo de tiempo se disgregaron algunos de los prisioneros, sacados de aquel grupo por amigos que militaban en las fuerzas contrarias, entre ellos el mayor Belisario Estomba, quien, debido á ésto, salvó su vida, como

[1] Orlando Ribero.—*Recuerdos de Paysandú*, pág. 94.

igualmente los demás que tuvieron la suerte de encontrar quienes los sacasen de aquel grupo destinado á ser sacrificado. »

En Paysandú, como en Quinteros, hubo algunos espíritus piadosos que supieron interponer sus oficios en favor del hermano vencido. ¡No todo sería arrasado por el instinto cruel!

Prosigue el señor Ribero: « Al cabo apareció un ayudante ó jefe, quien trasmitió ordenes en voz baja, siguiendo despues la marcha calle 8 de Octubre abajo, hasta nuetra casa paterna situada en la misma, esquina á Treinta y Tres. Llegados los prisioneros, que habian quedado reducidos á cinco, á esta casa, los instalaron en la caballeriza. Momentos después vino otro jefe, el comandante García, sobrino del coronel Suarez, y pidió al general Gómez que lo acompañase. Fué conducido al comedor donde se hallaba reunido un titulado Consejo de Guerra. Después, por referencia del coronel don Eustaquio Ramos, supe que don Isaac de Tezanos se encontraba en ese grupo de ajusticiadores. De alli fué sacado momentos después y llevado al huerto, donde fué fusilado contra la pared de la casa que daba frente al oeste, al costado izquierdo de la salida. »

Idéntica suerte tuvieron el comandante Eduviges Acuña, el comandante Braga, y el capitán Federico Fernández.

« Los cuatro cadáveres de los jefes fusilados, continúa, fueron sacados del huerto y puestos en fila en

el patio de la casa. Nuestro padre entró á ella horas después y se encontró con aquel espectáculo. Al cadáver del general Gómez le habían cercenado la larga pera que éste usaba. Volvió después con el propósito de darles sepultura en la misma casa como lo había hecho con su hijo Pedro en el corralón, al costado de la Jefatura; pero ya no los encontró: los habían conducido al cementerio arrojándolos al osario general, confundidos con infinidad de otros hacinados.»

Ha merecido la pena prestar hospitalidad á estos párrafos que abren ancho rumbo á la luz y que ratifican definitivamente versiones, ya conocidas por otros conductos. Si los representantes más ilustres de la defensa sufrieron suerte tan aciaga puede imaginarse cuantos excesos, cuantas infamias, cuantas víctimas se propiciaron en día tan infausto para el honor nacional.

Narrado en síntesis el viril episodio, para que su significacion resplandezca, ¿hay acaso necesidad de ponerle comentario? No; Paysandú es una fulgurante estrella de nuestra historia y á las estrellas se las ve siempre; sin que sea indispensable alzarse en puntillas. En cuanto á la culpa de los autores de los fusilamientos referidos, ella es tremenda ante el fallo de la posteridad. Pero las mismas observaciones apuntadas al condenar la masacre de Quinteros tienen sitio oportuno al condenar la masacre de Paysandú.

Las pasiones, desatadas hasta el paroxismo después de dos años de lucha, el rencor fanático del

momento, las incongruencias de la época, que era dura, la práctica habitual del atentado, condujeron á la consumación de tan grave error. Como sobre don Gabriel Antonio Pereira, el 2 de Febrero de 1858, sobre el general Venancio Flores, el 2 de Enero de 1865, se acumula la responsabilidad creada por el sangriento suceso. El, como jefe superior de las fuerzas orientales, y mucho más después de la masacre de la Florida, que había conmovido á la opinión sana del país, debió impartir ordenes terminantes para hacer efectivo el respeto á los prisioneros. No lo hizo y muchas veces se habrá arrepentido luego. El drama de Paysandú, como su gemelo el drama de Quinteros, obedeció á inspiraciones superiores. Si en el segundo caso citado es cosa sabida que la orden de ejecutarlo partió del Presidente de la República, en lo que refiere al primero todas las presunciones lógicas permiten suponer que el fusilamiento de Leandro Gomez y de sus compañeros se hizo por mandato directo del general Flores. A no mediar la autorización expresa de éste, ¿acaso se hubieran atrevido dos jefes subalternos á proceder por su cuenta en asunto de tanta responsabilidad? ¿No se desprende de la versión moderada y correcta del señor Ribero, que Belén pidió los rendidos invocando los nombres de Flores y Suárez; que luego los detuvo un largo rato esperando órdenes; según decía, para someterlos, una vez que éstas llegaron, á un pseudo

Consejo de Guerra y fusilarlos en seguida? Por lo demás, ¿se simuló siquiera el castigo de Belén?

Es oportuno recordar que la muerte ya estaba prometida á Leandro Gómez, desde hacía un mes, como lo prueba acabadamente el documento que copiamos íntegro en seguida: «El General en Jefe del Ejército Libertador.—Cuartel General, frente á Paysandú. —Diciembre 3 de 1864.—El abajo firmado, general en jefe del Ejército Libertador pone á V. S. de plazo para la entrega de la plaza con su guarnición y todos los elementos de guerra que ella contiene, hasta pasado mañana 5 del corriente, á la hora de salir el sol.

Efectuada la entrega de la plaza, los jefes y oficiales de esa guarnición obtendrán sus pasaportes para el paraje que designen, pudiendo permanecer en el seno de la República los que así lo soliciten. Vencido el plazo fijado y procediéndose en seguida al ataque, V. S. pagará con su vida las consecuencias y desastres que puedan ocasionarse. Para concluir, diré á V. S. que para evitar que las familias sufran algún daño debe V. S. notificar á la población lo antedicho, pudiendo disponer de todo el día de mañana las personas que quieran dejar la ciudad.—Dios guarde á V. S. muchos años.— *Venancio Flores.*»

Como es natural, teniendo presente lo ocurrido en la Florida y cumpliendo su deber militar, Leandro Gómez rechazó airado esta primera intimación como también las sucesivas. No es de extrañar que enardecido el general Flores por las dificultades del sitio y

por los esfuerzos sobrehumanos que le costó la victoria, ordenara, en el primer momento, se cumpliera la severa advertencia. Tal vez, más tarde, él fué el primero en condenar aquella enorme injusticia.

La defensa de Paysandú es quizás el hecho más glorioso que registran los anales de Sud-América. Por encima de los antagonismos de partido ella resalta como una de las más sublimes inmolaciones en aras de la libertad de la patria hollada por el extranjero. Aunque algunos oidos imperfectos se resientan con el éco de estas declaraciones ya es llegado el tiempo de conceder á ellas el brillo de las veidades inconcusas.

En Paysandú se humilló la dignidad de la patria y también la dignidad de las instituciones; en Quinteros se sacrificó la dignidad de las instituciones.

Paysandú es un suceso de la vida internacional de nuestro pueblo; Quinteros señala una catástrofe de nuestra vida interna. Aquí y allá se alzaron dos patíbulos; aquí y allá cayeron injustamente víctimas ilustres; aquí y allá se engendraron inmensas desgracias y vergüenzas políticas.

Las opiniones más contradictorias deben aproximarse en estas críticas, que no admiten controversia, enalteciendo así nuestro carácter y fortificando nuestra conciencia colectiva, todavía vacilante.

Cerramos este capítulo con las mismas palabras tranquilas usadas al terminar nuestro juicio sobre Quinteros:

—Sea como fuere, que jamás se repitan escenas tan lúgubres; que cuanto antes el olvido y la piedad borren de nuestro presente la huella amarga de los odios del pasado; y que la juventud del día, sin distinción de partidos, practique el culto de la verdad, sorda á las mentiras convencionales dictadas por la pasión, condenando lealmente hechos sombríos como el que venimos de narrar!

La intervención brasilera de 1865 y la guerra del Paraguay

El afán de producir, de cualquier modo, la caída del gobierno, condujo á dos extremos deplorables, señalados por el epígrafe de estas líneas: la intervención brasilera y la guerra del Paraguay. He ahí dos grandes y profundos errores que evidencian hasta dónde conducen las pasiones políticas cuando ellas se sobreponen á la razón. Ya antes hemos dicho que el movimiento armado de 1863 no tuvo causa justificada, á menos que se busque aquella en detalles, sin importancia, de susceptibilidad partidaria. También algún comentario hemos adelantado sobre cuál era la situación del país y cuáles sus anhelos y sus perspectivas de ventura cuando de nuevo conmovió la guerra civil nuestras campañas. Después del año 1851, que señala un luminoso punto de partida, en 1860 se intentaba el tercer ensayo de regeneración pacífica. En 1853 el nefando motín del 18 de Julio puso término sangriento á una administración pura y auspiciosa.

Tal vez en la benevolencia característica de don Juan Francisco Giró y en su sinceridad de móviles y de conducta tuvo origen aquel desahogo triunfante de la soldadesca.

Vueltas las cosas á quicio y empezando otra vez á laborar de nuevo, estalla la protesta frenética de los despechados en sus ambiciones y se esteriliza

otro esfuerzo noble con el acto censurable de Quinteros. Tal vez en 1858 la exagerada rigidez de procedimiento de don Gabriel Antonio Pereira, que creyó apagar perniciosas agitaciones con un instante de severidad siniestra, dió motivo al mencionado fracaso.

En 1860 se aborda el tercer intento. Obrando con mayor sabiduría se llevó al gobierno á un ciudadano de condiciones sobresalientes de inteligencia, de mucho carácter, pero además de mucha cordura y por lo mismo capaz de afrontar sin pestañear y sin cólera las más difíciles eventualidades. Quien abogara por el olvido de los rencores de antaño, quien repudiaba de la política militante las divisas ensangrentadas de otrora, quien había querido abrir nuevos rumbos al curso de las ideas y quien discernía tan sensatamente sobre los más intrincados problemas nacionales era el indicado para tomar con sus fuertes manos la caña del timón. El pueblo no padeció error al pensar que estaba en presencia de su hombre. Elegido, en condiciones de irreprochable legalidad, Berro empuñó las riendas del mando supremo para acreditar bien pronto el vuelo de su pensamiento. Nada se le podía imputar: ni pecaba ni dejaba pecar, al punto de que, después de muchos lustros corridos, aún se recuerda su período como una época de positivas felicidades. Su lema en todos los órdenes de la gestión pública fué una firme honradez. Pero el conflicto estaba decretado y era premioso provocarlo cuanto antes.

Así, pues, nada extraña la invasión de 1863 que desplegó una curiosa bandera de liberación partidaria y eclesiástica. ¡El despotismo de don Bernardo Berro (!) serviría de pretexto á la Cruzada. A pesar de sus hábiles recursos de guerrillero y de la torpeza incalificable de los generales gubernistas; á pesar de los éxitos de Vera y de Coquimbo, el general Flores no conseguía el fin perseguido: si el gobierno no lo vencía á él, él tampoco podía vencer al gobierno. No escapó á su vista que mientras estuviera en vigencia su sistema de correrías, muy ingenioso, pero de resultados muy deleznables, el propósito definitivo permanecería intangible. Ese convencimiento, hábilmente explotado trajo, como consecuencia inmediata y directa, la alianza con el Imperio del Brasil. Prueba mejor que nada la importancia decisiva que ella tuvo para la revolución, vacilante y sin cuerpo estable hasta entonces, el hecho de que, enseguida de realizada, el general Flores alcanzó la victoria. Fué el ejército brasilero, fuerte de diez á doce mil hombres, el que rindió á Paysandú, después de destruirlo con sus potentes cañones; fué la escuadra brasilera la que anuló á los pocos buques de guerra orientales, dando así motivo á la hazaña romancesca del *Villa del Salto*, incendiado por su comandante el bravo Pedro Rivero antes de entregarlo al enemigo; fueron dineros brasileros los que consumaron la ingrata empresa. Presentando un contingente tan poderoso, el triunfo era solo cuestión de días.

El 20 de Febrero, por contraposición irónica á aquel otro 20 de Febrero de 1827, las tropas imperiales, confundidas con las tropas revolucionarias,—libertadoras, ¿no es?—ocupaban á Montevideo, último baluarte esta vez, como en 1843, de la legalidad. Antes de entrar al fondo de la crítica debe preguntarse ¿tuvo motivo justificado la intervención extranjera de 1865? No, y mil veces no. Así, rudamente, lo manifestamos porque se impone decirlo con fiereza cuando el extravío de los partidos pretende glorificar sucesos vergonzosos que señalan nuevas y lamentables aberraciones del patriotismo oriental. La prevención, el odio del Brasil monárquico á nuestra nacionalidad era asunto conocido. La herencia lusitana estaba bien recogida y aumentada en manos de los descendientes que, siempre astutos y utilitarios, supieron hacer retoñar los incalculables beneficios de sus negociaciones territoriales con España, suscribiendo los para nosotros dolorosos tratados de 1851. Ellos habían aprovechado entonces nuestras desgracias! De manera, pues, que el Brasil, bajo todos conceptos,—por desemejanza de sistema de gobierno, por tendencia y por antecedentes,—figuraba en el número de nuestros más terribles y despiadados acreedores internacionales. De consiguiente, después de zafarnos de su pesada tutela, que poseía todos los atributos de una dorada esclavitud, ¿era patriótico solicitarla de nuevo abriendo una era de calamidades locales de la peor especie? Ningún espíritu desprevenido y recto

se inclinará á la afirmativa. Vamos todavía más lejos: aún en el supuesto de que el gobierno de don Bernardo Berro fuera culpable de grandes atentados internos, nada hubiera justificado jamás la alianza con el poderoso vecino y porfiado enemigo tradicional. En tésis general, las intervenciones extranjeras son desdorosas, son fatales para los Estados que en un momento de anemia cerebral llegan á propiciarlas. Su amparo tendrá siempre las bondades envenenadas de la sombra del manzanillo. ¿Y si comentando la conducta política de don Manuel Oribe hemos censurado acerbamente su alianza á los argentinos en 1843, en épocas de emancipación en cierto sentido preliminares, cuando recién amanecíamos en el concierto de las naciones, ¿cómo no ser tan severos, más severos, con el general Flores que, veinte años después, comete idéntico error y ocurre á idénticos expedientes ilegítimos y oprobiosos de triunfo?

Pero el reproche adquiere mayor acento al recordar la irritante injusticia que presidió á la intervención, tal vez la mas audaz, la más innoble que recuerdan las cancillerías de este continente. Al gobierno de Rio Janeiro le convenía enormemente la caída de la situación constitucional creada en el Uruguay en 1860. Concurrían á redondear ese interés la hábil política exterior del presidente Berro, que después apreciaremos, y sus conocidas vistas sobre la cuestión paraguaya, ya sobre el tapete. En esa virtud no descansó en el empeño diabólico de entorpecerlo

en su marcha regular. No poco hizo en tal sentido, prestigiando y apoyando de manera oficiosa el movimiento encabezado por el general Flores, con violación flagrante de la neutralidad. Pero estas incorrecciones no habían sido bastante eficaces, pues el gobierno oriental, como se sintiera débil en sus elementos materiales y procediendo con verdadero buen juicio, tuvo el tino de no hacer mayor ruído alrededor de semejantes ofensas á su estabilidad. Notando el Imperio que su actitud provocativa no era tomada en cuenta y ansioso de llegar á una solución de fuerza, aumentó sus desafíos. El caso era traer el choque aprovechando la ocasión que hacía aún más calva la complicidad placentera en el atentado del gobierno argentino presidido por el general Mitre. A ese efecto se presentó á la autoridad oriental una série de reclamaciones, á cuál más fantástica, sobre daños y perjuicios inferidos á súbditos brasileros, en su mayoría desconocidos ó de domicilio en los departamentos fronterizos, aún á la fecha difíciles para la vigilancia policial. Para exhibir en todo su lujo aquella inícua gestión diplomática, monstruosa en sus pretensiones, basta hacer presente que en 1864 se exigía satisfacción por agravios reales ó fantásticos, ocasionados á particulares á raíz de 1851, y aún á sujetos que aparecían como reclamantes ante su legación y que luego se comprobó irrecusablemente que habían fallecido largo tiempo atrás. Desesperante situación la de un gobierno así acosado por un coloso que hacía

burla sangrienta de los principios internacionales más rudimentarios en su deseo, que ya no disimulaba de llegar á un rompimiento!

Aunque convencido de la perversidad del propósito final, aun sabiendo que en aquellas terribles circunstancias nada podrían las pruebas acumuladas de buena vecindad, el gobierno oriental se preocupó de exhibir en el terreno de las ideas la sinrazón de los insidiosos ataques que se le dirigían por un poder extraño. Además de reducir á mínima expresión los reclamos interpuestos, despues de muchos años de abandono, se contestó presentando á la Cancillería brasilera una nómina mucho más abultada de ciudadanos orientales perseguidos y agraviados en territorio imperial.

Pero todo era tiempo perdido: estaba escrito que la administración regular uruguaya caería como preámbulo á la guerra á seguirse contra el desdichado Paraguay! El primer acto del drama iba á empezar. El 4 de Agosto de 1864 el consejero Saraiva—uno de los estadistas más capaces del Imperio — acreditado en misión diplomática especial cerca de ésta República, presentó el famoso *ultimatum* con promesa de invasión inmediata y de bombardeo en regla para el caso de no ser atendidas sus incalificables pretensiones «dentro del plazo improrrogable de seis dias.» En aquellas horas de épicas angustias, el gobierno tuvo suficiente entereza para desestimar las brutales imposiciones del Imperio en la forma textual siguiente: «Devuélvase original por inaceptable, en la forma y

en el fondo la nota conminatoria» La circunstancia de haber ocupado entonces el doctor Juan José de Herrera la cartera de Relaciones Exteriores nos quita libertad para apreciar estos sucesos tan culminantes. Veámos lo que dice á su respecto un cronista muy apreciable: «El gobierno del señor Berro discutió con altura la sin razón de una reclamación que llevaba todas las proporciones de un *ultimatum*. El Ministro de Relaciones Exteriores Oriental, hizo más que defender en el terreno de la diplomacia nuestro derecho, evidenció al mundo americano lo que jamás había visto y á todos los agentes diplomáticos residentes en la República probó que los puestos é individuos que se presentaban como víctimas de atropellos de otras administraciones, no habían existido jamás, que eran imaginarios, que en ninguna parroquia del universo existía su fé de bautismo; y moralmente corrido ante el Cuerpo Consular de la república el representante del gabinete de San Cristobal se fué á Río á mandar al Plata «*otra manifestación*» más aparente para darle un pretexto de legalidad á la guerra, que venía, pues se quería que fuese nuestra república un punto de apoyo en las operaciones para abastecer las armadas y ejércitos de la futura alianza contra el Paraguay». (1)

Vencido el término fatal señalado, el ejército brasilero cayó, como una avalancha, sobre nuestras

(1) Luis Santiago Botana — *Rasgos de Administraciones Nacionales* — Página 38.

campañas que fueron entregadas al saqueo. Se trataba de país conquistado. En 1865, como en 1816, todo lo arrasó la ola irresistible venida del Norte; en tiempos de Aguirre, como en tiempos de Artigas, la nacionalidad estuvo á punto de perecer. Leandro Gómez encarna entonces las fierezas autonómicas de los descendientes de los charrúas, y, heredero del delirante patriotismo del Libertador, renovó las gloriosas epopeyas de la bandera tricolor. La musa incomparable de Olegario Andrade ha engarzado la memoria de su sacrificio inmortal en un torrente de magníficas estrofas.

Como puede apreciarse, en el concepto oriental nada justifica, nada atenúa la iniquidad de la intervención imperial. Por el contrario, á medida que el tiempo pasa resalta más odiosa la conducta seguida por el Brasil con nuestro país, aprovechando la amargura de nuestras dificultades internas.

Es indudable que al Estado Oriental, dada su posición en el continente y dada su pequeñez territorial relativamente á sus vecinos, jamás puede convenirle embarcarse en aventuras capaces de comprometer la seguridad de sus espléndidos destinos. Es también indudable que á la altura de adelanto político á que hemos llegado, nada, ningún agravio, ninguna protesta colectiva, por fundada que sea, tiene el derecho de solicitar el apoyo del extranjero para imponerse. Bastaría golpear en las fronteras, buscando auxilios oficiales malditos, para convertir en criminal á la más

santa de las reivindicaciones. Por fin hemos aprendido á profesar el culto impersonal y purísimo de la patria, por encima, muy por encima, de los cultos bastardos de divisa. Pero si en lo que dice al presente ya está hecha la conciencia pública sobre las intervenciones, es necesario hacer extensiva al pasado la crítica de los mismos. Por supuesto que él debe ser atemperado en homenaje á los tiempos y á las corrientes desorientaciones del espíritu colectivo, trabajando por toda clase de falsas inspiraciones y de caries. Mas se impone hacer un dogma de estas doctrinas salvadoras y castigar, como viril enseñanza, las violaciones que ellas han tenido en épocas rudas, dominadas por el furor de cien huracanes.

Adictos á ese criterio igualitario de equidad, hemos censurado en estas páginas las conmixtiones con el extrangero que en distintos momentos de su existencia han aceptado los partidos orientales, el blanco, hoy, el colorado, mañana, dejando con esos actos la huella de grandes vergüenzas y dolores nacionales.

¿Escapa la revolución del general Flores á esa crítica severa? ¿No entraña la más lamentable y audaz de las aberraciones eso de llamar Cruzada Libertadora á un movimiento reaccionario que obtuvo su triunfo por gracia y merced del Brasil, que prestó al efecto diez ó doce mil soldados monárquicos y que bombardeó á Paysandú para aumentar el catálogo de las nativas glorias?

Concedemos á la pasión política el derecho de in-

quirir y de encontrar antecedente legítimo al esfuerzo revolucionario de 1863, pues si todos pensáramos del mismo modo no habría entre nosotros partidos de ruta divergente en cierto sentido. Pero negamos á esa misma pasión política la regalía de adulterar la historia y de ofender la dignidad de la patria prestando su aplauso á la alianza del general Flores con el Emperador don Pedro II, dirigida contra el gobierno de su país, contra el hermano. Por muchas vueltas que se le dé al asunto esta fusión, como la del general Oribe con el gobierno argentino, debe levantar críticas unánimes y aleccionadoras.

¿No se llega hasta á condenar las intervenciones francesa é inglesa, propiciadas por el gobierno de la Defensa, próximo seguramente á la legalidad y á los verdaderos principios?

Provoca estas reflexiones sinceras la lectura de libros recientes de dos aventajados y buenos amigos nuestros de filiación colorada. Uno de ellos, el teniente de artillería José Luciano Martínez, escribe: « Se acercaba, entretanto, el fin de la gloriosa revolución. La actitud del gobierno blanco con el Brasil había obligado á éste á tomar represalias (!) invadiendo la República con sus ejércitos y movilizando su escuadra con el mismo objeto. Los que hablan de las intervenciones extranjeras se olvidan, en este punto, de que aquel gobierno, á raíz del rompimiento con el Brasil, gestionó oficialmente una alianza con el tirano López del Paraguay, quien, después de protestar

contra el Brasil, preparó su ejército y se dispuso á tomar la ofensiva. La anarquía interna, las consecuencias de una série de revoluciones y de desgobiernos, unidos á estos gravísimos conflictos internacionales, ponían nuevamente en peligro la independencia de la República, su existencia de nación. En tales circunstancias no son seguramente los que produjerón esa situación con sus torpezas y sus crímenes, los que pueden hablar de amor á la libertad y á la independencia del país: ese amor lo probó, en cambio, el general Flores al unirse con el Brasil (!!!) para destruir los restos del desgraciado gobierno que invocaba la representación nacional, al restablecer la paz y la concordia (!) en el interior y estrechar los vínculos fraternales con aquel país y la argentina, obteniendo así la mejor y eficaz garantía de la nacionalidad. (!!) » (1)

¿Puede darse algo más estupendo? ¿Qué extremos y que errores políticos no alcanzan glorificación midiéndolos con el metro de tan deplorable extravío? Quedamos enterados: El general Flores abonó amor á la independencia bombardeando á Paysandú con cañones brasileros!

Dice á su turno en un laborioso folleto, el bachiller Carlos Oneto Viana: «Está por demás decir, que yo acepto la cruzada del 63 con todos sus vicios y sus defectos. Indiscutiblemente vino á operar en el país una nueva faz política y social, que significa, bajo

José Luciano Martínez—*Vida militar de los generales Enrique y Gregorio Castro,* pág. 190.

todo concepto, un evidente progreso comparado al régimen anterior. Yo acepto también la alianza con los brasileros *en las condiciones y de la manera como se produjo. (!)* Comprendo que no está perfectamente justificada por su moralidad. Fué sin embargo, una medida política de gran trascendencia, que si comprometió al país en aventuras peligrosas—que no aplaudo y que pudo evitarlas—vino no obstante á asegurar nuestra independencia (!!!) irremisiblemente perdida si se abandona al Imperio solo la lucha! » (1)

He aquí nuevas y singulares sorpresas de la crítica: la intervención brasilera, brutal y deprimente, como todas las fusiones de ese género ingrato, vino á « asegurar nuestra independencia » ! ¿Es posible contestar á doctrinas tan sacrílegas, cuando semejantes brumas oscurecen el intelecto? De todos modcs, imaginamos la respuesta. Con el gesto triunfador de quienes oponen un argumento incontrastable nos dirían aquellos estimados escritores: que así fué, que nuestra autonomía y nuestro decoro de pueblo libre se salvaron arrancando del poder al sanguinario partido blanco, á los perversos autores de la hecatombe de Quinteros, á las hechuras del degollador, del miserable Oribe, deshonra y aberración de nuestra raza; que entre la calamidad que importaba este dominio político y la calamida de la humillación por el extranjero no cabía duda: ésto era preferible; que Paysandú cayó sin gloria y que los blancos estaban aliados con López, con

[1] Carlos Oneto y Viana—*El Pacto de la Unión*, pág. 127.

un horrible tirano. El falso estribillo de siempre al que es delito verdaderamente imperdonable que se sigan adhiriendo hombres jóvenes y de facultades distinguidas. Empecemos de una vez á mirar sin lentes engañadores á ese pasado nuestro que posee vigor y volúmen de cordillera.

Por otra parte, se incurre en pecado de impenitente candidez cuando se avanza que el Brasil al aceptar la alianza con los revolucionarios de 1864 lo hizo guiado por móviles altruistas y de sentimental nobleza. Eso de crear entrañas á la política internacional, con fines exclusivos de santificación partidaria, no necesita análisis para resultar disparatado, fuera de que la diplomacia imperial no en valde tenía fama conquistada por sus astucias de mercader y por sus trampas malabares. El Brasil hizo la alianza, primero, para destruir á un gobierno cuyas gestiones exteriores, audaces y prácticas, le eran altamente desagradables y después, para aumentar con un pueblo más el número de verdugos del Paraguay, para encontrar en los orientales—¡Suizos en otrora de tantas jornadas!—baqueanos en aquella combinada campaña, como lo dijo muchos años atrás, pensando y escribiendo en cruda prosa, el excelso poeta argentino Carlos Guido Spano.

Agréguese á estos gruesos beneficios el que entrañaba la reconquista de su perdida influencia en los asuntos internos de la siempre codiciada ex-provincia Cisplatina. Se sienta un absurdo soberano cuando se

opina que el dominio espiritual del Imperio sobre nuestro país no existió después de la alianza. Tal acerto va contra todas las presunciones lógicas, más aún, contra la misma verdad. ¡Como para quedarse atrás por corto de genio era el oficioso amigo! Encaja bien á esta altura una frase gráfica del doctor Andrés Lamas, ministro en Río Janeiro de la nueva situación, quien concluía una nota así: «Représentant d'un pays dont on m'a si cruellement fait sentir la faiblesse dans ma présent mission; représentant de'un gouvérnement *que le Brésil considére comme sa créature*...» Estas palabras, llenas de color, denuncian hartazgo de humillaciones. A peso de oro cobró el Imperio su comisión. Después de utilizarnos todavía nos despreció.

En nota de 28 de Enero de 1865, manifestaba el general Flores al ministro Silva Paranhos, ocupándose de la alianza: «Ella existe desde ha mucho tiempo en los sentimientos y en las conveniencias recíprocas; hoy existe también en los hechos, porque el triunfo de Paysandú fué sellado con la gloriosa sangre de los bravos de una y otra nacionalidad.» Las conveniencias brasileras, ya lo creo, ni que hablar; pero, ¿y las conveniencias orientales? ¿Cuales fueron ellas? Concedido que el triunfo de la revolución satisfizo una conveniencia de bando, más no de la patria. Confesemos que si llevarnos de vanguardia á asesinar á un pueblo viril y amigo nuestro, y si volvernos á los tiempos de la tutela del vecino, tan jus-

tamente combatido por Artigas, significó una ventaja nacional, nosotros padecemos enorme error al expresarnos de esta manera. Antes de cerrar la apreciación rápida de este asunto es procedente declarar que apesar de sus grandes errores de la época comentada y á pesar de su intervencion en acontecimientos lúgubres, el general don Venancio Flores era un tipo atrayente de caudillo y poseía sentimientos levantados. Basta ver un retrato suyo para encontrar inmediatamente en aquella fisonomía abierta y leal rasgos enérgicos de bondad. El nunca mereció morir victimado como lo fué por sus propios correligionarios.

La guerra del Paraguay señala la memoria del crímen internacional más grande que se haya consumado en la América del Sur.

¿No nos conmueve la historia del despedazamiento de Polonia, puesta en poste de crucifixión por tres potencias europeas? Pues la República Paraguaya, que en 1865 fué mutilada en su acepción territorial y autonómica, que padeció entonces lo indecible, que perdió sangre, riquezas, y esperanzas, hasta casi morir, reproduce en el lienzo continental el espectáculo de aquel bárbaro despojo. El drama paraguayo no es otra cosa que la leyenda polaca de nosotros los sudamericanos, pero acentuada en sus perfiles odiosos con mayor número de estrofas de dolor y de ignomi-

nia. Fueron pueblos hermanos, recien salidos de la misma cuna,—excepto el Brasil—los que enclavaron á la joven nacionalidad, cuando ni siquiera existía la disculpa de impuestas expansiones en virtud de un pletórico aumento de habitantes. La estadística ofrece datos de horrorosa elocuencia sobre los resultados de la guerra. Antes del choque el Paraguay poseía una población próxima á un millón y medio; después aquella no alcanzaba á cuatrocientas mil almas, en su casi totalidad mujeres. Los hombres, culpables de ardiente patriotismo, habían caído segados por la metralla y por el cuchillo de los aliados como caen las hojas de los árboles bajo el azote inclemente del huracán. Por muchos años la falta de elementos masculinos no permitió formar hogar á las valerosas mujeres de la tierra hermana.

¿Acaso la actitud desesperada de los boers á la fecha, grandiosos en su desigual ofensiva, aventaja á la actitud extraordinaria del pueblo paraguayo que inmoló todo al afán santo de libertad?

El interés de disimular la iniquidad de 1865 ha llevado á los escritores de estos países á presentar al Paraguay, al tiempo de la alianza, en condiciones de la más acabada barbarie y anarquía. Mucho se mistifica en ese sentido. En la época que tratamos el Paraguay era una potencia de verdadera importancia. No vamos á hacer un entusiasta elogio de la índole excepcional de los gobiernos allí corrientes, revestidos de apariencias dictatoriales y dinásticas, pero es

indudable que ellos consultaban las exigencias especiales de una sociedad rudimentaria en cuanto á la preparación y cultura de sus muchedumbres. Por lo demás, empujaba las tendencias en aquel rumbo, con fatal energía, la herencia sedentaria y disciplinada de las Misiones jesuíticas. Y pensándolo bien, ¿no era más lógico, más adaptado al medio, ese expediente de las dominaciones fuertes y dilatadas que el otro famoso prohijado por los principales hombres de Mayo, en momentos de desvarío, de favorecernos con el ingerto de reyes exóticos y desacreditados? El doctor Francia, una personalidad de curiosísimo relieve, dió á su país días de absoluta tranquilidad que si bien no fueron propicios al progreso de las ideas prepararon en cambio el desenvolvimiento de las riquezas locales

Antes de esta administración, ya la derrota campal del general Belgrano, enviado en 1810 en misión redentora al Paraguay, había cerrado el país, ya de sí aislado, al contacto argentino. Don Carlos Antonio López siguió la misma ruta política abierta por su extraño antecesor.

En 1851, el Paraguay contesta con una negativa á la invitación que se le dirige para colaborar en la campaña contra Rozas, acreditando así una visión clara de sus conveniencias vitales (1). El mariscal Francisco Solano López ocupó el poder en circunstancias en que los horizontes internacionales de su país, empezaban á oscurecer. Aunque esencialmente autoritario

(1) Mariano A. Pelliza.—*La Dictadura de Rozas.*—Pág. 441.

en sus procedimientos, era el mencionado un hombre de exquisita cultura personal que había recibido educación en Europa y que venía de frecuentar los salones del Emperador Napoleón III. Atento á las necesidades de su pueblo que—preciso es no olvidarlo—se agitaba en un medio semi-bárbaro, debido á muy explicables circunstancias ambientes, el mariscal López se preocupó de dotarlo de numerosos adelantos mereciendo muy especial atención los de índole guerrera. Él sabía que el choque con sus poderosos vecinos era inevitable, dados ciertos antecedentes acumulados, y en virtud de esa convicción no descansó en su celo defensivo. No nos es posible, ni lo permiten nuestras fuerzas, seguir en todas sus faces las preliminares del drama. Sólo constataremos que la República Argentina y el Brasil, alarmados ante la potencia bélica de la nación paraguaya, incrustada á mansalva en sus fronteras, resolvieron llevarla á la guerra para quebrarla. Ese es el fondo del asunto, aunque las cancillerías y determinados sucesos presenten como ofensor al que luego fué agredido y abrumado.

En esa alianza entró el Estado Oriental. Mejor dicho, se le obligó á entrar, como una consecuencia de la intervención brasilera en favor del general Flores y de su partido político. Un contingente de 2.000 hombres marchó al país de los esteros para dejar testimonio en el exterior, con lujo de bravuras, del valor intrínseco para el sacrificio heróico de la raza nuestra.

Los paraguayos defendieron como leones el territo-

rio de sus mayores. Tal vez exasperados por tan ruda resistencia los aliados llevaron adelante la guerra en condiciones terribles: la humanidad se desterró, por enojosa, de los campos de batalla. De paso y estudiando un caso concreto conviene abonarlo así. Para el efecto aprovecharemos un interesantísimo artículo histórico de nuestro compatriota el señor Doroteo Márquez Valdez, (1) de rectificación á datos evidentemente falsos sobre la pelea del Yatay que estampa en su libro, *Efemérides Uruguayas*, don Orestes Araújo, un profesor de instrucción pública que por su cuenta y riesgo y en homenaje á estrechas pasiones de partido se ha permitido adulterar, de la manera más torpe, nuestras tradiciones políticas. En el precitado estudio prueba el señor Márquez Valdez, en la forma más irrefragable, que en el Yatay chocaron, bajo las órdenes del brigadier general Flores, 9.500 aliados con 3.000 paraguayos mandados por el coronel Duarte. La acción duró una hora, de once á doce de la mañana del día 17 de Agosto de 1865. Sin embargo, 1.700 cadáveres de los últimos quedaron sobre el campo contra 250 muertos de los aliados. ¿Es creíble que esa desproporción se produjo sólo durante la pelea? Sería absurdo suponerlo así: Yatay fué una espantosa carnicería. A ese respecto escribía el mariscal López al general Mitre: «la bárbara crueldad con que han sido pasados á cuchillo los heridos del combate del Yatay... no han sido bastantes á ha-

(1) Doroteo Márquez Valdez—*Rectificaciones históricas.*

cerme cambiar la firme resolución de no acompañar á V. E. en crímenes tan bárbaros y atroces.»

Habla el coronel Centurión en sus *Memorias:* «Los aliados, después de terminado el combate, mancharon sus armas con atrocidades inauditas, que la pluma se resiste á referir.» Exponía, finalmente, el diario *Evening Star*, de Londres, de 24 de Diciembre de 1865: «Yatay es un nombre que entraña un sentimiento de horror para todos los que vieron el campo de batalla despaés del 17 de Agosto. Aquello era un espectáculo horrible! — Mil cuatrocientos paraguayos yacían en tierra sin recibir sepultura, y la mayor parte de ellos apretándose con las manos las gargantas que tenían degolladas!... ¿Cómo se pasó aquello?... Es que fueron hechos prisioneros y después de desarmarlos los degollaron, abandonándolos sobre el campo de batalla, en tanto que los más jóvenes fueron salvados para distribuirlos como esclavos... »

La guerra concluyó con el anonadamiento de la raza perseguida. ¡Claro está; cuando se cumplió al pié de la letra la ley de exterminio alli también pudo exclamarse siniestramente: «la paz reina en Varsovia.» Si; la paz de los sepulcros, dominó en el esquilmado Paraguay!

¿Obtuvo nuestra República algún beneficio cooperando á esa obra de maldición? Absolutamente ninguno. Ante todo, veamos los argumentos forzados que se han tegido para justificar nuestra complicidad en aquella gran heregía internacional. López era un dés-

pota, se dice, y había que libertar á su país de su férrea dominación. Fuera ó no exacto el carácter odioso asignado al referido gobernante, merece recordarse el tinte especial de la emancipación política del Paraguay. El temperamento manso y tranquilo de sus habitantes respondía á una idiosincracia esencialmente negligente y de tendencias sedentarias, fomentadas en su tiempo por el arraigo de las doctrinas jesuíticas. Un pueblo que pasara su infancia entregado á ejercicios religiosos, abdicando su entidad y el manejo de sus más elementales intereses en manos de una Orden, mal podía desempeñarse por su cuenta cuando el contagio de santos ideales atravesó sus fronteras y venció también allí á la autoridad emanada de España. Extinguida una tutela, más que por esfuerzo propio por imposición irresistible del momento histórico, era indispensable engendrar otra igual al poder caduco, más opresora que aquella, pero disfrazada con los atributos libertarios.

Y así el Paraguay, lanzado á la independencia antes de tiempo y en condiciones peores que las provincias próximas, cayó expontáneamente en los brazos tiránicos de don Gaspar Rodríguez de Francia para seguir durmiendo en plena ignorancia aún de las inquietudes fecundas de la adolescencia.

Los Lopez no marcan un paso adelante en ese sentido; pero la prueba de que su gobierno dictatorial era aceptado sin resistencias por la inmensa masa de sus compatriotas la encontramos en el cariño idolá-

trico que éstos les profesaron. ¿Inconciencia, sugestión ó servilismo? No podríamos precisarlo; pero ciertamente que la tarea de romper el engaño, de borrar el sofisma, ó de destruir la coyunda no podía pertenecer á los extraños. ¿Quién sostiene tan peligrosa é inaceptable doctrina? Los países se dan sus instituciones y crean sus fronteras y ponen en ellas marcos divisorios para que nadie ignore que hasta allí alcanzan los fueros de una soberanía y los derechos de una pujanza. Dentro de esos límites existe un organismo territorial independiente y son los moradores de esa zona los únicos llamados á resolver las diferencias que entre ellos surjan, de la manera que mejor les cuadre. Entendido que, en casos excepcionales, cuando las disputas caseras incomodan al vecino y hieren en forma positiva intereses suyos sagrados, nace la facultad de repeler esos avances. A pesar de lo defectuoso de su gobierno este no era el caso del mariscal Lopez. Malo ó bueno para los paraguayos—ellos adoran su memoria—no correspondía á las potencias inmediatas convencerlos de lo primero, fuera de que, por otra parte, ellas, que pasaban ó habían pasado por idénticas peripecias institucionales, nada luminoso podían ofrecer como ejemplo. ¿Los orientales, no acababan de aliarse con los brasileros haciendo de Paysandú un Gólgota de la democracia; esos mismos brasileros, no llevaban acaso el estigma de esclavos; y los argentinos, no soportaron veinte años el cautiverio rozista, no venían

de matarse, con trágico encarnizamiento, peleando por Urquiza y contra Urquiza?

Particularizando el asunto, ¿en qué molestaba, ni aún indirectamente, á la República Oriental el despotismo del mariscal López? Aun al presente el Paraguay es para nosotros una tierra desconocida á la cual solo nos vincula la leyenda sangrienta de una catástrofe. El caso del tirano de Buenos Aires se presenta muy distinto. A Juan Manuel de Rozas lo repudiaban sus mismos connacionales, al punto de que el clamor de una esperanza de liberación cruzó las campañas argentinas cuando el capitan general de Entre-Ríos recogió, para vengarlo, el agravio de dos generaciones. Urquiza mismo pidió la alianza con el extranjero, aplaudida con entusiasmo por la opinión pública de su país. En cambio, Francisco Solano López era sostenido y acatado por su pueblo que probó cuanto lo quería pereciendo en su defensa y pronunciando al morir su nombre mágico. Los paraguayos nunca pidieron la intervención armada para librarse de su mando. Rozas, más que una amenaza era un cuchillo suspendido sobre la cabeza del Uruguay; su prevención y su hostilidad nos pertenecía. López, nunca se preocupó de ofendernos, por lo contrario, existe constancia positiva de que nos profesaba profunda y explicable simpatía.

De manera, pues, que causa extrañeza oir afirmar á ciudadanos orientales que fué lógica nuestra ingerencia en la aventura.

En su citado libro, dice al efecto el señor José Luciano Martínez: « La voz de la justicia y del honor, desconocidos por el déspota paraguayo, congregó bajo una misma bandera á los tres Estados del Río de la Plata, los cuales iban á protestar, con las armas en la mano, contra la barbarie y el despotismo. » (1) El escritor no incurre en omisión geográfica al incorporar el Brasil á los Estados del Plata. ¿Acaso no lo era en 1865, por gracia bendita de la intervención? ¿Acaso sus cañones no brillaban al sol en las calles de Montevideo? Prosigue el amable cronista: « Para restablecer en el país hermano, sometido á una dominación oprobiosa, la libertad y el derecho, más que por vengar agravios, que también existían y clamaban venganza, se formó la Triple Alianza del Brasil, la Argentina y la República Oriental del Uruguay. » Vengarnos nosotros: ¿y por qué? ¡Agravios! ¿Cuál era más grande, el supuesto que nos dirigiera López desde su guarida ó el real, inferido por nosotros á nosotros mismos, al aceptar el concurso brasilero para exterminarnos fraternalmente?

¡Qué lamentable es que las ofuscasiones de partido lleven á nuestra juventud pensante á sostener tésis políticas suicidas! Y si mañana se ensayan por nuestros colosales vecinos, en las carnes del aliado de ayer, doctrinas de purificación interna, como las pulsadas para descuartizar al Paraguay: ¿qué diremos?

(1) José Luciano Martínez. — *Vida militar de los generales Enrique y Gregorio Castro.* — Págs. 192 y 193.

La protesta correrá riesgo de helarse en lábios que han aplaudido con entusiasmo la degollación de un pueblo justificándola á título de tratarse de una raza oprimida. El despotismo de López, se exclama. ¡Cuidado con ese argumento que lleva muy lejos! La prueba al canto: ¿no fué *el despotismo de Berro,* (sic) el que trajo la invasión brasilera? Pues el caso de tales extravagancias de lenguaje podría repetirse y sería insensato que la opinión nacional no se encontrará condensada y fuerte para dirigir sus fulminaciones á semejantes ensayos de bandolerismo.

También se han mentado, con acento acusador, las relaciones políticas de López con el gobierno de Berro. Se aventura: ¿si éste se alió con aquel, por qué no pudo aliarse á su vez el general Flores con el Emperador del Brasil? La respuesta á éste aserto nos lleva á señalar una de las aristas más brillantes de la administración nacida el año 1860: su gestión internacional. El afán de brevedad que preside á estas líneas no es tan imperioso que nos prohiba hilvanar dos párrafos sobre éste punto de tanto interés retrospectivo.

Todavía está poco esclarecido el conocimiento de la labor diplomática de la Cancillería Oriental durante el período apuntado. Cuando se haga el estudio concienzudo de la misma y se disipen ciertos prejuicios rancios, sin otra base que las pasiones de bando, entonces será necesario reconocer que el presidente Berro y los hombres de Estado que lo acompañaron

en su luminosa elaboración gubernativa, acreditaron singular clarovidencia en el manejo de nuestros asuntos exteriores. En efecto, desde su independencia nuestro país venía siendo juguete de las intrigas y pérfidas combinaciones vecinales, que se colaban audazmente por las fronteras en forma de intervenciones y de movimientos revolucionarios. Así se deslizaron los primeros treinta años de nuestra agitada existencia. El Brasil y la Argentina ejercían un dominio letal sobre esta nacionalidad llena de fragilidades internas. La indicada tutela, además de ser deprimente nada bueno prometía en lo futuro. Todos los patricios de pensamiento viril lo apreciaban de aquella manera. Si en un principio no poco se obtuvo conteniendo las voracidades terribles de los linderos, más adelante, una vez cristalizada y por ende bien definida la patria, era necesario hacer algo bueno y de mayor eficacia en su beneficio. Al presidente Berro cabe la honra de haberlo entendido así antes que ningún otro gobernante. Como lo hemos visto al extractar su programa, él conceptuaba que el verdadero provecho internacional de la República estaba en mantenerse aislada y, en caso de no poder continuar en esa situación cómoda, en vincularse á muchas otras potencias. Apartar nuestros destinos de la influencia brasilera, y de la influencia argentina, demasiado *fraternal*, fué el anhelo de aquel mandatario; pero cuando relámpagos cruzan la frontera anunciando graves conflagraciones, don Bernardo Berro fla-

mea decididamente su magnífico ideal de política externa, sintetizado así: oponer al formidable poderío argentino-brasilero otro poderío también formidable: el de los pueblos pequeños y otras fracciones semiautonómicas del Sur. A este proyecto genial, que algún día y en semejante ó distinto rumbo deberá reproducirse, respondió su aproximación diplomática al Paraguay.

Nuestra legación de aquella época allí fué importantísima y hubo de rendir frutos de trascendencia continental á no surjir el desesperante estorbo de la aventura revolucionaria de 1863. Esa coalición nuestra con el nervudo Paraguay, extendida en cierta forma auspiciosa á la mesopotamia argentina, hubiera creado en la práctica un grandioso equilibrio vecinal. La certeza adquirida por las potencias fronterizas de que el gobierno de 1860 iba en camino de emancipar á nuestro organismo de su venenosa tutela, dándole arraigo exterior fuerte y sesudo, las inclinó del todo en favor de la revuelta florista, cuya prosperidad bélica importaba la ruina de grandes ensueños de vitalidad...

La alianza buscada con el mariscal López no revestía ningun carácter odioso. Ella no iba contra el general Flores, ella se dirigía contra el Brasil, contra el tradicional y común enemigo. Ese contrato de mutua conveniencia tampoco importaba cercenamiento de nuestra autonomía; por lo contrario, él iba encaminado á fortalecerla. Tan natural como aparece

que el Imperio al intervenir en nuestros asuntos buscaba absorbernos, resulta insensato suponer que López intentase devorarnos. ¿A qué empeñarnos en la demostración de esta verdad, cuando una simple visual lanzada al mapa de América responde con rotunda elocuencia geográfica?

Por lo demás, la guerra llevada contra el Paraguay tuvo un caracter netamente partidario, al punto de que la divisa del contingente uruguayo consistia en una cinta punzó. Los orientales fueron los suizos de la jornada y en su desempeño guerrero recibieron más desaires que distinciones de las potencias. Como lo decimos. A ese efecto, y entre otros muchos antecedentes, vale la pena recordar que cuando en 1867 se hubo de firmar la paz, por iniciativa de Mr. J. Gould, secretario de la embajada británica en Buenos Aires, no se dió ingerencia, ni directa ni indirectamente, al jefe superior oriental. Con motivo de esa tentativa los generales expedicionarios Mitre y Marqués de Caxías llegaron á prestar su aprobación á un proyecto de convenio, que no se hizo carne por negativa del mariscal López. Pues en esos importantísimos preliminares no se dió intervención de ningún género al señor general Enrique Castro. Este evidente desprecio de parte de los aliados motivó una expresiva carta del señor general Flores, que, para abonar lo expuesto, copiamos en lo pertinente: « Sé de una manera positiva que se está tratando de paz con López y me ha llamado la atencion el que Vd. nada

me diga á ese respecto. Así es que supongo ó que Vd. me ha escrito y sus cartas se han extraviado, ó que los generales Mitre y Caxías no han dado á usted conocimiento de lo que se hace en el sentido de la paz.

« Usted, mi querido general, es el jefe de la División oriental, en el ejército aliado y, por consiguiente, debe tener participación, como representante ahi de la República, en toda medida que se adopte, tanto en el orden militar como en negociaciones con el enemigo, pues, que nada puede hacerse sino de acuerdo entre los tres poderes aliados. Espero, pues, que usted me diga lo que haya sobre este importante asunto, y que para ello, si nada le hubieran aún comunicado los generales Mitre y Caxías, los vea usted y les haga sentir el deber en que usted está de exigir participación en este negocio, sobre el cual no puede prescindirse del general oriental ». Anhelos tan plausibles cuanto ilusorios, estos! El arrojado general Flores tendría tiempo antes de cerrar los ojos, de conocer los primeros desastres de su política exterior.

En 1868, siendo Presidente de la República, escribía el caballeresco general Batlle: « Nuestro más vehemente deseo es la pronta conclusión de esa eterna guerra, que se creyó obra de pocos meses y dura ya tres años sin que le veamos próximo término. » (1) En 1869, el mismo don Lorenzo Batlle intentó empeñosamente

[1] José Luciano Martínez, *Vida Militar de los generales Enrique y Gregorio Castro. pág. 226.*

obtener el retorno de la División Oriental, pues no había fondos para sostenerla, á pesar de su exigüidad numérica. Como no tuviera éxito en tales gestiones comunicaba el nuevo desaire sufrido al brigadier general Castro: «La mayor recomendación que tenía nuestro Ministro Plenipotenciario, don Adolfo Rodriguez, fué la de recabar de los dos gobiernos aliados el retiro de nuestra División. Desgraciadamente ambos han hecho una resistencia decidida á nuestro propósito, valiéndose para ello de las estipulaciones del tratado de la Triple Alianza, en que se obligaron las tres naciones á no desistir de la guerra hasta que López fuese expulsado del Paraguay. En vanc hemos hecho valer la insignificancia de nuestra fuerza, pues que dejaríamos allí el contingente paraguayo que compone su mejor número. Se nos ha contestado que nuestra sola bandera y su persona de usted, encabezando un grupo de orientales, constituían un elemento normal de inmensa importancia para el éxito de las próximas operaciones. Todos nuestros esfuerzos se han estrellado contra la oposición de aquellos poderes, que declaraban mirarían como rota la alianza por nuestra parte y responsabilizada la nación oriental por las consecuencias que aquel hecho produjese.» (1) ¿Puede darse una confesión más paladina de impotencia, de rabia comprimida, de humillación y de vergüenza? El contingente oriental, formado en su

1—José Luciano Martínez *Vida de los generales Enrique y Gregorio Castro*, *pág. 254.*

«mejor número» de paraguayos, era prisionero de los aliados, representaba un papel decorativo invalorable para ellos y amargo para nosotros.

Luego de referir á los apuros financieros, proseguía el señor Presidente de la República: «En situación tal y siendo cada vez más apurado el estado de nuestras rentas, hará usted bien en aceptar todos los auxilios que le ofrezcan los generales aliados, desde que puedan aliviar las necesidades de nuestro ejército, disminuyendo los giros que vienen á agobiarnos.... No ha pasado la República, desde su origen por una situación tan difícil, pues nadie acierta con las medidas que convenga adoptar.» ¡Pobre decoro nacional! Los orientales concluirían por vestirse y por municionarse, con autorización del propio gobierno, recurriendo á los argentinos y á los brasileros. Hé ahí una de las tantas delicias engendradas por la intervención imperial.

¿A qué insistir? Concluyamos. La guerra del Paraguay, para nosotros injustificada en el terreno de la moral y de la ley, nos deparó verdaderas desgracias á la vez de provocar la ruina de un pueblo amigo, de un pueblo nobilísimo que todavía, despues de treinta años, no se ha repuesto del rudo golpe. Fuimos al Paraguay á perderlo todo y á no ganar nada, como lo acreditaron brutalmente los hechos. Desde entonces ha quedado roto el equilibrio político en el Rio de la Plata; desde entonces nosotros, diminutos,

estamos solos frente á potencias gigantes; desde entonces falta un precioso platillo en la balanza.

Es innecesario agregar que el valor de los orientales lució indomable durante los cinco años de campaña. La hazaña de Enrique Pereda que rindió, en medio de la metralla, honores militares al bravo León de Palleja, muerto heróicamente al frente de su batallón, ofrece el emblema, grabado sobre el acero de la posteridad, de aquella tremenda empresa de matar á un pueblo de hermanos. ¿Pero de qué vale el denuedo sólo cuando no lo acompaña el prestigio mágico de la razón y de la justicia? Que en nuestros anales de gran nación nunca se inscriban sucesos con viñeta, tales como la guerra del Paraguay que señala mucha pujanza y mucho aliento al servicio de un gran error!

Los nuevos horizontes

Vamos á cerrar estas páginas pues los últimos veinte y cinco años de nuestra historia solo ofrecen el espectáculo de inmensos desastres institucionales sin presentar siquiera el fanal de una luz perdida. Con respecto á este período de hondas podredumbres muy poco puede decirse. Época de fango y de ignorancia ella solo recuerda desgracias internas.

El desarrollo independiente de nuestro pueblo presenta tres etapas. La primera, la de los caudillos, desde 1830 á 1875, se caracteriza por los récios antagonismos de partido, por dramáticas divergencias, por disputas, sostenidas á mano armada, que alcanzaron á tener momentos realmente bellos. En 1875 nace la segunda etapa, la de los pretorianos, que muere en 1897. Su orígen y su fin lo apuntan dos movimientos militares contradictorios. En efecto, la soldadesca acampada el 15 de Enero infaustó en la Plaza de la Matriz, puso en esa hora de maldición, que tantos rios de sangre inocente costaría, la piedra fundamental de su dominio atentatorio; pero esa otra fecha esclarecida del 17 de Marzo de 1897 recuerda que en la costa del arroyo Tres Arboles encontró su fosa, de la cual jamás se levantará, el sistema tanto tiempo triunfante sobre las ruinas de la patria. Quebrada la soberbia de una clase opresora y ratificadas en el gobierno las conquistas políticas obtenidas en rudo

batallar, la República ha entrado ya en el tercer período de su edad, que puede titularse etapa cívica. Cuatro años hemos corrido en ella y ya el país se ha dado cuenta de que alcanza nuevos tiempos y de que los días de una felicidad positiva han llegado por fin. Responde esta certidumbre al fenómeno importantísimo de adelanto que denuncian los ideales hoy flotantes en nuestro ambiente. La patria se rejuvenece y sus esperanzas de ventura se consolidan cuando los anhelos trascendentales de libertad electoral, de coparticipación en el manejo de la cosa pública y de respeto á la integridad del erario, empiezan á obtener un seductor arraigo. Estamos, pues, en presencia de un quinto ó sexto ensayo de aproximación fecunda. Pero ninguno tan ámplio y promisor como éste. Todas las corrientes del sentimiento nacional, todos los esfuerzos de sus hombres dirigentes, todas las nativas honradeces se han coaligado para dar caracter definitivo y perdurable á la virtud gubernativa que alborea. En semejante empresa de bendición tiene sitio eficaz de lucha la juventud de los dos partidos orientales, que debe apartarse de los exclusivismos torpes y concurrir al mejoramiento común predicando la atenuación, el olvido para los agravios pasados, y la alianza fraternal para las jornadas venideras. Es indispensable convenir de una vez en que ni el dogma santo de la democracia, ni la libertad, ni la virtud han sido patrimonio único de partido determinado, como

lo pretende, por regla general, el extravío de las pasiones corrientes.

Apena pensar que todavía ciertas propagandas políticas buscan inspiración en las tumbas heladas de nuestros grandes caudillos muertos, cuando á su respecto ya corre prescripción, ya está prohibido el comentario cruel é inexorable. Nuestra edad clásica está cerrada y es hora de que, cediendo cada cual algo en el calor de sus predilecciones retrospectivas, llegue á unificarse el fallo histórico alrededor de ciudadanos eminentes cuyo nombre está abrazado, como la bandera á su ástil, á las tradiciones de la República, son parte de su mismo corazón. Al pasado, como que es tal, hay que entregarlo definitivamente al libro confiando en que los hombres de alto pensamiento, en el silencio del gabinete, prévia exploración minuciosa de archivos y memorias, sabrán extraer el saldo limpio de nuestras glorias consulares rompiendo valerosamente las idolatrías fraccionarias para exhibir su caudal bueno, como arranca el lapidario la piedra preciosa devastando vulgares guijarros. Las fuentes de la vida política están en la actualidad que no admite debates retardatarios, que no puede detenerse un instante en su desarrollo vertiginoso para averiguar la ascendencia tradicionalista de los factores que aprovecha. Explicable que el prestigio irresistible de los caudillos tuviera fuerza de imán en épocas dramáticas que ellos llenaron con el éco de sus heroicidades y de sus extravíos; explicable que aún á raíz de muer-

tos ellos, como el Cid, ganaran batallas partidarias desde la tumba; pero resulta inaudito que al través de medio siglo y en días febriles de integración social se pretenda imponer á los acontecimientos la norma anticuada é imperfecta que sirvió de pauta á nuestros mayores para combatirse, en su afán de ganar la victoria para sus divisas de trapo.

Sobre hechos notorios, sobre incidentes concretos descansa la cuna del partido blanco y del partido colorado ; pues bien, como hoy estamos en presencia de hechos completamente distintos de aquellos y producidos en época de una muy superior civilización, es natural, es impuesto, buscar en éstos últimos las grandes inspiraciones de conducta cívica.

Los nombres legendarios de Rivera y de Oribe han servido de escudo á todo género de infamias y de explotaciones, al punto de que se proclama la verdad diciendo que ellos han causado más males muertos que vivos. Esos soldados, á pesar de sus errores, constituyen, con media docena de valiosas reputaciones civiles y militares, el cuadro de los grandes servidores de la patria. Empalidecida, aquí, eclipsada, allá, palpitante siempre, su grandeza existe y crece como los organismos vivos, victoriosa sobre el insulto, sobre la procacidad, sobre el desahogo de los pobres de espíritu. Clavada lejos, en lontananza, hacia el rumbo que señala el Bethleem de la nación, ninguna racha podrá arrancarla de su asiento de piedra, ni habrá en el desierto arenas bastantes para enterrar su mole

que tiene aristas de Pirámide. Muerden en granito los que pretenden arrancar de cuajo nuestras tradiciones heróicas al empeñarse en romper famas caballerescas, bien ó mal templadas, pero de hierro. Ya el tiempo, que es más sabio que los hombres, ha arrojado su última palada de cal purificadora sobre los despojos mortales de nuestros atletas.

Ha llegado pues la hora de enterrarlos en sitio sagrado, bajo la caricia dulce de la tierra por ellos modelada en concierto de pasiones y de metralla. En vez de encarnizarnos, como jauría de perros, con quienes sostuvieron justas, recogidas por el poema, en pró de la libertad y del derecho; en vez de herir sin lástima á nuestros próceres negándoles atenuaciones, seamos duros, seamos implacables con los que en épocas recientes han esquilmado á la patria, robándole sus dineros, arrebatándole su dignidad, y oscureciendo sus perspectivas al lanzarla á la bancarrota y á la guerra civil. Esos no exhiben en su defensa el argumento de un sacrificio, de un insomnio por el bien público. Su profesión ha sido el atropello, llevado á sus más vituperables extremos. Antaño, el exceso de ardor fundó el fanatismo; en el día, la ausencia calculada de todo entusiasmo, para estar en aptitud menos comprometida, ha creado una inmensa familia de parásitos, de sujetos de goma, sin conciencia, sin amor á nada, sin ideales, dominados por una sola preocupación: traficar. En esas filas bastardas anida toda la polilla que barrenó en otrora

las mismas entrañas del roble, afrentando á dos generaciones con el espectáculo de orgías y de despilfarros baltasarianos. Allí están los verdaderos pecadores, los padres de la usurpación, quienes cometieron el sacrilegio de violar á sabiendas y por codicia nuestra Constitución y las leyes. Para estos culpables, que han delinquido con premeditación, con alevosía y con ensañamiento, cuesta encontrar circunstancias atenuantes. Como los falsos apóstoles, que explotan al prójimo invocando el nombre de la religión, éstos han consumado incalificables despojos escondiéndose bajo el nombre de los grandes caudillos desaparecidos.

No poco han concurrido á sostener tales desdoros los centros políticos militantes, en su afán de reclamar para sí el patrimonio de nuestras leyendas heróicas y de desconocer al adversario hasta el derecho de sentir orgullo nativo al evocarlas. No puede, no debe perdurar el cisma profundo de la opinión nacional frente á Oribe y frente á Rivera, y para alcanzarlo así es necesario que los partidos de la actualidad renuncien á la irrisoria pretensión de ser los dueños exclusivos de unos ó de otros de nuestros principales patricios. Que sean de una vez entregados al fallo concienzudo de los espíritus imparciales, de filiación colorada y de filiación blanca, los hombres de categoría eminente, interventores en la época de la independencia y en las escenas dramáticas del sectarismo clásico. Que claridades de tolerancia iluminen su comentario despojándolo de las acritudes y de los endio-

samientos solicitados por la intransigencia ó por el frenesí de los bandos divergentes. Que se proceda á esa exploración con espíritu levantado y sano teniendo firme en la memoria la sabiduría del precepto de Cristo en presencia de la mujer adúltera: « que el que de vosotros se halle sin pecado tire contra ella primero la piedra », y recordando también que juzgándola por un capítulo ninguna obra es notable, que á los hombres debe mirárseles en conjunto como se mira el cielo: hermanando sus abismos de sombras con sus estrellas, y que no hay belleza física ni moral sin un instante de eclipse y capaz de resistir triunfante al severo análisis de la crítica.

A propósito, aquí tienen cabida las siguientes palabras del insigne pensador don Andrés Lamas: « En el libro del pasado todos tenemos culpas y algunos de nosotros grandes culpas. Si continuamos leyendo en ese libro, no nos entenderemos jamás, estamos irremisiblemente perdidos; perdidos nosotros, perdidos nuestros hijos que de nosotros heredan esa herencia de perdición. ¿ Cuál de nosotros no se ha extraviado del buen camino, no ha tenido días de delirio y vértigo, cuál no ha pagado su tributo á esas malas ideas bajo cuya atmósfera hemos nacido, hemos vivido, hemos combatido ? ¿ Quién no tiene de qué arrepentirse ? Cerremos el libro del pasado; ese libro no sirve sino para dividirnos. Sólo la posteridad podrá fallar las causas que encierra. Para esas causas no hay jueces entre nosotros: todos somos incompetentes

porque todos somos apasionados » (1). Hace cuarenta y cinco años eran lanzadas á la publicidad estas declaraciones.

Tan escaso ha sido nuestro adelanto en el dominio de las ideas que aún hoy poseen platonismo teórico los anhelos de concordia y de equidad corrientes en 1856. ¿No importa ello una aberración sin nombre? ¿Hasta cuando viviremos enseñando á nuestros niños á balbucear homenages ó agravios á Rivera y á Oribe, según sean sus padres de tal ó cual filiación política? ¡Cómo entristece descubrir semejantes extravíos del criterio popular; cómo indignan los brulotes tirados, con la grosería de escupitazos, á nuestros primeros capitanes, por la ignorancia más crasa ó por la ambición ignominiosa consentida!

El lote de nuestros héroes no es posible abrirlo y cerrarlo con los nombres de Artigas y de Lavalleja. A éstos es indispensable, es sobre todo justo, agregar otros prestigios meridianos que condensan hazañas, sacrificios, errores, derrotas y victorias de leyenda. Tampoco puede reducirse á Suárez y á Berro el númerode nuestros patricios. Por lo menos, media docena de ciudadanos distinguidísimos, colorados y blancos, se asocian á ellos para alcanzar honores de apoteósis.

Mucho, muchísimo contribuirán á esta obra de bendición los jóvenes orientales de la actualidad difundiendo en el seno de las muchedumbres nuestras, en campos donde tan hondas raíces tiene echadas la

1—*Andrés Lamas á sus compatriotas,* pág. 61.

ignorancia — el peor de los males colectivos, — ideas de cordura y de sano patriotismo. La mejor manera de quebrar prevenciones y de poner coto al ultraje absurdo, consiste en abrir los espíritus á las caricias de la razón, como se abre la tierra con el filo del arado para entregar la semilla á sus elaboraciones misteriosas y fecundas. Aunque este momento histórico, lleno de fiebres y perplegidades, no confirme lo que decimos, es indudable que nuestras agrupaciones políticas marchan á una radical modificación de contextura.

Ideas, ya dominantes, de sensatez han labrado el convencimiento profundo de que el paralelismo de los partidos debe estribar en algo más fundamental que las divergencias de apreciación retrospectiva. Todos estamos convencidos de que los ciudadanos íntegros y bien intencionados no pueden admitir entre sí barreras tan frágiles y anticuadas como las impuestas por los agravios de tiempos de nuestros Montescos y de nuestros Capuletos.

Si Oribe y Rivera, si Quinteros y Paysandú separan á los blancos netos de los colorados netos, es obligatorio declarar injustificado tal distanciamiento, por lo menos, en la acepción lógica.

Los partidos tradicionales, que surgieron á la vida ligados «á un hecho, no á una idea,» como lo dijo hace medio siglo don Bernardo Berro, están obligados á amoldarse á las exigencias adelantadas de la época actual invirtiendo así los términos de aquel verídico

aserto mediante su vinculación á ideas, no á hechos por fulgurantes que ellos sean.

Para resolver los problemas económicos y sociales del día poco nos interesa, más aún, poco nos importa, saber si nuestros padres estuvieron en la verdad ó en el error luchando por tal ó cual divisa en tal ó cual año. Algo más adelantado que tales paparruchas es la que exige la conciencia pública. Son principios, son dogmas de una religión práctica, son mejoramientos inmediatos, son situaciones moralizadoras, son libertades, son derechos, son servicios eficaces los que la nación solicita de sus cuerpos políticos, vinieren ellos del campo que vinieren. ¿ Qué ligazón lógica cabe entre la muerte injusta de César Díaz ó de Leandro Gómez, entre Oribe ó Rivera, y esos trascendentales asuntos del presente que se titulan organización del régimen aduanero, sistema general de impuestos, fomento sesudo de la inmigración, régimen monetario, negocios internacionales con el Brasil y con la Argentina, protección á la agricultura, libertad del voto, regeneración de la clase militar, etc. etc? Se dirá por algún apasionado: más de lo que parece; uno de los partidos viejos señala la escuela del honor, de la pureza, del patriotismo real, mientras que el otro encarna el fanatismo, la apostasía, la sumisión incondicional al extranjero. Estas absolutas disparatadas no merecen respuesta tanta es la absurdidez que respiran! ¿Hasta cuando pretenderán algunos espíritus

ofuscados hacer ángeles de los colorados y de los blancos demonios, ó vice-versa?

Por todo lo expuesto es realmente sensible presenciar el espectáculo pernicioso que ofrecen algunos núcleos de partidarios, preocupados de resucitar idolatrías y amores cívicos de otras épocas. Los que así proceden, con negación del porvenir, incurren en la nécia zoncera de quienes creen que vuelven la vida á cosas, afortunadamente muertas, despertando con inyecciones de actividad inteligente entusiasmos artificiales y fugaces por las costumbres camperas. El tipo del gaucho no se levantará de su tumba porque él se fué para siempre, corrido por la ciudad y por el telégrafo; y de la misma manera puede afirmarse que el culto frenético y partidario de los caudillos de antaño ha concluído y no volverá, á pesar de ridículas resurrecciones, por cuanto el progreso evidente de la sociedad en que vivimos no permite que los personalismos anticuados, rencorosos é imperfectos de años pasados retoñen con éxito en este medio nuevo y refinado que pide otros altares.

La forma resuelta con que nos expresamos no nos lleva á confundir nuestras ideas con las sustentadas por el constitucionalismo.

Reconocer el carácter incompleto de nuestros partidos, casi seculares, y repudiar de sus programas el culto funesto de la tradición no importa conceder que poseen la verdad quienes abogan por la extinción fulminante de las mencionadas colectividades. Ahí es-

triba precisamente la diferencia que separa á los nacionalistas de los constitucionalistas. Aquellos dicen: los partidos de origen personal existen; suprimirlos en forma radical sería alcanzar el ideal, pero esto es imposible, no está en manos de la voluntad del momento pues organismos que tienen base sólida y multiplicada en la familia, en el ejército, en la administración, en las muchedumbres, en el corazón y en la historia no se arrancan á capricho como se quita una verruga. En consecuencia, prosiguen, lo práctico, lo útil, es aceptarlos con todos sus grandes defectos y con todas sus grandes virtudes y preparar su reforma por la evolución, poniendo en su alma ideas progresistas, llenando con vino nuevo los odres viejos, limando sus crudezas despacio y con energía, como desgasta y redondea silencioso el mar las piedras más angulosas Estos mismos rumbos están señalados con robustez en el siguiente párrafo del talentoso Juan Carlos Gómez: « Si pudiéramos borrar con toda nuestra sangre la division de los partidos y hacer que todos nuestros compatriotas tuviesen los mismos antecedentes y las mismas opiniones, ella no subsistiría ciertamente un solo momento más. Sin embargo, contra lo imposible nadie es fuerte. Los partidos existen y es preciso aceptarlos. Seamos prácticos, y aprovechemos en educarlos el tiempo que perderíamos en la pretension de suprimirlos. » Sensible que la exaltación de su propaganda jacobina contra los blancos

quitara fuerza á ese apotegma mejor interpretado ya entonces en la realidad de las agitaciones democráticas por el batallador estadista don Bernardo Berro que dedicó á las « nuevas ideas » todo el vigor de su intelectualidad disciplinada.

Exponen, por su lado, los constitucionalistas: los partidos existentes son malos; nada fundamental los separa, al extremo de que no son en esencia adversarios los afiliados honestos de ambos; su tendencia retrograda y sus fanatismos, empapados en aguas de rencor, les dán un significado perjudicial, inaceptable en épocas normales; el dualismo político que ellos representan es absurdo y ofrece peligros permanentes de conflagración armada. En virtud de estas verdades, han propuesto los esclarecidos apóstoles del flamante dogma, la supresión de los antiguos bandos y su reemplazo por una gran colectividad principista, donde tengan cabida todos los hombres buenos, piensen como quieran sobre el pasado, aliados en el afán supremo de fundar la felicidad pública sobre las ruinas de los partidos cuya muerte se creyó alcanzar por decreto. Nos libraremos muy bien de engolfarnos en el comentario analítico de ese precioso doctrinarismo que, con toda probabilidad, en su misma belleza ideal lleva el secreto de su mala fortuna. Los hechos con su ruda elocuencia proclaman, presentando argumentos ilevantables, que esa tesis deslumbradora no es la exacta. En efecto, pregonada ella con carácter oficial en 1871, teniendo á su entero servicio á la

prensa metropolitana, que un día alcanzó á ser toda suya, favorecida en su desarróllo por el peso de la tiranía y por el prestigio arrastrador innato á las más brillantes propagandas—que no son, por lo común, las más eficaces,—no pudo, sin embargo, imponerse y debió al fin declararse vencida por boca de su pontífice máximo el doctor don José Pedro Ramirez.

Durante treinta años han tocado á reunion los apóstoles del nuevo credo, reácios al convencimiento de su derrota. Indudablemente que son poco sinceros quienes insisten, á la fecha, en negar la evidencia de ese contraste, mucho más palpable ante el extraordinario robustecimiento de los bandos viejos que, como los grandes arboles, desafían firmes todas las inclemencias. La fuerza decorativa que tuvo el Partido Constitucional y el sello de alta intelectualidad que le prestaron valiosas incorporaciones universitarias, han sido causa de que él haya sobrevivido en cierto modo á su dispersion, amparado en su caída por el escudo de erguidos talentos, de la misma manera que el renombre de un guerrero, impresionando fantásticamente al enemigo, suele dar lugar á una fácil retirada, en las circunstancias más precarias. El fracaso de la colectividad mencionada señala un ejemplo y es fuente de abundantes enseñanzas. Leíamos meses atrás en un artículo de Paul Groussac, que sabe atar el pensamiento á la pluma, este concepto, de intenso realismo: «La incurable inferioridad sud-americana proviene de la ruptura violenta con las tradiciones.»

En esa frase, que tanto dice, encontramos el motivo de la caída de los constitucionalistas. Impulsados por móviles plausibles de rápido adelanto, ellos quisieron romper de golpe con el pasado, atribuyendo al mismo, á sus anarquías, á sus bastardas herencias, á su culpa, todas las amarguras democráticas sufridas. Esto estaba muy lejos de ser cierto. Ni el capricho, ni lo improvisado, por blasonada que sea su alcurnia, gobiernan á los acontecimientos. Quiera que no quiera, el hijo lleva disuelta en su sangre la personalidad de su padre y si la educación, domando instintos, puede reducir el parecido entre la rama y el tronco ella no alcanza á borrar el sello de la raza, que á lo mejor, cuando se le juzga extinguido, salta y reclama imperioso su derecho con la fuerza de un gesto, de un arranque ó de una semblanza instantánea. Pues ese es el caso de las sociedades que tienen también rastro de su origen en el pasado, factor colosal y enérgico á cuya influencia nada ni nadie escapa. El partido constitucional, creyéndose invencible, tendió línea de pelea franca á nuestras leyendas, insultó las idolatrías, á menudo torpes, de las masas campesinas, hizo tabla rasa de los grandes afectos anónimos, renegó de los caudillos, de su obra, de sus herederos, y el resultado final está proclamando si tal procedimiento fué cuerdo. ¿Cómo no perecer si se afrontó la corriente á pecho descubierto, sin aprovechar útiles recursos y con desprecio de la experiencia?

El constitucionalismo flageló, como decimos, sin piedad á los próceres del país, á los predilectos de la pasion popular, olvidando que á las muchedumbres incultas no se las electriza con palabras retóricas que no entienden. La inmensa mayoría de nuestros compatriotas, analfabetos, refractarios, ó alejados del contacto de la bizarra propaganda, permanecieron irreductibles, fieles á sus primitivos amores. Era lógico esperarlo así. La evolucion de las ideas en términos tan radicales pide un conjunto de elementos depuradores que desgraciadamente aún hoy no poseemos. Ante todo, reclama un alto grado de preparación de los espíritus.

Ciudadanos que no saben leer, y estos suman millares; niños que no conocen el camino de la escuela; ancianos que se asustan del ferro-carril, que les representa energías endemoniadas; mujeres sumidas en la ignorancia, que no saben siquiera enseñar á sus hijos el retazo de una oración cristiana, todas esas fracciones aliadas determinan la fisonomía de un pueblo muy distante aún de la perfección intelectual exigida para arraigar las reformas políticas trascendentales. Pero el constitucionalismo ni aún intentó romper aquellas perjudiciales costras colectivas llevando con la voz de sus apóstoles, á los rincones de la campaña, el gérmen de los altruismos sostenidos.

De Montevideo no salieron sus adalides, entregados, por otra parte, á la enojosa tarea de fulminar desde la prensa á los hombres de tradición, negán-

doles virtudes y desinterés por el hecho de no haber abandonado ellos las viejas agrupaciones.

Mucho bien ha sembrado el partido constitucional, muerto en flor, colaborando patrióticamente al desgaste de rudas y temibles pasiones. Sin duda no guarda proporción el bulto de este beneficio con el tiempo tomado para alcanzarlo.

En otro concepto, casi afirmamos que aquella afamada colectividad con el fuego de sus ataques á los bandos de antaño, ha llevado á resultados contraproducentes. La violencia de sus manifestaciones, arrasadoras del pasado, que es fusta y que es freno, provocó estruendosas reacciones del tradicionalismo ofendido empujado así á la más lamentables exageraciones. Además, los atractivos teóricos del programa divulgado, consiguieron apartar de los partidos blanco y colorado á muchos de sus hombres dirigentes y entónces vimos á audaces oligarquías, gobernadas por los mediocres, usurpando las más altas y delicadas funciones del Estado en nombre de las viejas divisas.

El constitucionalismo, enamorado de lo perfecto, llegó á prestar autoridad indiscutible á extremos enervantes. Así, por ejemplo, se hizo carne en la opinión que los partidos debían desaparecer y desde entonces se renunció á toda actividad de política militante por cuanto ella hubiera aprovechado á los partidos combatidos, duramente excomulgados. Debilitados, estos, é impotentes los redentores para dar á sus concepciones colorido eficaz, en el orden de la realidad,

nos encontramos en la más absoluta anarquía pública frente al atentado triunfante.

Veinte años permanecimos en ese reposo, llorando día tras día nuevas derrotas del ideal, pero aferrados siempre á la tésis deslumbradora que en el terreno de los hechos ni creaba ni dejaba crear. Pasamos largos lustros discutiendo fórmulas de pureza, como si á los despotismos se les venciera con recursos líricos.

En 1890, por fin, el Partido Nacional cobra nuevos bríos é inicia su campaña regeneradora que nos ha deparado los beneficios principistas de esta correcta actualidad. Las palabras, ya apuntadas, de Juan Carlos Gómez califican acertadamente el absurdo de aquel esfuerzo estéril de extincion fulminante de sólidas tendencias: «Contra lo imposible, nadie es fuerte. Los partidos existen y es preciso aceptarlos. Séamos prácticos y aprovechemos en educarlos el tiempo que perderíamos en la pretension de suprimirlos.»

El jugo de esas ideas, que eran compartidas por otros eminentes pensadores orientales, lo encontramos en la carta magna del nacionalismo. Fundada por los hombres del partido blanco y sobre el cuerpo de su organismo esta agrupación ha respondido, por el carácter práctico de sus anhelos, á las exigencias de nuestra evolución política.

El Partido Nacional, al darse su programa en el año 1872, lo encabezó con esta declaración, llena de sabio equilibrio: «Ni condena, ni glorifica el pasa-

do». De manera, pues, que en lugar de romper violentamente con la tradición la llamó á sí, le pidió su apoyo para marchar adelante con firme acierto. Comprendiendo que el imperio estricto de los principios reclamaba aun, para ser cierto, la fatiga de muchas jornadas, no tuvo inconveniente en esperar y penetrado de que la mejor manera de combatir á la tradición—en cuya inutilidad presente todos estamos de acuerdo — consiste en admitirla para alejarla mediante la reflexión y el convencimiento, que desgastan con fuerza incontrastable las pasiones más airadas, hizo espacio en sus filas generosas á todas las opiniones y á todas las jactancias retrospectivas.

¿Acaso, en el fondo, no revela una noble sinceridad esa adhesion tenaz de las fracciones á los soldados de alta estirpe? Poseen apariencias respetables de puro entusiasmo esos cariños sin menguante. Por lo demás, ¿es suya la responsabilidad de semejantes idolatrías cuando las masas políticas no conocen otros horizontes cívicos y cuando en vez de abrirlos á sus ojos, ansiosos de luz, solo nos preocupamos de dividir para reinar engañando sin ambages á los hombres buenos?

La fórmula conciliatoria del nacionalismo, que encarna un inmenso adelanto, pero un adelanto práctico, bajo las exterioridades más moderadas, es la llamada á resolver nuestro problema partidario.

No poco progreso señala el rechazo de la vieja denominación y el arraigo adquirido por la toleran-

cia. Desde hace dos lustros, despues de un intérvelo largo, durante el cual los constitucionales tomaron para sí todo el escenario, la causa nacionalista actúa de manera cada día más eficiente sobre la opinión pública imparcial. Empezaron sus primeros afiliados por darle Carta Orgánica fundando su gobierno interno y vigorizando así sus energías de colectividad. Enseguida su juventud, congregada en memorables asambleas, secundó efizcazmente el creciente esfuerzo, inaugurando centros de propaganda activa que pronto rendirían ópimos frutos.

En consecuencia, á ese Partido Nacional, que algunos adversarios titulan retrógado, cabe el honor de haber iniciado el despertar democrático de la patria, mediante sus acertados esfuerzos organizadores. Más tarde, nuestro credo libró, desde la prensa, magníficas batallas en pró de la moralidad desconocida, ratificando su triunfo con la sanción de las armas en siete meses de campaña libertadora en favor de los propios y agenos derechos. No podemos apreciar en detalle los sucesos, pero altivo en la guerra el Partido Nacional supo ser desinteresado en la paz y no titubeó en llegar al sacrificio doloroso é injusto en su afan de concurrir á la obra reparadora en que está empeñada la presente administración con el beneplácito del pueblo, hoy por fin soberano. El acuerdo electoral suscrito días atrás, atestigua ese desprendimiento y esa tranquilidad de conducta á que referimos. Ejemplo de verdadero constitucionalismo se dá con-

curriendo á soluciones abnegadas cuando fuerza y recursos sobrarían para atropellar por el camino del medio. Sea todo por la patria y por la fraternidad de sus hijos, que en este postulado se encierra el cimiento de las dichas venideras.

Tocados por el viril contagio, el partido colorado y aún el pseudo-partido constitucional, se han lanzado á su vez en la senda de provechosas agitaciones. Calcando al extremo sus iniciativas sobre las iniciativas nacionalistas, ellos se han dado también Cartas Orgánicas, Directorios, Clubs, y esas Escuelas Ciudadanas proyectadas y planteadas con brillante éxito por nuestros correligionarios. Todos estos enardecimientos descubren síntomas de ventura.

Aunque todavía imperfecto é hiriente, el coloradismo del día, es grato reconocer que en sus filas renovadas vá perdiendo éco el concepto infamante para el adversario y que en la actualidad sus principales personalidades exhiben prestigios de pureza y de patriotismo que antes no se encontraban allí. Trayendo procedencia muy distinta, resulta evidente que los partidos militantes se aproximan y que sus corrientes populares buscan punto de encuentro en la política de coparticipación que reclama imperiosa la actualidad.

A esta altura de nuestro comentario y en calidad de fecunda enseñanza, conviene recordar el proceso de la política argentina antigua, pues él presenta puntos de contacto con nuestros conflictos internos. Ya

hemos visto que á Rozas lo crearon las intransigencias unitarias al chocar con las intransigencias federales. Antecedente de esa época tristísima fué la revolución hecha por Lavalle á Dorrego, pagando tributo á idénticas demasías. Probablemente la larga dominación del tirano tuvo su base en la discordia permanente de sus adversarios, de uno ó de otro criterio, que ni aún en la derrota sabrían contener sus ódios para estrecharse la mano.

Para quebrarla, la clarovidencia de los políticos orientales impone la jefatura superior del general Urquiza, porfiadamente resistida por muchos. El triunfo campal de Caseros, la amarga experiencia recogida en la desgracia, parecían prenda de aproximación de las causas divergentes. Pero así no fué. En lustros de catástrofe los argentinos, rebeldes entonces como nosotros ahora á la cordura, no habían aprendido á olvidar y á perdonarse mútuos y grandes errores. El cisma abierto por el rencor entre provincianos y porteños se ahondó en la victoria y bajo la presión fanática del doctor Valentín Alsina; Buenos Aires hizo la famosa revolucion del Once de Septiembre, por la que rompía sus vinculaciones con los demás territorios de la Confederación. El localismo hacía, sin rodeos, el sacrificio de la patria y la sangrienta batalla de Cepeda castigó sus excesos provocando con la victoria de las provincias el no menos temible exceso federal. En Pavón lava la causa unitaria el anterior desastre y su desenfreno promete nuevas revanchas y calamidades. Pero en

estas peligrosas circunstancias adquiere perfil histórico superior el ilustre general Mitre, sobreponiéndose á las pasiones iracundas y á sus propias exaltaciones de bando. El pertenecía al número de los elementos ultra-porteños habiendo servido con entusiasmo febril en los ejércitos locales. Pero cuando el éxito de las armas pone en sus manos los destinos comunes, Mitre rechaza las imposiciones exclusivistas del centralismo y renuncia á ser el primer hijo de Buenos Aires para convertirse en hijo predilecto de la República Argentina, al lado de Urquiza que había dicho, con acento profético: « la geografía, la historia, los pactos vinculan á Buenos Aires al resto de la nación. Ni ella puede vivir sin sus hermanas ni sus hermanas sin ella, — pues en la bandera argentina hay espacio para más de catorce estrellas pero no puede eclipsarse una sola. » El general Mitre toca el punto más eminente de su carrera política en este instante supremo de su vida, que lo exhibe como gran patriota y hombre de Estado. Penetrado él de que la unión de todas las provincias era indispensable, convencido de los males inmensos engendrados por las pasiones extremas, no vaciló en enagenarse transitoriamente las simpatías de sus correligionarios, gobernando á su país con espíritu ecuánime y siendo puente entre las tendencias enfurecidas. A la sombra de esa política generosa, que ni fué unitaria, ni fué federal, pero sí de rumbos decididamente nacionales, ha surgido el edificio de la grandeza vecina. Las fracciones

morigeradas cambiaron de carácter y perdieron su índole tradicional optando por nuevos rumbos y denominándose *crudos,* aquí, y *cocidos,* allá. Muy pronto se alcanzaron los beneficios de la evolución presidencial, en el seno de los bandos. Dice á ese respecto el historiador Pelliza: «No sin asombro se vió en esta nueva organización de los partidos, que numerosos ciudadanos vinculados á la política del general Urquiza, antes de la batalla Cepeda, se agrupaban ahora en torno del jefe autonomista, y otros, que habían figurado en primera línea entre los sostenedores de los propósitos separatistas del doctor don Valentín Alsina, se incorporaban resueltamente al federalismo del vencedor de la confederación.» (1) Una transacción, pues, un justo medio, vino á resolver gravísimas dificultades de gobierno, borrando por el hecho y con el correr suave de los años el cauce de tremendos ódios.

Este ejemplo mucho debe hablar á los ciudadanos inteligentes y de noble corazón. Aquí tampoco permite el progreso de las ideas y el vuelo de las aspiraciones colectivas que un partido absorba las funciones de la administración. El país es de todos y se proclama una tésis exacta sosteniendo que en lo sucesivo nuestros gobiernos deberán ser el emblema de la alianza pacífica y leal de las agrupaciones, pues ya no resulta pregonar como un ideal la política blanca, ó colorada pura. El sistema de coparticipación con-

(1) Mariano A. Pelliza. — *Historia de la Organización Nacional,* pág 395

vencional, bajo el cual hoy vivimos, irá perdiendo sus apariencias irregulares con el curso del tiempo hasta ponernos en presencia de situaciones absolutamente firmes y normales.

La juventud del país rendirá buenos servicios á la causa de todos persistiendo en limar asperezas y acentuando su tarea de popularizar el culto de los principios, extirpando por ende el culto de anticuadas divisas y acontecimientos. A fin de apresurar ese progreso vale la pena señalar ciertas manifestaciones contradictorias con aquella hermosa consigna purificadora.

En efecto, la ignorancia de muchos en asuntos históricos los conduce á la expresion de visibles falsedades retrospectivas, creyendo, por otra parte, valentía incurrir en ridículas aberraciones de criterio. Así, existe en esta capital un club denominado « 15 de Abril de 1897 » que, á pesar de titularse nacionalista, presenta en sus estatutos el siguiente dislate: « Art. 2.° : El Club 15 de Abril de 1897 del Partido Nacional que tiene su orígen en los tiempos heróicos de nuestra nacionalidad y que tuvo por sus primeros jefes y fundadores á los brigadieres generales Manuel Oribe y Juan Antonio Lavalleja, lejos de renunciar á sus gloriosas tradiciones, las evoca, venera y glorifica. » Si bien son estos detalles sin importancia, es útil exhibirlos al desnudo para que ellos desaparezcan de una vez. Igualmente absurdas han sido las ceremonias religiosas preparadas por

algunos partidarios desocupados en homenaje á Oribe y á Rivera. Semejantes ocurrencias han caído en el más absoluto vacío, lo que prueba acabadamente que la opinión gana dia por día en sensatez.

Frente á la aberración apuntada de un centro político blanco, corresponde levantar la de un centro colorado — Club « Vida Nueva » — que á pesar de tener en su presidencia á un ciudadano de talento refinado y á pesar de anunciarse como un núcleo de intencion muy adelantada contiene en sus Estatutos este inciso: « Contribuir á asegurar definitivamente el predominio del partido colorado, cuyas tradiciones acepta con orgullo, defiende y glorifica. »

¡ Qué plétora de ideas rancias y de propósitos hugonotes! Se habla de una *vida nueva* y se pregonan tales antiguallas!

¿No es imperdonable que elementos de calidad intelectual sobresaliente condensen su anhelo purificador en «asegurar definitivamente el gobierno del partido colorado, » cuando todos sabemos que una de las virtudes milagrosas de la democracia estriba precisamente en la rotación de las agrupaciones, hoy en el mando mañana derrotadas; cuando nadie ignora que la altura es fuente de inmensas corrupciones, que concluyen por atacar la fibra de las colectividades más viriles, siendo entonces su descenso transitorio infalible remedio de salud; cuando todos, sin discrepancia, reconocen que el orígen de nuestros males políticos, militares y administrativos lo encontramos en la

perpetuación exclusiva é irrefrenada de un bando durante una vida?

El partido colorado se ha mantenido treinta y cinco años en la cumbre. Tanta ó más culpa que él por habernos brindado en ese larguísimo lapso de tiempo calamidades é ignominias sin cuento, que han dejado rastro indeleble en nuestra historia, — es imputable á los partidos opositores que, á pesar de poseer recursos incontrastables, no acertaron á interpretar con una fórmula de amplia defensiva las aspiraciones comunes.

La prueba de lo mucho que pueden las resistencias adversarias, cuando bien encaminadas, la tenemos en el hecho evidente de que esa misma agrupación, que nos abocara á grandes catástrofes nacionales, ha sabido reaccionar y gobierna en condiciones realmente honrosas desde el día memorable en que el pueblo como Lázaro resucitó para marchar al conjuro divinal del patriotismo eficiente. A pesar de sus actuales y hermosas rehabilitaciones el partido colorado deberá fatalmente descender por instantes del mando supremo, para dar espacio al otro partido que con él comparte el patrimonio de las simpatías ciudadanas. Asi será en homenaje á las leyes inmutables de la astronomía política que tambien obedece á una lógica de hierro. Como orientales, es patriótico desear que este suceso se produzca á su debido tiempo, como fruto de una madura elaboración y dentro de las agitaciones pacíficas, sin sobresaltos, sin conflictos, sin peligros,

sin esos voceríos desesperados encaminados á romper los cimientos, que ya son graníticos, de una preciosa estabilidad institucional. Como nacionalistas, no nos acaba de seducir esa perspectiva de triunfo en el comicio libre. Desde la llanura hemos impuesto nuestros ideales, que tienen hoy cómodo alvéolo en la Casa de Gobierno, y en carácter opositor ejercemos un control decisivo sobre el desarrollo de los acontecimientos. Nuestra condición cívica es á la fecha irreprochable. Protejidos por el mismo escudo, firmes, estrechamente hermanados, ninguna anarquía nos devora, disfrutamos de los placeres severos del bien, apuntalándolo, sin sentir en nuestro organismo las punzadas enervantes y tentadoras del mal. En el poder, ¿no se comprometería la fuerza de nuestra unión que garante la felicidad del país? «Saber esperar es el gran secreto del éxito», ha dicho De Maistre. Esperemos. No hay que olvidar que la abnegación decorosa señala el punto más alto en que puede brillar el patriotismo. Ese ha sido el gran argumento que nos ha inclinado á todos los buenos ante el Acuerdo Electoral recién pactado. Sigamos, pues, adelante por la misma senda, aliados como hasta ahora á la opinión pública viril y persuadidos siempre de que el triunfo más glorioso á que podemos aspirar en nuestra carrera política lo señala la ambición nobilísima de labrar la prosperidad de la patria desde el llano ó desde la montaña!

Para responder en un todo á las exigencias avan-

zadas de la época, el Partido Nacional, una vez que estos días de fecunda inquietud pasen, debe prestar atención máxima al problema trascendental de su mejoramiento interno. Al efecto, es necesario que su juventud ahonde el surco de las ideas bonancibles, que ya ha llegado la hora de que se impongan definitivamente después de una penosa gestación de cincuenta años. Sin ofenderla, porque ella es sana y tiene explicable punto de arranque, se impone combatir á la tradición, ya muerta, convenciendo á las muchedumbres de que en las cunas y no en los sepulcros anida el porvenir. La lealtad nos exige que justifiquemos mediante propagandas nuevas la denominación envidiable que nos hemos dado. ¿No nos decimos Partido Nacional? Pues con ese concepto dilatado y robusto no armoniza el culto de cosas caducas y menos aún el elogio ó la censura de nuestros grandes hombres en virtud de frívolas diferencias de divisa. Los que somos verdaderos nacionalistas pensamos que la colectividad á que estamos afiliados no es el partido blanco ni es el partido colorado. Fundada sobre las ruinas de una de esas fracciones, hace treinta años, ella encarna vigorosas aspiraciones de presente, desligadas en absoluto de las miserables rencillas históricas del pasado. Los que somos verdaderos nacionalistas entendemos que nuestra causa, cerniéndose sobre detestables exclusivismos, no disputa á la patria el lote de sus leyendas y en ese concepto digno dividimos el homenaje de nuestro respeto entre todos los

hombres superiores que sin distinción de bando nos dieron libertad, llámense ellos Rivera ú Oribe, Suarez ó Berro, Leandro Gomez ó Cesar Diaz. En consecuencia, los altísimos ideales contenidos en el Programa de 1872 requieren confirmación ampliatoria y solemne. Nuestro gran interés de colectividad moderna reclama esfuerzos renovados en favor del progreso de la masa partidaria que un deber imperioso manda educar. Una Convención, expresamente convocada á ese fin, sería la llamada á dictarnos una carta programática definitiva y sesuda en cuyos párrafos, á la vez de concederse espacio á los anhelos de concordia y de olvido corrientes, se decretarían rumbos científicos de actuación política, concretando nuestro criterio de comunidad sobre las cuestiones vitales aduaneras, municipales, eleccionarias y sociales que interesan fundamental al país. Por ahí se entra en la gran vía, que á los nuevos ciudadanos es indispensable traerlos á las filas ofreciéndoles algo más jugoso y levantado que nécias discrepancias de criterio sobre asuntos archivados y frios. Cada edad tiene sus atributos y sus placeres; pues al país, que ha salido de una infancia singularmente accidentada, ya no se le satisface golpeando el parche en honor de toscas idolatrías, como en otrora. El Partido Nacional, que tanto lleva ganado en el concepto público con la generosidad de sus procederes, está obligado á no defraudar las esperanzas regeneradoras de la masa imparcial y para ello importa mucho adaptarse á las

exigencias prácticas de la época. Corresponde definir fronteras: que el coloradismo continúe enamorado de nuestra Pompeya histórica y absorto en la empresa de conquistarse á los muertos mientras el Partido Nacional, renunciando á los trofeos tradicionalistas, despliega al viento su bandera impersonal y clava sus prestigios atléticos en el corazón de las generaciones que vienen. Asi el triunfo será nuestro; pero, ante todo, se impone confirmar la sinceridad de los propósitos altruistas que perseguimos apreciando con juicio recto los extravíos de tiempos dolorosos, que siempre importará desahogo innoble la justificación de hechos inicuos. En vez de santificar atentados aceptemos el recuerdo de Francisco Lavandeira, de Teófilo Gil, de Pantaleón Pérez, de Arturo Ramos Suárez, de Maldonado, de Imas, de Márquez, de Gradín, de Rafael Pons, de Diego Lamas y de la pléyade de luchadores de la causa de las instituciones, que es la nacional, caídos en holocausto á los principios, de 1872 en adelante. Entre los citados figuran miembros que fueron de uno ó de otro partido, pero indiscutibles en mérito de su sacrificio. Ninguno de ellos levanta odios y eso es lo que se busca.

Para que el cultivo de estos hermosos afanes de futuro aparezca más garantido en sus resultados, existe la necesidad imperiosa de afirmar la moralización del ejército. Hasta la cruzada de 1897 fué aquel un elemento funesto y perturbador de todas las energías democráticas. No quiere esto decir que ya no lo sea,

pues todavía votan, á la voz de mando, los cabos y sargentos de los cuerpos de línea; pero nadie desconoce los inmensos progresos realizados en esta materia. Ninguna dependencia oficial llegó á mayor grado de corrupción que el ejército de la República, que en brazos del motín y de las pasiones más siniestras, vino á convertirse en una guardia pretoriana. Pero también es cierto que ninguna institución del Estado ha sufrido más radicales y beneficiosas transformaciones. La Escuela Militar ha sido una verdadera fragua de la que han salido, bien templados, oficiales pundonorosos, capaces y correctos. Incorporados á los distintos batallones, ellos obraron en su seno una profunda reforma y á la fecha ya ha perdido su justificada razón de ser la hostilidad pública á la milicia, en cuanto la representa esa legión de soldados académicos. Mucho hay que andar aún. Todavía el ejército no ha perdido su caracter esencialmente político; todavía los servidores de la nación, que no deben tener, de acuerdo con las ordenanzas, otro partido que el partido de las instituciones, se permiten, en general, ser furiosamente colorados; todavía los soldados van á las urnas á disputar el triunfo electoral á los ciudadanos conscientes, todo esto con el beneplácito y por orden de sus jefes. Lunares que mucho contribuirá á borrar, en un sentido, un caudal de mayor ilustración y cordura entre los hombres de espada, y, en otro, un poco de eso mismo, redondeado por una ley sana y radical, que prohiba la inscripción

de los guardias civiles, marineros, cabos y sargentos. Nuestra milicia, para ser propiamente tal, deberá adquirir el carácter serio y patriótico á que referimos. Su misión se reduce á garantir la paz pública y la estabilidad gubernativa. De ahí para adelante todo le está vedado. El día, ya cercano, en que los ciudadanos puedan agitarse sin tener enemigos en los soldados, y caigan las divisas de los kepíes, y la opinión de los jefes de cuerpo no pese para nada en las deliberaciones políticas, y la tropa vaya á ocupar el puesto de vigilancia que le corresponde en campamentos fronterizos, en vez de estorbar el tránsito en las calles de la capital, ese día pondremos sello definitivo á nuestros destinos superiores.

Que mientras tanto la enseñanza primaria siga dispersando las tinieblas en el fondo de las comarcas, á fin de cimentar sobre base consciente la fuerza de nuestras conquistas democráticas y de que se unifique en un gran latido local el conglomerado de las aspiraciones populares, aún divergentes y mismo contradictorias. La estadística proclama que hay en el país 274.418 infelices, mayores de seis años, que no saben leer ni escribir! Tengámoslo presente. También se requiere fomentar los hábitos de labor en nuestra raza, inclinada, por tendencia y por antecedentes, al placer de las perezas turbulentas. El período de los choques armados, como regla de conducta, está cerrado y los horizontes que piden nuestros ensueños de grandeza nacional no los encontramos cier-

tamente por el lado de la guerra. Repetimos aquí las palabras con que terminábamos la crónica de la revolución libertadora de 1897: «Trabajemos todos. Trabaje el maestro de escuela que rompe ignorancias y abre corazones en el dominio paradisíaco de nuestras campañas; trabaje el joven titulado que recibió en regalo de su país, por intermedio de la Universidad, esmerada educación; trabaje el pensador dictando leyes sesudas; trabaje el industrial para su beneficio y para el ageno; trabaje el propagandista consagrando con la práctica sus austeras doctrinas; trabajen los que tienen cerebro para pensar, brazos para mover y responsabilidades que salvar; seámos todos obreros y ya dirá el porvenir si resultamos felices ó nó.»

Procediendo así, dedicando al esfuerzo provechoso nuestras actividades, prepararemos el bienestar privado del cual el bienestar público es un simple reflejo.

País diminuto en tamaño material, el nuestro está, sin embargo, solicitado por grandes venturas, que cuajarán si alcanzamos á comprender y á cumplir los deberes impuestos á los miembros de las sociedades organizadas. De otro modo, divididos, anarquizados, jamás dejaremos de ser crisálida y de agitarnos en un desgraciado ensayo de mejoramiento.

Embarcados en este comentario brotan en nuestro cerebro reminiscencias sábias de ese gran libro de Edmundo Demolins sobre los anglo-sajones, libro que es un himno glorioso elevado al espíritu recio de

aquella raza insuperable. Don Santiago de Alba puso á la edición española de esta obra una magnífica portada en forma de prólogo. En el cuerpo de ese valiente escrito, abundante en amargas verdades, encontramos este párrafo: «Los vencedores de Cavite y de Santiago de Cuba, los que en un momento han destrozado nuestra escuadra, rendido nuestro ejército y sojuzgado nuestras colonias, no han sido Dewey, Sampson ni Shafter. Lucha no de barcos contra barcos, ni de hombres contra hombres, sino de un mundo expirante contra un mundo naciente, la vida y el progreso han triunfado por la fuerza misma de las cosas. La Escuela yanqui, racional, humana, floreciente, es la que ha vencido á la Escuela de España, primitiva, rutinaria y falsa. ¡Tenía que suceder! ¡A la escuela, españoles; á «arar hondo» en la inculta corteza de nuestra tradición; á machacar con brío sobre el yunque de nuestras preocupaciones, hasta que el esfuerzo de nuestro robusto brazo arranque chispas donde hoy es todo oscuridad!... ¡A la Escuela! Ahí está nuestro único realizable, digno y humanitario desquite!» (1)

Hijos netos de esa desventurada España, que una vez pudo pagarse de que el sol no se ponía en sus dominios, aquellos juiciosos consejos nos alcanzan en absoluto!

Acreditemos inteligencia colectiva aprovechando

(1) Edmundo Demolins. *En qué consiste la superioridad de los anglo-sajones*, pág. XXXI.

útiles enseñanzas que si llegan retardadas para la infeliz Metrópoli sacrificada, nos vienen en cambio á punto, cuando vamos á entrar en la senda de las grandes prosperidades y evoluciones.

Ya piden punto final estas páginas, desarrolladas sin pretensiones eruditas que ni alentamos ni tendrían, por otra parte, razón justa de ser. Al empezarlas, lo hicimos movidos por el propósito sincero de criticar, con la mayor imparcialidad posible, las intemperancias políticas dominantes. Al concluir la tranquila jornada nos sentimos contentos pues se nos ocurre que ninguna pasión ofuscadora empañó nuestro criterio en la delicada peregrinación realizada al través de heroísmos y de catástrofes.

Antes, sostuvimos que la virtud no era patrimonio ni de los blancos ni de los colorados; que unos y otros han cometido gravísimos errores; que unos y otros sirvieron de pedestal á esclarecidos sucesos; que incurren en mayúscula zoncera quienes se atribuyen el galardón de nuestra historia.

Ahora, después de aquilatar la profunda verdad de esos asertos, solo nos resta insistir en observaciones deslizadas en los orígenes de estas líneas expontáneas.

La tierra oriental está muy por encima de todos los partidos y estos no poseen el derecho de comprometer su grandeza acumulando piedras de rencor en su ruta del presente. No le disputemos al pais el culto de sus héroes invocando títulos usurarios. No envenenemos el corazón de sus niños con esencias de

fratricidio. No vivamos en eterna pugna de fanatismos. No hagamos arma de las innobles mentiras tradicionales. No insultemos su pasado glorioso, que eso vale tanto como arrojar fango dentro de una preciosa cuna. No interrumpamos con palabras de profanación el sueño de sus gallardos caudillos!

Factores en una nueva y fecunda era, el deber de este momento histórico, que tiene pañales de alborada, pide, reclama, manda, formar reunidos frente al porvenir, aliados en el supremo afán de consolidar la felicidad común y el honor cívico de los orientales. Que la juventud nacional sepa entender el inmenso clamor de fraternidad que parte de todas nuestras fronteras; que los partidos apresuren su purificación; que sus adictos avancen en cultura para identificarse en ideales sin confundir su composición de lugar; que el advenimiento de la tolerancia sincera y sin presiones molestas sea un hecho definitivo. Para llegar á ese puerto de dicha ofrecen segura brújula estas palabras mágicas que debieran labrarse á fuego en la memoria de todos: PAZ, EDUCACIÓN, OLVIDO.

¡Paso á los principios, que ya llegan!

¡SALVE á la patria!

INDICE

